

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

2019

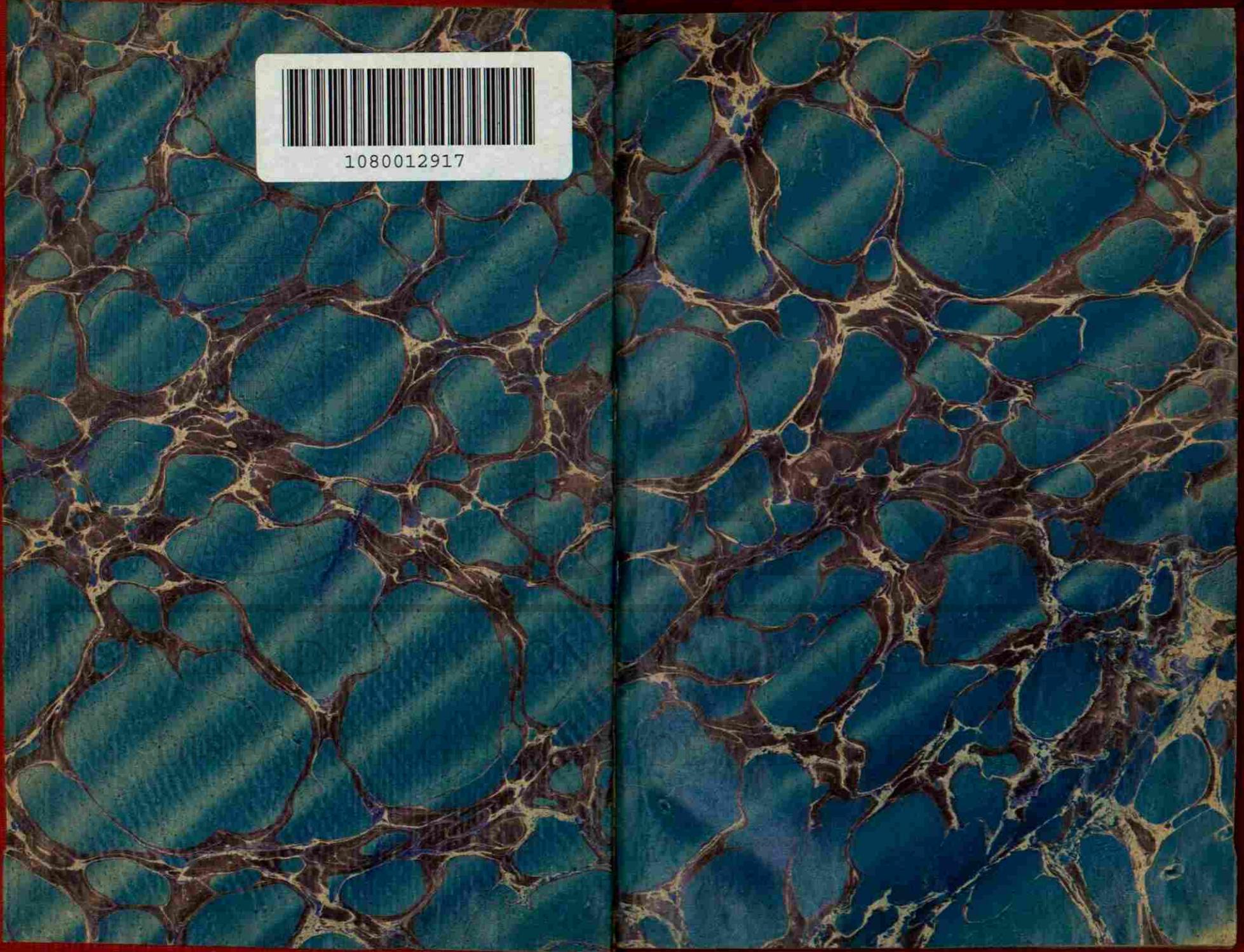
2019

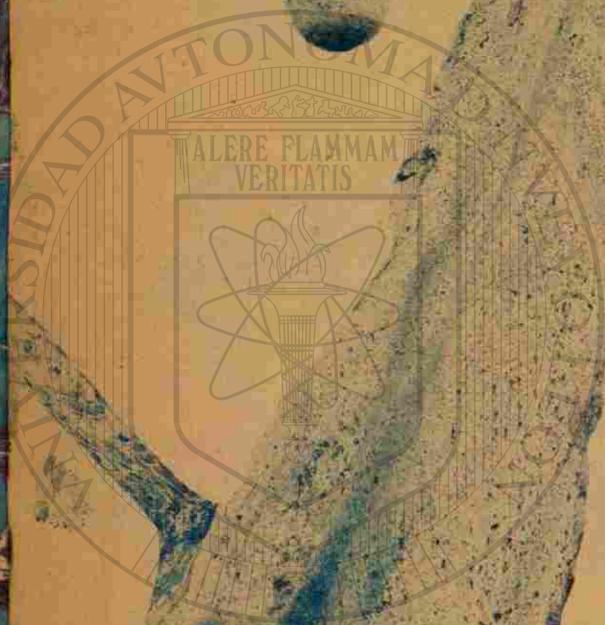
2019

F 1 2 3 3
. M 3
P 4



1080012917





MAXIMILIANO

Y LOS

ULTIMOS SUCESOS DEL IMPERIO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAXIMILIANO

Y LOS

ULTIMOS SUCESOS DEL IMPERIO

EN

QUERÉTARO Y MÉXICO.

OPÚSCULO

En que se refutan las memorias redactadas
por FELIX DE SALM SALM,

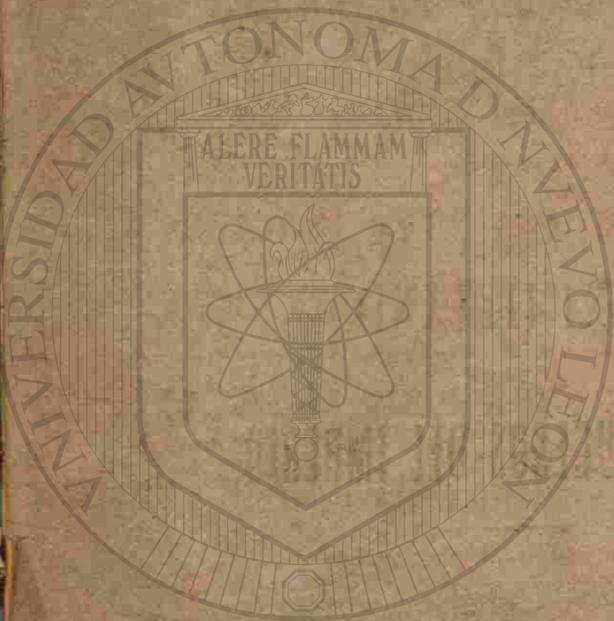
Escrito por el ex-coronel de artillería

IGNACIO DE LA PEZA,

y el ex-teniente coronel

AGUSTIN PRADILLO,

Unico Oficial de órdenes del Emperador en Querétaro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO: 1870.



COLECCIÓN HISTÓRICA
DE DOCUMENTOS

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO, REBELDES NUM. 2.

F1233

M312

P4



FONDO HISTORICO
R. GARDO COVARRUBIAS

156860

A NUESTROS LECTORES.

Celosos como el que mas del buen nombre de México, y partidarios decididos de la verdad y la justicia, no podemos ver con semblante sereno que un extranjero ingrato y desleal, abusando villanamente de las circunstancias, y olvidándose de que comió el pan de nuestro país, pretenda mancillar la reputacion de los que tan gratuita y generosamente lo sacaron de la difícil situacion en que se encontraba á su llegada á México. Por esto es, que no hemos vacilado entre el ridículo que podrá caer sobre nosotros dando á luz una publicacion llena de defectos literarios, y dejar sin respuesta el escrito publicado por el príncipe de Salm, titulado "Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano." En cambio ofrecemos á nuestros lectores que la verdad será la norma de lo

que vamos á escribir, y que ninguna pasion mezquina será el móvil de nuestros conceptos, por mas que Salm se haya hecho acreedor á lo contrario.

Haremos notar que desde el momento en que nos hemos propuesto la ejecucion del trabajo que hoy nos ocupa, hemos formado la resolucion de ceñirnos absolutamente á refutar aquella parte de las Memorias en que campean la impostura, la parcialidad y la ignorancia, haciendo una completa abstraccion de la política seguida por el actual gobierno de Mexico.

El plan que hemos adoptado para analizar y refutar las Memorias de Salm, nos pone en la imprescindible necesidad de dar á nuestro relato un estilo tan cansado, tan fatigoso y tan impropio quizá, como el que sigue el autor: no se extrañe, pues, vernos retroceder y avanzar indiferentemente, hablar repetidas veces de un mismo asunto ó persona, ó referir por partes algun acontecimiento que deberia escribirse hasta el fin.

I.

Origen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El Gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano debian consultarse para escribir la historia del Imperio en México.—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon no engañan al Emperador para obligarlo á permanecer en el país.—Primeras disposiciones del Emperador para la organizacion del ejército.—Marcha del general Miramon al interior.—Toma de Zacatecas.—Derrota del general Liceaga.—Accion de San Jacinto.—Derrota de la caballería republicana en los campos de la Quemada.—Derrota de Carbajal en Querétaro.—Razones que obligan al Emperador á ponerse á la cabeza del ejército.—Marcha á Querétaro.—Salm en la cuesta de Pajaritos.

DESDE que en esta capital se anunciaron las Memorias de Salm, comprendimos que iba á ver la luz pública un documento tanto mas interesante, cuanto prometia el dilatado tiempo que se habia tomado el autor para formarlo. Mas aún, la sola circunstancia de haber

que vamos á escribir, y que ninguna pasion mezquina será el móvil de nuestros conceptos, por mas que Salm se haya hecho acreedor á lo contrario.

Haremos notar que desde el momento en que nos hemos propuesto la ejecucion del trabajo que hoy nos ocupa, hemos formado la resolucion de ceñirnos absolutamente á refutar aquella parte de las Memorias en que campean la impostura, la parcialidad y la ignorancia, haciendo una completa abstraccion de la política seguida por el actual gobierno de Mexico.

El plan que hemos adoptado para analizar y refutar las Memorias de Salm, nos pone en la imprescindible necesidad de dar á nuestro relato un estilo tan cansado, tan fatigoso y tan impropio quizá, como el que sigue el autor: no se extrañe, pues, vernos retroceder y avanzar indiferentemente, hablar repetidas veces de un mismo asunto ó persona, ó referir por partes algun acontecimiento que deberia escribirse hasta el fin.

I.

Origen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El Gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano debian consultarse para escribir la historia del Imperio en México.—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon no engañan al Emperador para obligarlo á permanecer en el país.—Primeras disposiciones del Emperador para la organizacion del ejército.—Marcha del general Miramon al interior.—Toma de Zacatecas.—Derrota del general Liceaga.—Accion de San Jacinto.—Derrota de la caballería republicana en los campos de la Quemada.—Derrota de Carbajal en Querétaro.—Razones que obligan al Emperador á ponerse á la cabeza del ejército.—Marcha á Querétaro.—Salm en la cuesta de Pajaritos.

DESDE que en esta capital se anunciaron las Memorias de Salm, comprendimos que iba á ver la luz pública un documento tanto mas interesante, cuanto prometia el dilatado tiempo que se habia tomado el autor para formarlo. Mas aún, la sola circunstancia de haber

sido Salm una de las dos personas en quien se fijó el infortunado Emperador para que redactase la Historia del Imperio en México, lo ponía en la imperiosa necesidad de no dirigirse al público sino después de haber aglomerado los datos más ciertos, las pruebas más robustas, y en fin, todos aquellos documentos sin los cuales no podría llenar jamás la difícil cuanto peligrosa tarea que se le había impuesto.

Natural era, pues, esperar que las Memorias del coronel Salm iban á resolver todas las dudas, todas las diferencias que han surgido en un asunto sobre el que, ningún escritor concienzudo é imparcial, ha llegado aún á poner la mano: pero desde las primeras páginas de dichas Memorias hemos tenido un cruel desengaño respecto de nuestras apreciaciones, y aún nos ha sido preciso hacernos un gran esfuerzo para continuar leyendo hasta el fin el fárrago de desatinos, de groseras imposturas, de pasajes de mal gusto y hasta de ignorancia en la parte militar.

El famoso príncipe de Salm Salm debía haber omitido la peregrina idea de dar á luz su biografía, por cierto nada interesante, si hubiera reflexionado que el simple relato de sus imperecederas Memorias, hacen la más completa, la más característica, la más justa de cuantas podrían haberse escrito en loor de sus *talentos, valor y abnegación*.

Nosotros, que como lo hemos dicho, no nos creemos capaces de escribir para el público, y que por otra parte, nos es absolutamente desconocida la historia de Salm hasta la época en que llegó á México, tenemos

que confesar nuestra insuficiencia para escribir su biografía, si no es en el corto periodo de tiempo que sirvió en el ejército imperial mexicano.

S. A. el príncipe Félix de Salm Salm, es un hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, de estatura mediana, robusto, ojos pequeños de mirada inquieta, modales bruscos y pesados, y por demás antipático. Como desconocía casi enteramente el español, y como además, su aire pretensioso y altanero lo hacía odioso á todos sus camaradas mexicanos, era raro verle en alguna reunión ó frecuentar algún amigo. Como él mismo lo dice, después de sus *hazañas* en la guerra de los Estados Unidos del Norte y puesto en receso como consecuencia de la paz en aquella República, S. A. se vió en la dura necesidad de pasar á México provisto de sus abundantes *cartas de recomendación* á mendigar un empleo, que por cierto, le costó gran tiempo y trabajo adquirir en el ejército imperial. Omitiremos hacer la descripción de las dotes militares que le adornan, porque en el curso de este relato tenemos un vasto campo en que ponerlas de relieve, y estamos seguros de que nada quedará que desear. Omitiremos también referir las aventuras de la princesa, y esto, por respeto al bello sexo, por más que ellas estén sembradas de tal chiste y de tales encantos que, como en la que figura el *consentido falderito* Jimmy (páginas 22 y 23) merecen la pena de ser descritas. ¿Quién sabe si otra pluma menos torpe que la nuestra, se encargará de obsequiar al público con la relación de esos graciosos hechos, en que no podrá menos de realzar, como es debido, todo el

ingenio de SS. AA. el príncipe y la princesa de Salm Salm!

Antes de entrar de lleno en la cuestión, se nos ocurre una idea. Por las cartas oficiales que aparecen en el prólogo de las Memorias que intentamos refutar, se comprende fácilmente que el gabinete de Viena no tuvo jamás la idea de facilitar á Salm, ni el todo ni parte de los documentos relativos que según el párrafo 15 del codicilo del Emperador Maximiliano, debían ser consultados por las dos personas á quienes S. M. encargó escribiesen la parte histórica de los tres años de Imperio en México. Ahora bien: ¿cuáles pueden haber sido los motivos que impelieron al Emperador de Austria á semejante negativa? ¿Será que no se juzgó á Salm con la prudencia y talentos necesarios para esta tarea? ¿Será quizá que razones de Estado ó de conveniencia impidieron al referido Emperador de Austria dar cumplimiento á uno de los postrimeros deseos de su augusto hermano? No seremos ciertamente nosotros quienes se atreverán á emitir su juicio en este misterioso asunto.

El príncipe de Salm Salm comienza su libro después de un pequeño prólogo, con el capítulo titulado "Marcha á Querétaro."

El autor olvidó probablemente el encabezado de su primer capítulo, puesto que nos cuenta en él las dificultades tras las cuales fué admitido en la clase de coronel al servicio del ejército mexicano; su viaje á Veracruz; su enfermedad en ese puerto; el encuentro de su señora en la Habana; su regreso á la capital, y en

fin, otras mil circunstancias ajenas enteramente al objeto que se propuso.

Afirma que se le confió la difícil misión de negociar con el presidente de los Estados-Unidos el reconocimiento del Emperador Maximiliano, y que la elección recayó en su persona á causa de las relaciones que los unían á él y su esposa con el presidente, los senadores y el congreso, llevando consigo para los gastos que pudiesen ofrecerse, dos millones de pesos en oro. Esta versión es falsa: en primer lugar, las personas elegidas para aquellas negociaciones, lo fueron el Sr. Degollado y el teniente de navío de la marina austriaca conde de Ressequi; en segundo, porque la noticia de la enfermedad de la Emperatriz no se recibió sino hasta mediados de Octubre, es decir, tres meses después de la época en que Salm dá por motivo dicho acontecimiento para la no realización de la empresa que se le había confiado; por último, las circunstancias pecuniarias no eran en esos días para poder disponer de semejante suma, como lo prueba de un modo irrecusable el estado de verdadera miseria en que se encontró el gobierno pocos meses después.

La primera expedición militar de Salm, tuvo lugar á las inmediatas órdenes del coronel Vanden-Missen, jefe del cuerpo belga, en una marcha á Tulancingo y en la que S. A., según él lo dice, no llevaba sino el simple carácter de *voluntario*. Subrayamos esta palabra para hacer notar el raro contraste que este insignificante puesto hace con el gran papel que se atribuye en las subsecuentes operaciones del cuerpo belga. En efecto

¿qué clase de voluntario era este, que sin curarse de la obediencia que indudablemente debía al jefe de la expedición, levanta fortificaciones, organiza la defensa de la plaza, recibe partes, entra en pláticas con el enemigo y dispone como árbitro en las operaciones militares? Nosotros conocimos mucho al coronel Vandén-Missen, y es seguro que nunca pudo permitir que una persona que le estaba subalternada, le robara las atribuciones que solo á él le estaban cometidas.

En la conferencia que Salm tuvo en la Hacienda de San Nicolás con D. Braulio Picazo, manifiesta que no se ofendió de que este señor le propusiera que se vendiese por la suma de veinte mil pesos (\$ 20,000), *porque sabia que en México se hacían con frecuencia estas ofertas*. En México como en todo el mundo, se apela á estos medios indignos; pero jamas los militares honrados y leales reciben sino como un grave insulto, semejantes proposiciones. Poca debe ser en consecuencia la delicadeza del príncipe, cuando á sangre fria y *entre un puro y un vaso de coñac* olvida tan breve la ofensa mas grosera que se puede arrojar al rostro de un soldado.

Respecto de los apuntes biográficos que el autor asienta en su libro, relativamente á algunas de las personas que acompañaban al Emperador en su regreso de Orizava á México, se manifiesta tan torpe y parcial, que bien podria decirse que desconoce hasta las circunstancias mas notables de esas personas. Dice, por ejemplo, que el coronel Lamadrid era un militar apto y que tenia el mando de los Cazadores á caballo. Sin que se entienda que tratamos de negar las dotes que

adornaron á nuestro camarada el señor Lamadrid, no podemos menos de decir que jamas pudo ser un militar apto ni aun mediano, supuesto que de simple particular se le dió el empleo de coronel de auxiliares del ejército, con objeto de utilizar su adhesión por la causa y premiar de alguna manera sus antiguos servicios y sufrimientos. Este señor no mandó ningun cuerpo de Cazadores, sino únicamente la Guardia Municipal de México.

Con igual desacierto hace Salm algunas referencias relativas al general Márquez: "No tiene idea alguna, dice, de los movimientos extratécnicos. Su superior conocimiento era la organizacion de las tropas." Dice tambien, que por su crueldad es conocido generalmente con el nombre de "Alva de México." Cuantos hemos servido á las órdenes del general Márquez y aun los que no le conocen ni personalmente, saben que una de las dotes de dicho señor es la de poseer un golpe de ojo estratégico que muchas veces le ha granjeado justos elogios: por el contrario, como organizador de tropas, nunca lo hemos visto sobresalir hasta el grado de llamar la atención. En cuanto al sobrenombre de "Alva de México," nosotros no lo habiamos oido llamar de esa manera y sí con otros muchos epítetos, dados por sus enemigos.

Segun Salm, Márquez y Miramon engañaron al Emperador obligándolo á que permaneciera en México y prometiéndole que si se apoyaba en el partido clerical y sin ayuda de los extranjeros, le garantizaban las tropas y los recursos necesarios para su sostenimiento en

el trono de México. Además, dice, que el Emperador "conocía el carácter incapaz de semejantes promesas." ¿Qué fué lo que le decidió entonces á permanecer en el país? ¿Lo engañaron ó no? ¿Fueron las sugerencias y promesas de Márquez y Miramon ó las observaciones del Padre Fischer lo que obligó á S. M. á quedarse? Como se ve, las razones de Salm, á este respecto, carecen enteramente de lógica.

Esperamos que en el curso de esta narracion tendremos tiempo de manifestar cuáles fueron las principales razones que decidieron al Emperador á no renunciar el trono de México.

Pasamos ahora á hacer la descripción de las primeras disposiciones del Emperador al tomar el mando del ejército imperial, la marcha á Querétaro y algunos otros acontecimientos explicados por Salm.

Del paralelo establecido entre uno y otro relato, se colegirá fácilmente el grado de inexactitud, malicia ó ignorancia del tantas veces repetido coronel Salm.

Una vez resuelto el Emperador á permanecer en México y decidida ya la retirada del ejército francés de la manera tan poco digna, que todos saben, y verificada ya la disolución de los cuerpos austro-belgas, el Emperador organizó las pocas tropas mexicanas en tres divisiones mandadas por los generales Miramon, Márquez y Mejía, designando á cada uno de ellos la parte de territorio que debían defender y conservar.

El general Miramon salió de la capital el 28 de Diciembre á la cabeza de cuatrocientos hombres de las tres armas, con objeto de ponerse al frente de las tro-

pas que le fuera posible reunir en el Interior; pero á los pocos días de su salida tuvo noticia de que el general Gutierrez había abandonado la plaza de Guadalajara el 25 y se dirigía á Leon con algunas tropas de la guarnición. Supo también el general que las tropas que guarnecían la capital de San Luis Potosí habían evacuado la plaza el mismo día 25 de Diciembre, dirigiéndose á Querétaro á las inmediatas órdenes del general Mejía. Miramon con una pequeña escolta y algunas municiones marchó á Guanajuato con objeto de tomar recursos, una parte de las tropas que allí se encontraban y algunas piezas de artillería. De este punto se dirigió á Leon con objeto de reunirse al general Gutierrez, habiendo antes combinado con el general Castillo un plan de campaña cuyo punto objetivo era la capital de San Luis.

El general Miramon no pudo obtener en Guanajuato sino cortísimos recursos pecuniarios y algunas libranzas que no llegaron á pagarse nunca. Como consecuencia de esta escasez, las tropas del general Mejía que habían sido puestas á las órdenes del general Castillo, por enfermedad del primero, tuvieron que emprender la marcha en medio de una verdadera miseria y alentadas solamente con la promesa que se les había hecho de que se les enviarían de Guanajuato los recursos necesarios, los que no llegaron jamás, á causa de haber sido derrotado el general Liceaga á inmediaciones del repetido Guanajuato.

El general Miramon llegó á Leon; arengó y reanimó á los abatidos soldados del general Gutierrez, organizó

violentamente algunos cuerpos de infantería y caballería, una batería de campaña y otra de montaña, y con una rapidez y talento que le harán siempre honor, se dirigió sobre la plaza de Zacatecas, lugar donde se encontraban entonces los principales caudillos republicanos y una respetable guarnición. Es muy generalmente sabido el resultado de esta operación militar, meditada y llevada á cabo con el mas completo éxito por el general Miramon, en muy corto periodo de tiempo.

En efecto, á la cabeza de mil quinientos hombres ha tomado la plaza de Zacatecas, en unas cuantas horas, quitando al enemigo la mayor parte de su artillería.

Miramon, que no habia vuelto á tener noticias del general Castillo, esperaba, y con razon, que se encontraria frente á San Luis amagando á las tropas de Escobedo: no se cuidó, pues, de aquellas tropas y permaneció en su propósito de dirigirse desde Zacatecas á San Luis con objeto de atacarlas en combinacion con el general Castillo. No creemos necesario exponer aquí las robustas razones que impidieron á dicho general continuar su marcha sobre aquella plaza, y las que lo decidieron á ejecutar un movimiento de flanco en direccion á Zacatecas, donde creia encontrar al general. Por este incidente, tal vez, ó porque la noticia de lo acontecido en Zacatecas reclamara mas imperiosamente la atencion, Escobedo se dirigió con todas sus tropas sobre el general Miramon, que se habia detenido en Zacatecas, para proporcionarse recursos y remover el material de guerra quitado al enemigo. La inesperada noticia del

movimiento ejecutado por Escobedo y la seguridad de no poderse resolver á librar un combate con fuerzas tan superiores en número á las suyas, lo impelieron á evacuar violentamente la plaza con el fin de unirse al general Castillo por medio de un rodeo. Pero era demasiado tarde: la retirada tomó, como era natural, un carácter muy difícil: amenazado de cerca por los flancos y retaguardia, se vió en la necesidad de detenerse á inmediaciones de San Jacinto, sin tener casi tiempo de ponerse en actitud de defensa. El ejército republicano se arrojó sobre sus reducidas y fatigadas tropas, que fueron derrotadas y prisioneras.

Desde que las tropas del general Castillo se encontraron á la altura de la villa de San Felipe, al dirigirse rumbo á San Luis, un considerable número de caballería enemiga las seguia muy de cerca, de manera que era preciso caminar con grandes precauciones. Salvado de la manera que acabamos de decir el general Miramon, despues de la derrota, y reunido al general Castillo en Ojuelos, se emprendió la retirada á Querétaro, seguido siempre por el grueso de la caballería enemiga. Desde la salida de San Felipe, pudo comprenderse que el enemigo intentaba atacarnos de un modo formal y no quedó duda de que así iba á verificarse al llegar á inmediaciones de la hacienda de la Quemada. ®

Seria por demas describir el reñido combate que tuvo lugar en aquel punto; baste decir que las tropas republicanas fueron acuchilladas por nuestra caballería despues de un combate de pocas horas.

Ese dia, 4 de Febrero, nuestra pequeña brigada debió

haber sido puesta en completa derrota á pesar del indomable valor de nuestros soldados, si el enemigo hubiese ocupado con un pequeño destacamento las alturas en que se encuentra situada dicha hacienda.

Casi simultáneamente el general Mejía derrotaba en Querétaro las fuerzas de Carbajal, que alentado por la circunstancia de no haber sino una pequeñísima guarnición intentó apoderarse de la plaza.

Al estruendo de estos combates y á la vista de esta situación, se verificaba la retirada de ese ejército frances lleno de lodo y de vergüenza y execrado por todos.

Bajo estas circunstancias y con motivo de estos acontecimientos, fué cuando el Emperador Maximiliano resolvió marchar á ponerse al frente de los pocos pero leales soldados que le quedaban. Se dice que S. M. se decidió á dar este paso, instigado por los Sres. Lares y Márquez, quienes le afirmaron que su sola presencia daría nuevos bríos á las tropas, y que la campaña que se iba á emprender seria solamente una série de victorias, una marcha triunfal, un camino de flores. Nosotros nos atrevemos á decir: que el Emperador no miraba las cosas bajo el prisma color de rosa de los que así le aconsejaban, y que mas bien, un verdadero motivo de delicadeza, uno de esos rasgos de abnegacion y de grandeza tan peculiares á su carácter, lo impelió á aceptar semejante necesidad. Agregaremos, que respecto al general Márquez, su principal objeto al instigar al Emperador á tomar el mando del ejército, fué solamente privar del mando referido al general Miramon

y nulificarlo. De este modo quedaba Márquez como árbitro de los destinos del país.

Por el cuadro que, aunque á grandes rasgos, acabamos de bosquejar, se verá la completa ignorancia de Salm, al hablar con respecto á las operaciones militares llevadas á cabo por el general Miramon; la inexactitud de sus palabras al llamar ejército á la pequeña brigada que estaba á sus órdenes el dia que fué derrotado en San Jacinto, y la falsedad con que asienta que dicho general fué á reunirse á Castillo y Mejía hasta la ciudad de Querétaro, siendo así que como se ha dicho, el primero de estos señores entregó el mando de su brigada en la hacienda de Ojuelos, poco despues del combate de San Jacinto.

Veamos ahora como se verificó la marcha del Emperador á Querétaro, la que se fijó para el 13 de Febrero, habiéndose guardado en lo posible el secreto de esta resolucion.

A la salida del ejército frances, el Emperador visitó personalmente las fortificaciones de la capital y el arsenal que estaba situado en la Ciudadela. Es muy generalmente sabida la punible conducta del mariscal Bazaine antes de su marcha: la línea fortificada se habia desartillado, los montajes habian sido reducidos á cenizas ó inutilizados enteramente, la pólvora y las municiones habian sido arrojadas á los fosos de la Ciudadela, y en fin, se habia procurado privar al gobierno de todos los elementos de defensa de que tanto necesitaba en aquellos aciagos dias.

El Emperador ordenó la retirada de las pequeñas

guarniciones de Toluca, Cuernavaca y Pachuca, haciendo salir al general Tavera para proteger la de la primera de estas poblaciones: ya se sabe como cumplió este distinguido general la orden que se le habia dado, sobre todo en el difícil paso del Monte de las Cruces.

Organizada hasta donde lo permitian las circunstancias la defensa de esta capital, S. M. emprendió la marcha á las siete de la mañana del citado dia 13 con las tropas siguientes:

ARMAS.	CUERPOS.	HOMBRES.	
Artillería.	Artilleros y trenistas sirviendo 12 cañones	80	6 cañones de batalla y 6 de montaña.
Infantería.	Guardia Municipal de México; 4 compañías	400	
"	14º batallon de línea: 4 compañías.	250	
"	15º " " "	400	
"	Compañía auxiliares de Tacubaya.	82	
Caballería	Piquete del 4º Escuadron del Regimiento de la Emperatriz	23	
"	Piquete del Regimiento de Húsares	40	
"	Escuadron de la Guardia Municipal.	100	
"	Escuadron del 7º Regimiento	84	
"	Idem del 9º id	80	
"	Guerrilla Garcés	43	
Total de las tres armas.....		1.582	

Acompañaban al Emperador S. E. el ministro García Aguirre, el general Márquez (que mandaba directamente la columna), el coronel Ormaechea y teniente coronel Pradillo, ayudantes de S. M.; el Dr. Samuel Basch, médico del Emperador; D. José Blasio, secreta-

rio: además un *oficial de casa* (*Grill*), un camarista, dos lacayos y tres mozos de estribo.

Durante la noche del mismo dia 13 se reunió al Emperador el general Vidaurri seguido de una pequeña escolta.

El Emperador hizo todo el camino á caballo.

La marcha durante los tres primeros dias se verificó sin otro accidente que el de un pequeño tiroteo habido entre nuestra columna y las tropas de caballería enemiga acaudilladas por Catarino Frago y Martinez, á la entrada de Cuautitlan. En este pueblo, el Emperador tuvo el disgusto de encontrar un dragon de la Guardia Municipal colgado de un árbol del atrio de la iglesia, acribillado de heridas y todavía espirante.

El 16 á eso de las once de la mañana, los exploradores dieron aviso de que el enemigo en considerable número se habia posesionado de las alturas que flanquean el camino en el punto conocido por "Cuesta de Pajaritos." En efecto, las tropas de Frago y Martinez aumentadas por otros guerrilleros, se encontraban allí para impedir el paso de nuestra columna; pero fué bastante para franquearlo desprender dos compañías sobre los flancos. Una vez llegados á la cima se notó en la llanura hácia nuestro flanco izquierdo un grueso de la caballería del enemigo formada en batalla y en actitud de combatir. Pero contra lo que era de esperarse, el enemigo huyó hácia la montaña al ser atacado por la guerrilla Garcés y un piquete de caballería á las órdenes del comandante Malburg.

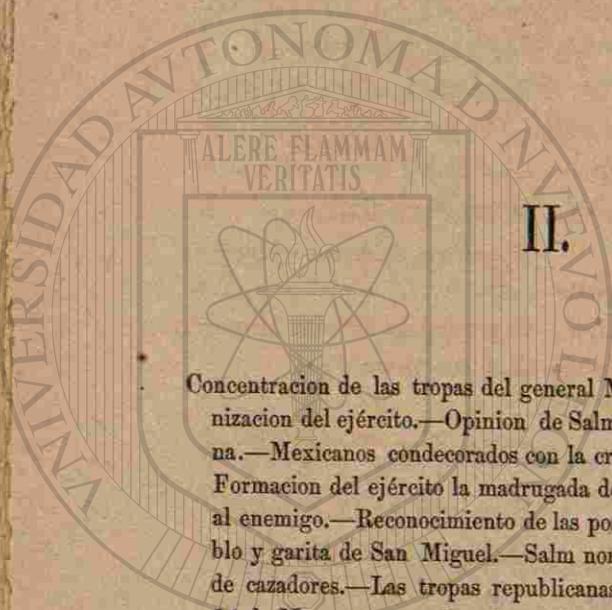
No pasaremos inadvertido un hecho que hace verda-

dero contraste con lo escrito por Salm al hablar de este pequeño combate. El príncipe se encontraba en el momento de la acción cerca del Emperador, y cuando el general Márquez ordenó se cargara sobre el enemigo, S. A. debe haberse entusiasmado hasta la locura, pues amartillando su pistola y picando el caballo se dirigió á escape en dirección del enemigo; pero á una distancia respetable de este, se detuvo y comenzó una serie de ademanes y figuras, que no pudieron menos de llamar la atención de todos, y hasta de S. M., que exclamó riendo: "¡Magnífico! Parece un cirquero---- ¡Qué hombre tan pesado! ¡Por qué ha venido aquí? ¡Me choca! Por estas frases se traducirá la estimación que en aquella época profesaba á Salm el Emperador.

Libres de la presencia del enemigo continuamos la marcha sin incidente alguno hasta la ciudad de Querétaro, á la que llegamos el 19 por la mañana.

El general Miramon habia sido advertido de la llegada de S. M., y se habian tomado todas las providencias oportunas para recibirle convenientemente. Las tropas habian formado valla desde la garita de México, y una batería de campaña situada al flanco izquierdo del camino se encontraba lista para hacer el saludo. Los generales Miramon, Mejía, Liceaga y otros varios gefes y oficiales esperaban á S. M. al pié de la Cuesta China. La población de Querétaro en masa esperaba también la llegada del soberano con marcadas muestras de regocijo. Cuando S. M. llegó al punto en que lo esperaban los generales, bajó de su caballo, dió la

mano á Miramon y Mejía, y habló largo rato con ellos, entretanto llegaba el general Márquez con las tropas, momento en que se emprendió la entrada de S. M. á la capital de Querétaro en medio de la alegría general.



II.

Concentración de las tropas del general Mendez á Querétaro.—Organización del ejército.—Opinion de Salm sobre la caballería mexicana.—Mexicanos condecorados con la cruz de la Legion de honor.—Formación del ejército la madrugada del 6 de Marzo, para esperar al enemigo.—Reconocimiento de las posiciones enemigas de San Pablo y garita de San Miguel.—Salm nombrado coronel del batallón de cazadores.—Las tropas republicanas intentan asaltar la plaza el 14 de Marzo y son rechazadas.—Los generales Casanova, Escobar, Herrera y Lozada y Calvo, son separados del mando.—Ideas emitidas por el general Miramon en la junta de guerra del 20 de Marzo.

El general Mendez, á quien se habia librado con anticipación la órden de evacuar el Estado de Michoacan y concentrar las fuerzas de su mando al cuartel general en Querétaro, llegó á dicha plaza el 22 de Febrero á la cabeza de tres mil quinientos hombres de las tres armas.

El 24 S. M. organizó el ejército en los términos que vamos á exponer. Entramos en estos pormenores para que se vea la notable diferencia que existe entre lo manifestado por Salm en sus Memorias y lo que realmente se arregló á este respecto.

CARGOS.	CATEGORÍAS.
<i>General en jefe del Ejército.</i>	<i>S. M. el Emperador.</i>
Cuartel maestro general.	El general de division Marquez.
General en jefe del cuerpo de infantería.	El general de division Miramon.
Idem idem idem de caballería.	El idem de id. Mejía.
Comandante general de ingenieros.	El general coronel Reyes.
Comandante general de Artillería.	El coronel Ramirez Arellano.
1ª Division de infantería.	El general de brigada Casanova.
2ª Idem de idem.	El idem de id. Castillo.
1ª Brigada de la 1ª division.	El idem de id. Escobar.
2ª Idem idem.	El idem de id. Herrera y Lozada.
1ª idem de la 2ª idem.	El idem de id. Valdes.
2ª idem de idem.	El general coronel Ramirez.
1ª brigada de caballería.	El general de brigada Gutierrez.
2ª idem de idem.	El general coronel Monterde.
Brigada de reserva.	El general de brigada Mendez.

CUERPOS.	CLASES.	NOMBRES.	BRIGADAS.	DIVISIONES.
Batallón de Tiradores.	Coronel.	Carlos Miramon.	1ª	1ª Division.
2º de Línea.	"	Luis Madrigal.		
Batallón de Celaya.	"	N. Gallon.		
14º de Línea.	Tente. coronel.	J. Mora.	2ª	"
Guardia Municipal.	"	Joaquin Rodriguez.		
7º de Línea.	Gral. coronel.	Silverio Ramirez.	1ª	2ª Division.
12º de Línea.	Coronel.	José M. Farquet.		
Batn. de Querétaro.	"	José Segura.		
Batn. de Cazadores.	"	Villasana.	2ª	"
15º de Línea.	Tente. coronel.	Trejo.		

Artillería.	Tente. coronel.	Ignacio de la Peza.	25 cañones de campaña y 11 de montaña.
4º de Caballería.	Coronel.	Wenceslao Sta. Cruz.	1ª
5º de Caballería.	"	Doroteo Vera.	
Regimiento de la Frontera.	"	Julian Quiroga.	2ª
Fuerzas irregulares.	"	
BRIGADA DE RESERVA.			
Batn. del Emperador.	Tente. coronel.	Juan de D. Rodriguez.	Division de Caballería.
3º de Línea.	"	Francisco Redonet.	
Regimiento de la Emperatriz.	Coronel.	Miguel López.	"
3ª Ca de Ingenieros.	Capitan.	Felipe Betancourt.	

Ademas, se reservaba para la guarnicion del perímetro interior de la plaza, los restos del batallon de Zamora, y las compañías auxiliares de San Juan del Rio y Huichapam.

Respecto á las ideas topográficas y estadísticas que emite Salm hablando de la capital de Querétaro, diremos: que desconoce absolutamente hasta los incidentes mas notables del terreno, puesto que asienta que dicha poblacion se halla establecida en un valle, siendo así que se encuentra edificada en un terreno notablemente accidentado, y que el número de habitantes apenas llegará á treinta mil, y Salm le atribuye de cuarenta á cincuenta mil.

Hablando de la caballería se manifiesta el autor demasiado galante con nosotros. Queremos copiar aquí sus propias palabras: "*El 1º de Marzo pasó el Emperador revista á la caballería mandada por Mejía, que para ser tropa mexicana era excelente. Los caballos parecian sumamente aseados y bien mantenidos y los uniformes de los soldados mejor que de costumbre. Las mejores tropas entre ellas eran el regimiento Quiroga; la mayor parte de ellos se componia de gente Vidaurri, que se habian batido siempre contra Mejía, hasta que se pasaron con su gefe al Emperador: despues el regimiento de la emperatriz y el 5º.*" Preciso es que preguntemos al insolente escritor: ¿quién quieren decir las palabras "*para ser mexicana, etc. etc.?*" Todos hemos visto en México la caballería austriaca y francesa, y en otra ocasion la americana: pues bien; á no ser por el mejor equipo y armamento, ni nuestros hombres, ni nuestros caballos, tienen nada que envidiar

á los europeos: excelentes ginetes, valerosos y sufridos soldados, caballos briosos y ligeros, ¿qué mas puede pedirse?

Es un gravísimo error ó una parcialidad grosera, decir, que de la caballería que se hallaba en Querétaro el cuerpo mas selecto fuese el regimiento Quiroga. Una ligera idea de la manera con que se creó este cuerpo, dará á conocer que no pudo estar jamas en parangon con el regimiento de la Emperatriz y el 5º. Advertiremos que no por esto se crea existe en nosotros la idea de inferir una ofensa al gefe, oficiales y tropa del regimiento Quiroga, quienes no contaron nunca con el tiempo, la proteccion y los elementos de los otros cuerpos.

Despues de la rendicion de la capital de Oaxaca, dispuso el mariscal Bazaine que unos cien prisioneros de las fronteras de Sonora y Sinaloa, fueran enviados á San Luis Potosí, con objeto de comenzar á formar las compañías presidiales de Rio Grande y otros puntos de la frontera del Norte. Parte de dichos prisioneros, entre los cuales habia algunos que carecian hasta del idioma español, formaron el pie veterano de las referidas compañías presidiales, para las que se reclutaron en San Luis Potosí voluntarios mexicanos y extranjeros, que permanecieron á las órdenes del general graduado, coronel D. Domingo Soto Mayor, inspector de dichas compañías. Mas tarde, cuando el general Mejía se recibió del mando de la 3ª division militar, el coronel Quiroga quedó á la cabeza de esta tropa, que lo repetimos, á causa de las circunstancias, no pudo nunca

ponerse á la altura de los demas cuerpos de caballería organizados en los buenos tiempos del Imperio. Sin embargo de esto, el regimiento Quiroga llenó siempre sus deberes.

Salm asegura que á excepcion de los generales Márquez, Mejía y Calvo, y el coronel López, ningun otro mexicano habia sido condecorado con la Orden francesa de la Legion de Honor: esto no es cierto, y para probarlo, señalaremos aquí algunas de las personas que recordamos: generales Almonte, Woll, Taboada y Gutierrez. Coroneles: Sanchez Facio, Vera, Torres, Arellano y Ortiz de la Peña. Capitanes: Rincon, Araujo y Camargo. Teniente García, D. Martin Castillo ministro de la Casa Imperial, el prefecto de Tepeji de la Seda, Medel, y en fin, otros varios mexicanos cuyos nombres no tenemos presentes.

Siguiendo nuestro propósito, no entraremos en todos aquellos pormenores y peripecias que tuvieron lugar desde la noche del 5 de Marzo, en que no quedó duda de que el enemigo, reunido en número de unos diez y ocho mil hombres, en dos columnas paralelas, intentaría atacar la plaza de Querétaro. Vamos á sujetarnos, pues, á escribir nada mas que aquellos episodios que la malicia ó ignorancia de Salm, ha disfrazado ó cambiado casi en su totalidad. En este concepto, explicaremos la manera con que nuestras tropas quedaron establecidas la mañana del 6 de Marzo.

La division Castillo en el orden de batalla apoyaba su flanco derecho en la falda del cerro de San Gregorio, cuya altura estaba defendida por un batallon y al-

gunos voluntarios de Querétaro; se extendia en direccion del cerro de la Campana y cerraba su flanco izquierdo en la márgen derecha del rio Huimilpa: la línea era interrumpida por el pequeño intervalo que se extiende de la márgen izquierda del mismo rio á la falda del cerro de la Campana, centro de nuestra línea de batalla. La division Casanova apoyaba su cabeza en dicho cerro, prolongándose hácia el Sur hasta la altura de la hacienda de la Capilla, formando escuadra con las carreteras que conducen á Celaya y San Juanico. El general Mejía, con la caballería, se encontraba situado en columna en la garita de Pinto, izquierda de nuestra línea de batalla. La artillería de las divisiones quedó situada en los intervalos de los cuerpos. La reserva, á las órdenes del general Mendez, se encontraba en la plazuela de la "Fábrica," á unos quinientos ó seiscientos metros á retaguardia de la línea. El parque tambien á retaguardia, en una pequeña plaza cerca de la garita de Celaya.

El general Calvo recibió el mando de la plaza y se situó en el punto de la Cruz con una pequeña fuerza.

Entre esta descripcion y la que Salm ha hecho en sus Memorias, se puede notar fácilmente, que ó no vió nuestra línea, ó ha perdido la memoria de los hechos; y la mejor prueba de nuestro aserto es, que censura al general Márquez por no haber ocupado la altura del cerro de San Pablo, olvidando Salm la gran distancia á que hubiera sido necesario prolongar nuestra línea, y la insuficiencia numérica de nuestras tropas para ocupar aquella altura.

Respecto del reconocimiento practicado por el general Castillo el 12 de Marzo sobre las alturas del cerro de San Pablo y garita de San Miguel, nos contentaremos con decir: que fué un movimiento hábilmente ejecutado y que produjo el efecto que se deseaba. En esta operacion militar fué herido, no el teniente coronel como dice Salm, sino el coronel Villasana, gefe del batallon de Cazadores. Este gefe, que por lo menos en esta ocasion cumplió extrictamente con su deber, y que como hemos dicho recibió una herida en el brazo izquierdo, fué victima de una injusticia que todos reprobamos, y mas aún cuando vimos que se le privaba del mando de su batallon, solamente por dar colocacion á S. A. A propósito de este nombramiento, no podemos menos de reir cuando dice el príncipe que el Emperador se disculpó al ofrecerle el mando de un batallon, porque sabia que habia mandado brigadas en los Estados-Unidos. ¿Creia acaso el pretensioso cuanto inepto coronel Salm, que se le habia de posponer á algunos de los dignos gefes que mandaban las brigadas del ejército? ¿Habia que disculparse al ofrecer el mando de un batallon á aquel que desde luengas tierras, olvidándose de su *alto carácter de príncipe*, habia venido á pedir de limosna un empleo de coronel en el *despreciable* ejército mexicano? Mas tarde tendremos lugar de notar cómo S. A. no se hizo digno de ese favor.

No es verdad que el batallon de Cazadores haya tenido nunca setecientas plazas, y en la época á que nos referimos apenas tendria trescientas; y de estas, la mi-

dad poco mas ó menos de mexicanos, y la otra mitad de extrangeros. Tampoco es verdad que el ejército sitiador hubiera establecido una bateria en la Cuesta China: S. A. quiso hablar probablemente de la que se situó en el cerro de Carretas, y esto despues de la fecha que menciona Salm.

La descripcion del combate de 14 de Marzo, es tan imperfecta y está plagada de tales desatinos y falsedades, que parece increíble haya sido redactada por un testigo ocular.

La idea de no extendernos demasiado en este opúsculo, nos impide hacer el completo relato de aquel hecho de armas, conformándonos con desmentir las versiones mas notables de Salm. Este ha faltado á la verdad y á la justicia, atribuyéndose el mérito de haber sido él quien arrebató al enemigo el cañon rayado con que se atacaba la linea del rio. Cuantos nos encontramos en el sitio de Queretaro, sabemos que quien tomó ese cañon fué el valiente mayor de Cazadores D. Macedonio Victorica, herido de un bayonetazo en el pecho y no de un balazo como afirma Salm. Ese digno gefe, recibió como premio de su buen comportamiento en aquella jornada, la cruz de Caballero del "Aguila Mexicana."

Es cierto que despues de rechazado el enemigo en aquella linea, el batallon de Cazadores se abandonó á todo género de excesos en la parte de la poblacion llamada "La otra Banda;" pero ¿quién, sino el mismo Salm, es el responsable de aquellos excesos?

Se necesita toda la ignorancia de S. A. el prínci-

pe para decir que despues de la victoria que obtuvo el general Mejía en las llanuras que se extienden frente á la Alameda y Casa Blanca, debia haber completado el triunfo de las armas imperiales, si hubiera atacado el ala izquierda del enemigo, así como la batería que suponía en la Cuesta China. La sola idea de la situacion topográfica de aquella parte de Querétaro, da á conocer hasta á los mas bisonos, la completa imposibilidad en que se encontraba el general Mejía para ejecutar una operacion semejante. Aun olvidándose de esta circunstancia, hay la no menos notable, de que desde el momento en que el general se hubiera empeñado en semejante locura, una gran parte de nuestra línea, la mas importante quizá en aquellos momentos, quedaba enteramente á merced del enemigo, que ocupaba ya la iglesia de San Francisquito y las casas inmediatas á la huerta de la Cruz.

El panteon de la Cruz fué realmente abandonado de orden del general Márquez, desde la tarde del 13 de Marzo, á pesar de las observaciones que el mismo Emperador hizo á este respecto, pues en verdad no puede comprenderse la razon de este paso, siendo así que era indudable que aquel punto seria, como lo fué, ocupado á mansalva por el enemigo. Bastante sangre tuvo que derramarse por esta imprudencia. El teniente coronel D. Juan de D. Rodriguez, y no el coronel D. Zeferino, quien en su clase de capitán de artillería se hallaba en lugar enteramente opuesto, recibió una grave herida en el pecho al querer recobrar el panteon con dos compañías de su cuerpo. Mas tarde, despues de desalojado

el enemigo de las casas adyacentes á la huerta de la Cruz, y atacado por su flanco derecho por dos compañías del 3.º de línea á las órdenes del mayor Rentería, herido mortalmente en el pecho durante el combate, el enemigo se vió obligado á abandonar el tantas veces disputado panteon.

Como Salm padeció (la equivocacion) de atribuir al 3.º delinea el combate que tuvo lugar en el gran patio contiguo al panteon de la Cruz, y como podria interpretarse que dicho cuerpo fué el que recibió de manos del Emperador la cruz del "Aguila Mexicana," con que se condecoró la bandera, advertiremos que esta distincion honorífica, fué otorgada al batallon del Emperador.

No sabemos hasta qué punto sea cierta la consulta que pretende el autor de las Memorias, le hizo S. M., sobre lo que debia hacerse despues del frustrado asalto que el ejército republicano intentó sobre la plaza de Querétaro el 14 de Marzo. Hasta hoy, permanecemos en la inteligencia de que la idea de atacar al enemigo, aun antes de aquel descalabro, fué exclusivamente del general Miramon, quien siempre opinó en este sentido. Las razones que da Salm, y que segun su dicho, emitió al ser interrogado por S. M., encierran el principio bien generalmente conocido, prevenido y observado en el arte de la guerra, de aprovechar el estado de ánimo en que debe naturalmente encontrarse un enemigo rechazado de una plaza con grandes pérdidas; pero en lo que no podemos convenir es en los motivos en que funda su opinion, atribuyendo á los mexicanos una manera *sui generis* de pelear, ó mas bien de *correr*, por más

que su número sea mucho mayor que el de las tropas de las cuales haya recibido un descalabro. En México, como en todas partes del mundo, ha sucedido con demasiada frecuencia, que aun despues de haber sufrido un reves, las tropas se detienen, se reorganizan, y vuelven á esperar y sostener nuevos combates. En apoyo de nuestras palabras podriamos citar muchos hechos que han tenido lugar en el país y que honran á los soldados y á los gefes que los han mandado, por mas que digan apasionados é injustos extrangeros, que no tienen para nosotros sino frases descompuestas y odiosas.

Veamos ahora como se expresa Salm en la página 76 de sus Memorias:

“Entre nuestros generales que se consideraron como no suficientemente aptos bajo tales circunstancias, y por lo tanto se les quitó el mando, estaban el general de division Casanova, y los de brigada, Herrera y Lozada y Calvo.”

Así fué en efecto, aunque no sabemos por qué se supone al Sr. Casanova general de division, y se suprime de la lista al general de brigada D. Manuel María Escobar, víctima tambien de aquella extraña disposicion. En este asunto disentimos absolutamente de la opinion de Salm. Amigos ante todo de la justicia, tenemos la imperiosa obligacion de no dejar pasar inadvertido un hecho que indudablemente refluye en descrédito de aquellos gefes. No creemos que haya una sola persona de las que presenciaron la conducta de los referidos generales durante el período del sitio hasta su separacion del mando que se les habia confiado, que pueda denunciarlos como cobardes, ineptos ó desleales,

y bien al contrario, todos podrán afirmar que si no se distinguieron, no faltaren tampoco á sus deberes. En este acontecimiento se versaba otra razon que la de encontrárseles “no suficientemente aptos:” eran amigos y protegidos del general Miramon y esto era bastante para que cayesen en desgracia. ¿Por qué se ha de encontrar extraño que aquel ó aquellos que querian perder al general Miramon, procurasen privarlo de las personas en quienes tenia su confianza? Podemos suministrar algunas pruebas en pró de nuestro aserto, y por las cuales se puede colegir que al dar el Emperador este paso, obró de ligero, instigado por influencias extrañas; de otra manera, ¿cómo podria explicarse que el general Escobar haya recibido una satisfaccion oficial del Emperador por medio de su ayudante el teniente coronel Pradillo, quien ademas le ha entregado de parte del Soberano la cruz de Comendador de Guadalupe con que se le agraciaba? ¿Cómo tambien podrá explicarse que el general Herrera y Lozada haya sido nombrado pocos dias despues gefe del perímetro interior de la fortificacion de la plaza?

Ya hemos dicho, al hablar de la manera con que el ejército fué dividido, que el general Mendez recibió el mando de la brigada de reserva, compuesta de los batallones 1º del Emperador y 3º de Línea, regimiento de la Emperatriz, una batería de campaña y la compañía de Ingenieros. Como se vé, no es posible que Salm haya recibido tambien el mando de la brigada de que habla en la página 76, pues ni era division la que mandaba el repetido general, ni entre los cuerpos que man-

daba se encuentran los que cita Salm; y por último, los batallones 14 y 15 de línea se encontraban en un lugar del perímetro fortificado opuesto á la línea de Casa Blanca, que era donde se hallaba Salm, con el batallon de Cazadores, que fué lo único que mandó.

"Parte de mi brigada estaba colocada entre el cerro de las Campanas y el flanco izquierdo de la posición de Castillo, y con ella tenía mi cuartel general." A la verdad, no sabemos qué decir de esta palabrería, en que vemos á la brigada Mendez reproducirse en tantas brigadas, y al cuartel general que no era, ni podía ser mas de uno, en tantos *cuarteles generales*. Ya hemos dicho que nunca hubo tal brigada Salm, y hemos dado razones que convencen; empero, queremos suponer que realmente hubiera mandado Salm una. ¿Cuántos cuarteles generales hay en una division, en un ejército reunido? Que nosotros sepamos, solo debe haber uno, que es el lugar de la plaza ó del campamento en que existe el general en jefe: de manera, que la brigada y el cuartel general del príncipe Salm no ha existido, ni puede existir en otra parte que en su cabeza y con letras de molde en sus Memorias.

No queremos pasar adelante sin tributar nuestros mas sinceros plácemes al jóven teniente Mantecon, ayudante de S. A., por haberse encontrado siempre á los talones de este y con los brazos abiertos para recibirle, caso de que en el fragor del combate hubiera acaecido la desgracia de que el príncipe fuese herido.

En la acta de la junta de guerra habida el 20 de Marzo, figura en estos términos la opinion emitida por

el general Miramon: *"Yo estoy de acuerdo igualmente con las dos últimas opiniones. Sin embargo, tendremos que ocuparnos con la empresa de derrotar al enemigo en los caminos de Celaya y San Juanico, y si se prolongase nuestra actual posición, atacarlo á viva fuerza en San Gregorio."* Llamamos la atención sobre estas ideas del general en dicha junta de guerra, porque hace muy al caso con la conducta que observó en todo el sitio.



III.

Salida sobre la hacienda de San Juanico el 22 de Marzo.
Acción del 24 del mismo.

Llegamos ahora á una de las descripciones de Salm, en que se hacen mas notables la inexactitud, la presunción y la mentira. Hablamos de la salida efectuada el 22 de Marzo sobre la hacienda de San Juanico, distante unos tres cuartos de legua de la ciudad de Querétaro, rumbo al Poniente.

Como quiera que algunas personas podrán leer este opúsculo sin conocer las Memorias de Salm, copiaremos textualmente los términos en que se expresa al mencionar esta operación militar, haciendo en seguida

el relato de lo ocurrido, para que pueda notarse la total diferencia que hay entre uno y otro.

"A consecuencia de estas noticias, recibí orden de estar con mis cazadores, tiradores y mi batería en el cerro de las Campanas á las cinco de la mañana siguiente, y que tomase á San Juanico. La caballería, á las órdenes del general Mejía, debía cubrir mi flanco derecho, y el regimiento de Quiroga el izquierdo."

"Así, pues, el día 22 estuve listo al amanecer. Los cazadores componían la vanguardia, la batería se colocó en el centro y los tiradores formaban la retaguardia. Avanzamos sobre el camino de Celaya, el que conduce luego á San Juanico. El camino está plantado de árboles y á su derecha se encuentra el río Blanco. A distancia de cosa de diez minutos del pueblo, encontramos la avanzada del enemigo, al que seguimos muy de cerca. La infantería, que estaba á la entrada del pueblo, huyó precipitadamente, y la perseguimos hasta un lugar abierto, donde se detuvo é hizo alguna resistencia. No le dejamos tiempo para formarse; grité "¡viva el Emperador!" y los cazadores se arrojaron sobre ellos con sus bayonetas."

"El Mayor Piller y yo nos encontrábamos á la cabeza: montaba ese día, no mi caballo pinto, sino un pequeño ga-rañon, el que recibió una bala en la cabeza y cayó de rodillas; pero al momento se levantó y siguió adelante. Al enemigo no le gustó el helado acero y huyó á la enorme hacienda de San Juanico, que está á la extremidad del pueblo y á donde estaba el cuartel general del comandante en jefe liberal."

"El regimiento Quiroga, que cubría mi flanco izquierdo,

y marchaba afuera del pueblo, estaba algo mas adelante de mi columna y llegó antes que nosotros á la hacienda. Efectuó una buena carga contra la caballería que estaba allí, y al mismo tiempo avanzó Mejía en el llano abierto á mi derecha. El enemigo no hizo resistencia y se retiró á los bosques, atras de la hacienda, á la que entramos nosotros. Allí tomamos posesion del despacho del comandante en jefe, con todos sus papeles, y entre ellos un estado de todo el ejército frente á Querétaro. Pero á gran pesar nuestro la artillería y mayor parte de las provisiones habian sido ya repartidas entre el ejército, y solo tomamos 24 carros con maiz, una gran cantidad de armas, muchos bueyes, vacas, cabras y borregos."

"A nuestra derecha estaban cosa de ocho mil hombres de la caballería del enemigo, contra los cuales rompí el fuego con mi batería, que coloqué cerca de la hacienda. Mientras reunimos el botin, protegidos en nuestro flanco izquierdo por el regimiento Quiroga y en nuestro derecho por los tiradores, el general Mejía se colocó frente á la del enemigo, á corta distancia, pero ninguno de los contendientes se inclinaba á atacar."

"Como nuestra expedicion habia tenido un éxito tan bueno como era posible esperar, comencé mi retirada, quedándome á retaguardia con mis cazadores. A donde hay un puente que conduce sobre un arroyo que cruza el camino de Celaya, me detuve para poder proteger la retirada de Mejía, quien cruzaba el río Blanco en un vado á mi derecha. Al mismo tiempo, mi batería, que estaba colocada al otro lado del puente, é igualmente la artillería del cerro de las Campanas, mantuvieron al enemigo á una respetable distancia.

Al pasar el puente con los cazadores, me encontré con el general Miramon, el cual victoreó al batallon y su jefe."

Hasta aquí Salm.

Pasemos ahora á decir la verdad de los hechos. La idea y plan de esta salida, así como su total ejecucion, fueron esclusivamente propias del general Miramon. El pensamiento de tomar en la hacienda de San Juánico la gran cantidad de víveres que se encontraba allí depositada, segun informes, fué el móvil principal que animó al general á arriesgar un combate. Dispuso, pues, que los dos batallones de Guardia Municipal y Cazadores con cuatro piezas de campaña y dos obuses de montaña se encontrasen listos para salir á las cinco de la mañana del día 22, por la carretera que conduce de Querétaro á dicha hacienda. El regimiento de la Emperatriz por el flanco derecho, el de Quiroga por el centro y el escuadron de la Guardia Municipal por el izquierdo, marcharian en columna, á sus inmediatas órdenes, á lo largo de dicha carretera, mientras que el 5º regimiento de caballería, con una hora de anticipacion, dirigiéndose por el camino de la garita del Pueblito, y por medio de un gran rodeo, se pondria á la espalda del enemigo, casi simultáneamente con la columna que atacaria de frente. Así se verificó, correspondiendo el resultado á los deseos del general. El enemigo huyó de la hacienda á la aproximacion de nuestras fuerzas, sin haber mediado mas de un corto tiroteo con la guerrilla de vanguardia. La hacienda se ocupó, pues, casi sin resistencia. En una especie de luneta que se extiende frente al edificio, se situó la arti-

llería: la infantería se estableció parte en aquella misma luneta, otra cubriendo nuestra retaguardia en el camino y el resto en reserva. La caballería fuera de las zanjas que limitan el camino, quedó formada en la llanura en acecho del enemigo que se habia retirado hacia el Poniente, fuera de tiro de fusil. Tomadas estas disposiciones preventivas se procedió á recojer y cargar en cuatro carros que nos habian seguido y dos que se tomaron en la hacienda, los víveres que se encontraron, los que por cierto eran bien pocos, pues segun se nos dijo habian sido repartidos al ejército republicano en el día anterior. Tuvimos que conformarnos con algunas cargas de arroz, maiz y frijol; alguna paja y unas sesenta cabras. El enemigo mientras que forrajeábamos, permaneció impassible, y por nuestra parte solo hicimos cuatro ó seis disparos de cañon sobre un pequeño grupo de ginetes que denotaban ser el estado mayor de algun gefe de carácter. Cuando nada quedaba que hacer y reunidos ya el 5º regimiento y la caballería de Quiroga, el general ordenó la retirada haciendo antes desfilar toda la caballería con los carros y la artillería de campaña. El regimiento de la Emperatriz, un batallon y los dos obuses de montaña cerraban la marcha. El general se quedó el último. Desde que el enemigo advirtió nuestro movimiento, desplegó algunas guerrillas que tirotearon nuestra retaguardia, aunque sin acercarse demasiado. Nuestro movimiento fué tambien visto por las baterías del Cerro de San Gregorio, las que rompieron sobre nosotros un fuego sostenido, aunque sin éxito. En esta salida se hicieron al

enemigo algunos prisioneros, y por nuestra parte, solo tuvimos ocho ó diez heridos, ignorando los que el enemigo haya tenido. Durante esta operacion el Emperador habia permanecido en el Cerro de la Campana, en donde recibió el parte del general Miramon.

Reasumiendo y comparando ambas descripciones, se encuentra: que Salm se atribuye la ejecucion de esta salida, siendo así que el general Miramon segun lo hemos dicho, fué quien la meditó y ejecutó hasta el fin; que es absolutamente falso que el general Mejía se haya encontrado en aquel hecho de armas, puesto que estaba enfermo en su casa; que la artillería que formó parte de la columna, nunca estuvo á las órdenes de Salm y menos en aquel dia, que la mandó personalmente el coronel Peza, comandante general de la arma en el cuerpo de la infantería; que no se tomaron en San Juanico sino seis carros con víveres y forrages y una manada de cabras, y no veinticuatro carros, ni los bueyes, vacas y borregos que él dice; que tampoco se han tomado ni un gran número ni una sola arma; que el general Miramon no pudo victorear á Salm y su batallon á su paso por el puente, en la retirada, puesto que dicho general, en vez de adelantarse venia de los últimos, cerrando la retaguardia; que la artillería del Cerro de la Campana no abrió sus fuegos contra el enemigo, porque no hubo necesidad de ello; que no existe ningun pueblo de San Juanico antes de llegar á la hacienda de este nombre; que ni lo que él llama rio *Blanco*, ni el camino de Celaya, se encuentran en la situacion topográfica que les señala, pues el rio queda á una

gran distancia hácia la derecha, y el camino de Celaya se separa á la izquierda de la carretera de San Juanico; que S. M. no victoreó á los *zuavos de México*, porque estos se habian retirado inmediatamente á su linea y el Emperador permaneció en el Cerro de la Campana en donde recibió el parte del general; en fin, que bien puede decirse que el coronel príncipe de Salm, despues de tener la avilantez de atribuirse el poco ó mucho mérito de esta salida, desconoce hasta los incidentes mas notables de ella. Hacemos punto omiso respecto de la herida que recibió el *pequeño garañon* que montaba *S. A.* ese dia, porque hasta que él ha usado la bondad de decírnoslo, es cuando hemos tenido noticia de tamaña desgracia.

La accion del 24 de Marzo, que bien puede llamarse una batalla, es uno de los hechos de armas mas notables del sitio de Querétaro: sin embargo, á juzgarla por la manera con que la describe Salm, ninguna persona que no haya sido testigo presencial, podria apreciarla en todas sus partes y pormenores. No es nuestro intento, como lo hemos repetido muchas veces, dar á conocer la historia de todos los incidentes de aquel memorable sitio; de ahí es, que vamos á sujetarnos á poner en claro los mas notables errores ó suposiciones del coronel Salm. Cualesquiera que lea las Memorias de este señor, tiene indudablemente que creerlo el general en jefe de las tropas; el solo capaz, el solo denodado, el solo importante, el solo apreciado y distinguido por el Emperador y demas personas juiciosas y caracterizadas del ejército. Por esto lo vemos hablando siempre

de sus *brigadas, de sus baterías*, de los honores y homenajes que se le rendían, de los apretones de manos del Emperador; y en fin, de aquellas tres célebres palabras, que aunque no nos dice cuales fueron, le deslizó al oído el Emperador con *las lágrimas en los ojos y tan agitado que no podía ni hablar*. ¿Qué palabras serían esas? Si el príncipe hubiera sido mas galante, las debía haberlas estampado en sus Memorias; pero desgraciadamente S. A. creyó de mas interes para satisfacer su amor propio y para distraer á sus lectores, referir la curiosa anécdota del consentido falderito, Yimmy, y otras del mismo jaez. Pero volvamos á nuestro principal objeto.

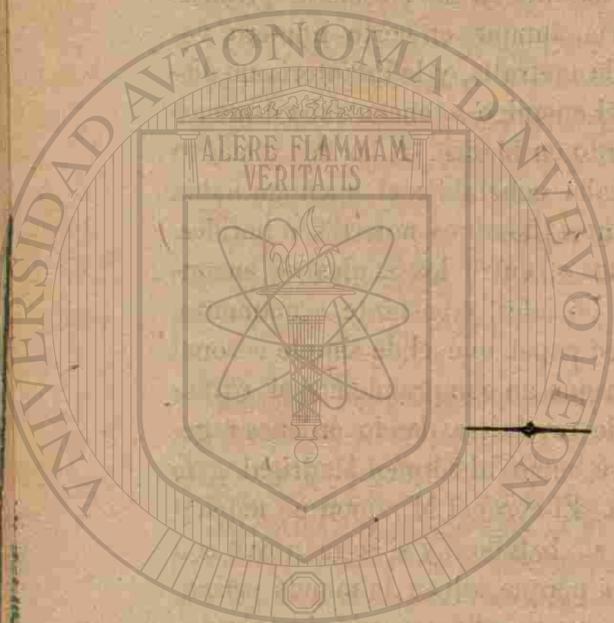
Como en casi todos los hechos de armas que tuvieron lugar en Querétaro, el general Miramon tuvo la direccion y el inmediato mando de las tropas imperiales que combatieron el 24 de Marzo, así, pues, no jugó el insignificante papel de simple espectador en que pretende colocarlo Salm. El general Mejía se puso á la cabeza de nuestra caballería, á pesar de estar muy enfermo, y ejecutó la primera carga contra las columnas republicanas. Nosotros no somos tan diestros como Salm, que podamos estimar con su exactitud matemática el número de hombres que nos atacaban. Diremos solamente, y por un juicio aproximado, que este número puede haber ascendido á unos diez ú once mil hombres de las dos armas. El combate se abrió á las doce en punto de la mañana, por el nutrido fuego de la artillería enemiga, la que cesó de disparar para dar li-

bre paso á sus columnas de ataque, que avanzaron resueltamente sobre nuestra línea de la Alameda y Casa Blanca. Dos veces repitió el enemigo su brusco ataque, y otras tantos fué rechazado con grandes pérdidas y obligado á volver en desórden á sus posiciones primitivas. Nuestra artillería, aunque en corto número, vomitaba á centenares la metralla, y la infantería no disparaba sino cuando el enemigo se encontraba á menos de la distancia de punto en blanco. A las dos y cuarto de la tarde todo estaba concluido: el enemigo habia perdido unos doscientos hombres muertos ó heridos, cuatrocientos prisioneros, entre los cuales se encontraban treinta y dos oficiales, y bastante armamento. Salm no hizo allí otro papel que el de simple coronel de cuerpo, de manera que no comprendemos el carácter con que pretende revestirse, dando órdenes á gefes de su misma clase, como al coronel Madrigal, gefe entendido y valiente. El coronel Miramon no mandaba igualmente sino su batallon, y si se mantuvo con él en la Alameda, fué porque allí se le mandó permanecer: en ese lugar, bastante peligroso por cierto, cumplió con su deber.

Salm reprueba á este gefe porque no le gustaba *servir á las órdenes de extrangeros*: en nuestro sentir, el coronel Miramon hacia perfectamente, y mas aún, tratándose de una persona como Salm. ®

A pesar de que el enemigo avanzó demasiado cerca de la casa Blanca, es enteramente falso que haya ocupado el granero ó troje de dicho edificio. El cadáver

mas próximo á aquella troje, era el del coronel republicano D. Florentino Mercado; y éste se encontraba á unos ciento cincuenta pasos de aquel sitio, cerca de una nopalera.

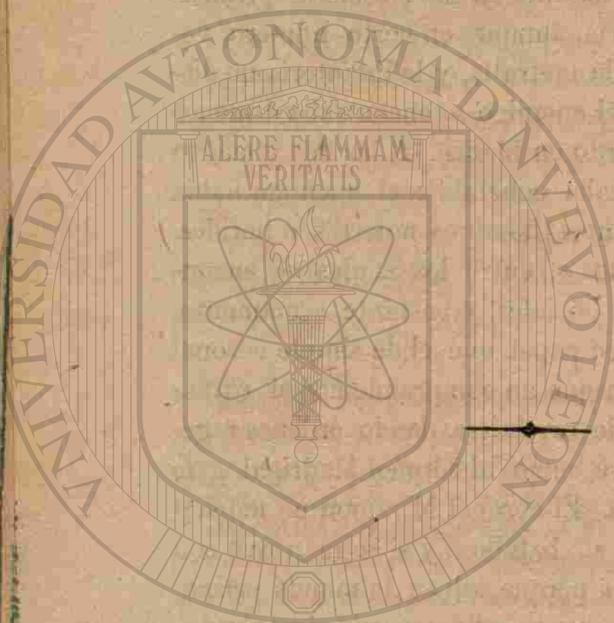


IV.

Salm envidiado por todos á causa de las distinciones del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre las posiciones enemigas de San Gregorio el 1º de Abril.—Salm, responsable del éxito de esta accion, esquivá el duelo que le propone el teniente coronel Sosa.—Queja de los Cazadores.—Salida del 12 de Abril sobre la garita de México.—Comportamiento de Salm en este hecho de armas.—Salm, responsable tambien del mal éxito de la salida del 17 del mismo mes.—Carta de Ramirez y Adame al general Mejía.—Batalla del 27 de Abril en las posiciones enemigas del "Cimatario."

Dice Salm, que á excepcion de los generales Castillo, Escobar, Mejía, Mendez y Valdes, los demas lo miraban con envidia, *celosos* de la parcialidad con que lo trataba el Emperador. El príncipe confunde probablemente la envidia con la indiferencia y la antipatía. El Emperador mostraba afecto hasta á los últimos soldados de su

mas próximo á aquella troje, era el del coronel republicano D. Florentino Mercado; y éste se encontraba á unos ciento cincuenta pasos de aquel sitio, cerca de una nopalera.



IV.

Salm envidiado por todos á causa de las distinciones del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre las posiciones enemigas de San Gregorio el 1º de Abril.—Salm, responsable del éxito de esta accion, esquivá el duelo que le propone el teniente coronel Sosa.—Queja de los Cazadores.—Salida del 12 de Abril sobre la garita de México.—Comportamiento de Salm en este hecho de armas.—Salm, responsable tambien del mal éxito de la salida del 17 del mismo mes.—Carta de Ramirez y Adame al general Mejía.—Batalla del 27 de Abril en las posiciones enemigas del "Cimatario."

Dice Salm, que á excepcion de los generales Castillo, Escobar, Mejía, Mendez y Valdes, los demas lo miraban con envidia, *celosos* de la parcialidad con que lo trataba el Emperador. El príncipe confunde probablemente la envidia con la indiferencia y la antipatía. El Emperador mostraba afecto hasta á los últimos soldados de su

ejército, de manera, que ninguno tenía que envidiar á otro sobre ese particular, y menos aún personas como el general Miramon, que recibió siempre públicas manifestaciones de aprecio y distincion del Emperador.

Parece que la salida que se verificó el 1.º Abril sobre las posiciones del enemigo en el Cerro de San Gregorio, tuvo origen en una propuesta que hizo Salm al Emperador y al general Valdes, gefe de la línea del rio, asegurando que, *con solo su batallon* arrebataria al enemigo sus baterías establecidas en dicho cerro. Como es natural, cuantas personas escucharon tan descabellada empresa, la desecharon; pero el general Miramon formó entonces el propósito de atacar dicha posicion, de manera que el éxito fuera probable. A este efecto, puso á las órdenes del general Valdes los batallones de Guardia Municipal, cazadores, 5.º, 7.º y 12.º de línea, y cincuenta hombres del batallon de Celaya: el coronel Salm con los cazadores, Guardia Municipal y los cincuenta hombres de Celaya, deberia avanzar en línea recta sobre el punto conocido con el nombre de "Cruz del Cerrito," y de allí, sin curarse de lo que pudiera pasar á su retaguardia, marchar resueltamente y con la mayor rapidez hasta la cima de San Gregorio y apoderarse de las baterías enemigas.

El 5.º, 7.º y 12 de línea, se encargarian de cubrir la iglesia de San Sebastian, la Cruz del Cerrito y otros lugares anexos, despues de desalojado el enemigo, sirviendo á la vez para sostener la retirada de la columna que deberia avanzar sobre San Gregorio.

Las primeras operaciones correspondieron á los de-

seos del general, mas allá de lo que era de esperarse, no obstante que cuando las tropas salian de nuestras líneas, la luz matinal comenzaba á alumbrar. La columna, en medio del mas profundo silencio, avanzó sobre las tortuosas callejuelas que se encuentran al costado izquierdo de San Sebastian, penetrando por las casas y huertas contiguas; se apoderaron de este punto, en el que quedó un destacamento del 5.º de infantería, continuando su rápida marcha en direccion de la Cruz del Cerrito, lugar del que huyó el enemigo en presencia de tan inesperado golpe. El coronel Salm se separó desde este momento con los dos batallones dichos y los cincuenta hombres de Celaya, que marchaban como guerrilla de descubierta, para dirigirse sobre San Gregorio. El enemigo, puesto en alarma, organizaba sus fuerzas por nuestros flancos y vanguardia: si Salm, cumpliendo sus instrucciones, hubiera avanzado en línea recta sin dar tiempo al enemigo de ponerse en actitud de defensa, era indudable que las baterías enemigas habrian caido en nuestro poder, pudiendo entonces concentrarnos á la plaza sin grandes pérdidas; pero no fué así: este gefe, en vez de encumbrar el cerro, tomó por la izquierda faldeándolo, y volvió á internarse en las calles hasta entrar de nuevo en la plaza, no obstante que el valiente teniente coronel Sosa, comandante de la fuerza de Celaya, insistió *hasta la desesperacion*, á fin de que Salm siguiese en línea recta hasta las baterías de San Gregorio. En estos momentos, considerable número de fuerzas enemigas rodeaban nuestra columna, situada todavía en el Cerrito de la Cruz, la resistencia

se hacia imposible é inútil: imposible, por la desigualdad del número y la mala posicion que ocupábamos, inútil, porque el objeto principal habia fracasado merced á la negligencia de Salm.

El general Miramon habia acompañado á nuestras tropas hasta la Cruz del Cerrito; de allí se volvió á San Sebastian, en donde hizo que recogieran las municiones tomadas al enemigo, así como los dos obuses de montaña que se habian quitado en el primero de estos puntos, y autorizó al general Valdés para que se retirara.

Por el fiel relato que acabamos de hacer, se comprenderá que Salm no ha dicho la verdad, cuando asegura que el general Miramon no lo hizo seguir de una reserva; que tuvo que atacar solo con los cazadores; que el general Miramon permaneció en el puente, y que él, Salm, fué el último que se retiró.

Hay otra cuestion en que Salm no ha dicho la verdad, y por lo cual se suscitaron mil dificultades entre él y el teniente coronel Sosa, pues ambos se disputaban la satisfaccion de haber tomado los dos obuses de montaña quitados al enemigo. Esta cuestion no nos parece, como no nos pareció aquel dia, difícil de fallar: siendo la fuerza del batallon de Celaya la que marchaba á vanguardia de la columna Salm, es indisputable que ella y no los cazadores, es la que debe haber tomado los obuses. Ademas, la palabra del teniente coronel Sosa y la deposicion de muchas personas que presenciaron este hecho, es una verdadera garantía.

Hay una circunstancia en la que estamos de acuerdo enteramente con Salm: los dos obuses de montaña

y algunos otros objetos quitados al enemigo, *costaron bien caros*. El autor de las Memorias olvida designar al principal responsable de las desgracias acaecidas aquel dia. ¿Será acaso él mismo?

La conducta del príncipe de Salm en este hecho de armas, mereció la reprobacion de todos, y muy especialmente la del intrépido y caballeroso teniente coronel Sosa, quien públicamente lo ha desafiado, y en vez de admitir, como se lo exigia el honor, ha dado aviso al Emperador y esquivado el duelo.

Para concluir, diremos una cosa que habiamos olvidado. Al retirarse nuestros últimos soldados de la iglesia de San Sebastian, y en el momento de atravesar el puente, Salm salia de la plaza con objeto de recoger los dos obuses para que sus soldados los llevasen en triunfo. ¿Se habia retirado antes ó despues?

*Las pendencias entre Miramon y Mendez eran otra causa de temores: Mendez aseguraba que Miramon no estaba de buena fé con el Emperador, y solo trabajaba por sus propios y ambiciosos fines. Llamó mi atencion el hecho que Miramon habia quitado el mando recientemente á varios oficiales que eran adictos al Emperador, y los habia reemplazado con personas que pertenecian á su partido. Así se expresa Salm en la página 114, y en verdad que la palabra *pendencia* que él ó el traductor han usado, no puede tener aplicacion; ¿pues qué clase de pendencias podria haber entre el superior y el subalterno, y menos aún tratándose del general Miramon, que jamás habria permitido ni al general Mendez ni á ningun otro, hubiesen ultrajado su dignidad? No negaremos que el general Mendez, preo-*

cupado quizá con el papel que habia representado en Michoacan, y enorgullecido por las distinciones del Emperador, habia llegado á creer que nadie era capaz de mandarlo, y que la preponderancia del general Miramon le era, en consecuencia, insoportable, motivo por el cual no nos parece extraño que se haya expresado mal y con injusticia, del general Miramon. Pero decir que habia pependencias entre estos dos generales, es una cosa absurda y tan falsa, que solo Salm ha podido escribirla.

El general Miramon no separó jamas á ninguna persona del ejército que fuese adicta al Emperador, primero, porque S. M. no lo hubiera permitido sin causa legítima; segundo, porque allí no habia persona que dejase de serlo. Por el contrario, y como ya lo hemos dicho en otra parte, si se privó del mando á algunos gefes, fueron de los que se tenian como parciales por el general. Salm se olvida de que al asentar estas frases, pone en ridículo al Soberano, quien aunque en verdad era muy deferente con Miramon, nunca le hubiera permitido semejante modo de proceder.

El príncipe no debe conocer perfectamente todo el rigor de los códigos militares en cuanto afectan á la disciplina; de otra manera habria omitido hablar en sus Memorias del descontento de sus soldados, manifestado por medio del mayor de Cazadores, á consecuencia de que siempre se mandaba á estos *para servir de carnaza* en el combate. Cuestión es esta, que deshonra no solo á los soldados que han vertido la queja, sino al gefe que la ha transmitido y al superior que la ha es-

cuchado, prometiendo que despues del hecho de armas próximo, elevaria dicha queja al Soberano. Estos gefes y soldados deberian haber sufrido un castigo severo y ejemplar, por haber olvidado sus deberes y haber dado un carácter de hostilidad á un hecho, que cualquiera otra tropa del mundo habria mirado como una distincion honrosísima.

La descripcion de la salida del 12 de Abril sobre las posiciones del enemigo en la garita de México, es una de las que pinta Salm con menos imperfeccion. Sin embargo, y haciendo á un lado la constante cuanto ridícula crítica que hace el príncipe de las disposiciones del general Miramon, nos vemos en la dura pero imprescindible necesidad de decir: que el repetido Salm se ha detenido á trescientos ó cuatrocientos metros del parapeto por donde se efectuó la salida, y que solo el teniente coronel Ceballos y el Comandante Pitter, con algunos cazadores, son los que han llegado al edificio de la garita. Si este hecho no hubiera sido enteramente público, es seguro que lo habriamos callado por temor de parecer parciales.

La difícil situacion que guardaba el ejército en Querétaro despues de mas de cuarenta dias de sitio y de veinticinco de esperar al general Márquez, cuando los víveres y las municiones escaseaban, de manera que se hacia imposible casi el sostenimiento de la plaza, y cuando ya se veia por muchos como un asunto irrealizable el auxilio exterior, siendo ya conocido por todos el desastre sufrido en San Lorenzo por las tropas de dicho general, el Emperador de acuerdo con sus gene-

rales, dispuso enviar á México á una persona caracterizada del ejército, la que llevaria algunas cartas é instrucciones de la mas alta importancia, que tenian por objeto hacer cumplir á Márquez las órdenes que le habian dado para que viniese en auxilio de la plaza. Aunque tarde, esta providencia debia producir buenos resultados, si la empresa hubiese sido puesta, si no en manos hábiles, al menos en las de hombres mas resueltos. Desgraciadamente la persona ó personas destinadas para el objeto, no pudieron ó no supieron dar cima á tan difícil comision, y lo único que se consiguió fué disminuir la fuerza de los defensores de Querétaro con los soldados, que forzando las líneas enemigas, lograron salir de la plaza, de la manera que vamos á explicar.

Nosotros no conociamos los pormenores de esta empresa y menos aún el texto de las instrucciones y cartas escritas por el Emperador y confiadas al príncipe de Salm Salm, quien deberia entregarlas en México y obrar de entero acuerdo con las órdenes especiales y reservadas que se le habian dado. Este señor nos ha hecho conocer aquellos documentos. Omitiremos hacer comentarios respecto de ellos, aunque bien merecian la pena de analizarlos, pues en las instrucciones hay algunas tan difíciles de cumplir, como la de arrestar al general Márquez en medio de sus soldados, y otras por el estilo. Quizá el mismo general Miramón á pesar de su influencia y prestigio no habria conseguido el objeto. ¿Seria, pues, Salm, quien lo hubiera logrado? Parece que no se pensó en esta dificultad cuan-

do contra toda probabilidad de buen éxito, se confió á este señor la empresa de que vamos hablando.

El plan de la salida, asi como los incidentes que tuvieron lugar la noche del 17 al 18 de Abril, no tienen ningun interes, y la manera con que los explica Salm en sus Memorias, está poco mas ó menos de acuerdo con la verdad; pero creemos indispensable objetar alguna cosa que llama nuestra atencion y que debe llamar la de todos aquellos que pasen los ojos con algun cuidado por dichas Memorias. Hemos dicho ya que el príncipe llevaba consigo las credenciales y demás documentos que debian servirle para llenar su cometido. Además, el general Moret debia acompañarle "*mano á mano*," y por lo que aparece de las instrucciones, este general de quien dice Salm que solo era teniente coronel, no jugaba gran papel en aquella empresa, y antes bien, habia orden para arrestarle en caso necesario.

Hacemos esta aclaracion porque Salm pretende disculparse con la conducta observada por el general Moret. La verdad de los hechos es, que la noche del 17 de Abril, cuarenta ó cincuenta hombres de la guerrilla Zarazua que formaban la vanguardia de la caballería que debia acompañar á Salm, se abrieron paso muy fácilmente entre la línea enemiga, y llegaron á lugar seguro sin ninguna pérdida. ¿No era natural que Salm hubiera marchado á la cabeza de su tropa, ya fuera mexicana ó extranjera? No es natural, que al ejecutar esta salida las tropas deberían haber marchado rápidamente, unidas y compactas, para no dar

al enemigo el tiempo necesario para resistir el ataque, volver de su sorpresa y ponerse en actitud de impedir la salida? ¿A qué distancia se habia colocado esa vanguardia del cuerpo principal, que se dió lugar al enemigo para interponer entre ambas tropas las *gruesas columnas* que obligaron á Salm á retroceder á la plaza? En operaciones como la de que hablamos nos parece de todo punto innecesario y hasta inconveniente, hacer avanzar una descubierta que no conseguiria otra cosa que dar la señal de alarma al enemigo antes de tiempo. Salm, lo repetimos, no desplegó en esta ocasion ni el rasgo mas insignificante de talento, y el *guerrillero* Zarazua comprendió perfectamente lo que le tocaba hacer, y esto, sin llevar á su cargo la importantísima mision que Salm.

Para el logro de esta clase de operaciones y cuando la línea de circunvalacion se presta como en el sitio de Querétaro, nos parece que no se necesita otra cosa que un poco de sentido comun, algun valor y un ligero exámen del terreno. Por lo demas, como la probabilidad de salida la tienen las tropas de vanguardia, es claro que allí es donde debe marchar el gefe de la expedicion.

Despues de lo expuesto, no parecerá raro digamos, que el príncipe de Salm no cumplió con su deber, y que las disculpas que emite son tan frívolas, que no lo eximen de la responsabilidad.

En los anales del sitio de Querétaro se registra un episodio harto vergonzoso y, el que menciona Salm, atribuyéndolo á quince oficiales del ejército, de los cuales solo designa á tres: el general graduado, coronel D.

Silverio Ramirez, el comandante Adame, su hermano político y el coronel Rubio.

Segun sabemos, los dos primeros dirigieron al general Mejía una carta, en la que despues de pintarle lo comprometido de nuestra situacion, le pedia hablase al Emperador, interesando toda su influencia, á fin de inducirlo á que se entrase en tratados con el enemigo, por ser imposible la conservacion del Imperio en México. Esta carta fué enviada al Emperador por dicho general con el coronel Rubio, sin entrar en ninguna explicacion, y manifestando solamente que no iba en persona por encontrarse enfermo.

Ya se comprenderá toda la indignacion que, tanto en el Emperador como en el general Miramon y todas las personas que lo supieron, produciria aquella malhadada carta, en que los autores se habian olvidado del honor y de los santos deberes de un militar. El generoso corazon del Emperador, pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos gefes, condenados por el Código sin apelacion. S. M. se contentó con hacerlos arrestar, mandando que se les abriera un juicio, que las graves atenciones de aquellos momentos no permitieron concluir. Esto pasó con Ramirez y Adame solamente, y creemos que ni Rubio ni los otros oficiales, hasta el número de quince que señala Salm, deben haber estado comprendidos en este asqueroso asunto, puesto que ninguno fué arrestado.

El príncipe de Salm Salm, expresa su juicio respecto á la manera de combatir de la caballería mexicana, en los términos siguientes: "*Los combates de la caballe-*

ría mexicana, generalmente eran la cosa mas ridícula que se puede ver. Ambos asaltantes se detenían á cierta distancia y comenzaban á hacerse fuego mutuamente, hasta que uno de ambos partidos, satisfecho con lo que habia tenido, echaba á correr, y entonces el otro con gran bulla le perseguía. Cuando los húsares, en vez de observar esta conducta, se arrojaron sable en mano sobre los mexicanos, estos se sorprendieron enteramente de tan rudo comportamiento, y mucho mas del capitán Pawloski, que siempre llevaba un sable de reglamento muy pesado, y que destrozó á siete con su propia mano antes que se hubiesen recuperado de su sorpresa."

No sabemos como admitir las palabras de Salm, si como hijas de la ignorancia ó de la mas grosera parcialidad. Si hubiese hablado de otros defectos de nuestra caballería, que le son peculiares, habríamos guardado silencio; pero ha tocado un punto del que estamos ciertos va á salir derrotado.

Tendríamos muchos hechos que citar para probarle que ha mentido al expresarse de la manera que lo hace; pero nos contentaremos con poner en parangon dos opiniones suyas, expresadas en sus mismas Memorias, y que difieren absolutamente una de otra. Se expresa así en la página 59: "Cuando llegaron al llano frente á ellos, Mejía los atacó con su caballería, y con tal impetuosidad, que el enemigo, despues de una corta resistencia, huyó en gran desorden." En la 86 dice: "Que el regimiento Quiroga dió una buena carga al enemigo;" y por último, en la 104 dice, hablando del mismo regimiento: "que efectuó una buena carga." ¡Cuál de es-

tas dos opiniones es la cierta? La caballería mexicana, ¿sabe ó no cargar? Como no obstante esto, pudiera Salm no quedar satisfecho, y á pesar de que nos hemos propuesto no citar las abundantes ocasiones en que la caballería mexicana se ha hecho notable en la carga, le recordaremos un hecho muy cercano á la época á que se refiere. El 4 de Febrero de 1867, en los campos de la Quemada, la caballería del general Miramon ha dado á la del enemigo, en número casi doble, una terrible carga á la arma blanca, que dió la victoria á nuestras armas. Entre la multitud de muertos y heridos de ambas fuerzas que se recogieron, era raro encontrar alguno herido por proyectil. El príncipe se engaña, pues, al decir que las tropas mexicanas se sorprendieron al ver cargar á los húsares; y á propósito de este cuerpo, le recordaremos que en él habia mexicanos y extranjeros.

Respecto del capitán Pawloski, de quien asegura destrozó á siete hombres á sablazos, aunque no vimos ni llegó á nuestra noticia esta hazaña, lo felicitamos.

Llegamos al 27 de Abril, día memorable en el sitio de Querétaro, y superabundante en incidentes propicios y adversos para el pequeño y sufrido ejército imperial que defendía aquella plaza: día en el cual la fuerza irresistible del destino, nos privó del complemento de una victoria que habria dado ópimos frutos de engrandecimiento y seguridad á la causa del Imperio: día en que de un modo casi inesperado, nuestras armas triunfantes se pasearon desde las alturas del "Cimatario" hasta la hacienda de Jacal, despues de haber hecho

huir despavoridos y sin combatir diez ú once mil hombres del ejército republicano, dejando en nuestro poder veintidos cañones, mucho armamento, víveres y municiones: dia, en fin, en que la embriaguez de aquella gran victoria, nos acarreó un descalabro, y en el que, se perdió definitivamente la postrera esperanza de triunfo.

En las Memorias del príncipe de Salm, leemos el secreto intento que motivó la salida de nuestras tropas sobre las líneas enemigas frente á Casa Blanca, la Alameda y San Francisquito. Este secreto intento era, segun Salm, hacer salir de Queretaro al Emperador, seguido de algunas personas. Nosotros, que no estábamos en ese secreto, y que por otra parte, nos repugna creer tamaña villanía, indigna del carácter del Emperador y en contradicción con sus ideas caballerescas; y como á fuer de escritores imparciales, no nos es lícito juzgar sino de aquellos hechos que se han deslizado ante nuestros ojos, rechazamos esa idea y nos sujetamos á hacer las rectificaciones indispensables á los conceptos erróneos, á las inculpaciones injustas y á los juicios apasionados del príncipe de Salm, quien ya que no por respeto á la verdad, por *gratitud* siquiera al desdichado Emperador Maximiliano, debería haber guardado un circunspecto silencio en un asunto que por los resultados de aquella jornada no era de indispensable necesidad aclarar. ¿Olvidó acaso este audaz escritor, que todos los que hemos sobrevivido á esos acontecimientos, veríamos con amargo disgusto que la respetable memoria del Emperador se manchara con este de-

sengaño que no deberíamos haber tenido? Pero volvamos á tomar el hilo de los acontecimientos.

No es verdad que en el plan de salida del 27 de Abril, el general Castillo haya sido encargado de atacar las posiciones enemigas en la garita de México: este señor, con dos batallones (el 3º y el 12º de línea), y una batería, debería ceñirse á guardar el flanco izquierdo de nuestra columna de ataque, llamar la atención del enemigo, é impedirle el paso en la línea que se extiende desde la capilla de San Francisquito á la falda del "Cimatario." No es tampoco verdad que el regimiento de la Emperatriz haya permanecido en la Cruz, en la primera parte del combate: este cuerpo se encontró en el campo de batalla desde los primeros momentos, y mas tarde, cuando el grueso de la caballería enemiga se arrojaba sobre nosotros, resistió al enemigo, no obstante su superioridad numérica y la excelencia de sus armas de fuego.

Todas esas brigadas de ataque y de reserva de que habla Salm, solo existieron en su imaginación, á menos que llame brigadas á los cuerpos de infantería y caballería que formaron las *dos* columnas de ataque; á esta jornada solo concurrieron dos mil hombres escasos de las tres armas.

La magnitud de la victoria alcanzada en la primera parte del combate, y el desorden consiguiente entre soldados, que despues de muchos dias de privaciones, casi de hambre, encontraban una gran cantidad de víveres, equipajes y otros objetos que picaban su codicia, hizo que los gefes de los cuerpos no pudieran reorga-

nizarlos con la brevedad que era indispensable. Además de esta circunstancia, el general Miramon, lo mismo que todos nosotros, sorprendido verdaderamente del extraordinario éxito que se había alcanzado, necesitaba formar un nuevo plan, de acuerdo con el Emperador, y en vista de la ventajosa situación á que habíamos llegado, sin esperarlo.

El enemigo había tenido tiempo de retirar de la línea de circunvalación sus más selectas tropas, y por otra parte, había visto el corto número de soldados que ocupaban las posiciones perdidas por el ejército republicano, comprendiendo también que el perímetro fortificado de la plaza tenía que haber quedado débil por la ausencia de los batallones con que se había formado nuestra columna de ataque.

En estos momentos, el Emperador salió de la plaza y se dirigió á la hacienda del Jacal, habiendo antes recorrido las posiciones conquistadas por nuestros soldados. El general Miramon, después de acompañarle, se ocupaba en organizar los diseminados batallones, cuando se notó que el enemigo, en fuertes columnas de caballería, se movía sobre la repetida hacienda del Jacal. Esta circunstancia hacía imposible desde luego, la idea de repasar de nuevo las líneas conquistadas, atravesar el "Cimatario," y caer sobre la espalda y flanco del enemigo, establecido en Calleja, Garita de México, Paté, etc., etc.

Casi simultáneamente se dió aviso al general Miramon de que nuevas columnas enemigas, salidas del cuartel general y cubriéndose con los pliegues ó acci-

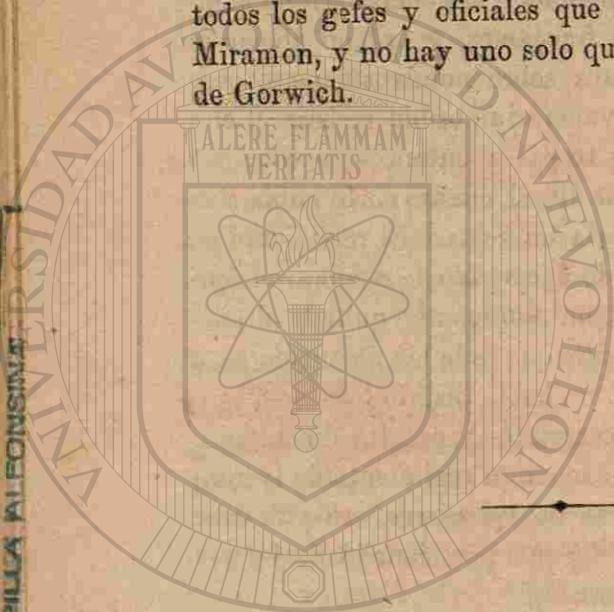
dentés del cerro del "Cimatario," avanzaban sobre el campo de batalla. De esta manera, éramos atacados por ambos flancos y por fuerzas tan considerables, que no hubiera sido posible resistir. Sin embargo, por obedecer las órdenes del Emperador, el general Miramon dividió su tropa en dos fracciones, y ordenó atacar al enemigo que se arrojaba sobre nuestros flancos; pero como lo hemos dicho ya, era imposible resistir el empuje de tan numerosas tropas, y entonces se comenzó una retirada, tanto más difícil, cuanto corto había sido el tiempo para disponerla en regla. El regimiento de la Emperatriz había sido encargado de recobrar el convoy de carros cargado con municiones, quitado al enemigo, y el que la guerrilla que se había destinado para introducirlo á la plaza, no había podido hacerlo á causa de haber huido los carreteros y por las dificultades del terreno. Cuando el repetido regimiento de la Emperatriz quiso apoderarse de los carros, era ya tarde: las tropas enemigas se habían posesionado de ellos y no era posible arrebatárselos.

Nuestras tropas, á pesar de todos sus esfuerzos y valor, se vieron rechazadas y perseguidas casi hasta nuestra línea de defensa; pero una vez allí, toamron sus antiguas posiciones y obligaron al enemigo á volver á las suyas.

Así terminó la jornada del 27 de Abril de 1867.

La opinión del general Escobar sobre la ridícula idea del comandante Gorwich, ayudante del general Miramon, en que afirma que dicho general tenía la extraña manía de reunir á sus ayudantes después de que habla-

ba con el Emperador, para participarles el asunto de la conversacion, nos parece muy justa, y seria necesario no haber conocido ni por noticias al general, para suponerlo tan necio é imprudente. En México existen todos los gefes y oficiales que estuvieron al lado de Miramon, y no hay uno solo que ratifique las palabras de Gorwich.

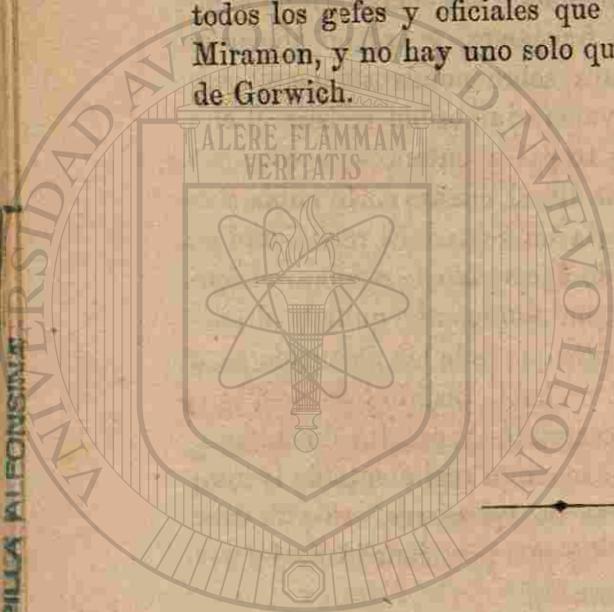


V.

Salida del 1° de Mayo sobre la hacienda de Calleja y garita de México.—Ultima salida de las tropas imperiales sobre San Gregorio, la mañana del 3 de Mayo.—Ocupacion de la plaza de Querétaro el 15 del mismo mes, demostrada por los gefes prisioneros en la cárcel de Morelia, en su opúsculo titulado: *Refutacion al folleto publicado por Miguel López, &c.*

La salida que tuvo lugar el 1.º de Mayo, sobre la hacienda de Calleja y garita de México, está medianamente descrita por el coronel Salm. Sin embargo, hay algunos errores que, aunque de un carácter insignificante, prueban que dicho coronel no está bien impuesto de los acontecimientos. Dice, por ejemplo, que se encontraba una de nuestras baterías en la hacienda de Calleja, lo que no es cierto, así como tampoco que el

ba con el Emperador, para participarles el asunto de la conversacion, nos parece muy justa, y seria necesario no haber conocido ni por noticias al general, para suponerlo tan necio é imprudente. En México existen todos los gefes y oficiales que estuvieron al lado de Miramon, y no hay uno solo que ratifique las palabras de Gorwich.



V.

Salida del 1° de Mayo sobre la hacienda de Calleja y garita de México.—Ultima salida de las tropas imperiales sobre San Gregorio, la mañana del 3 de Mayo.—Ocupacion de la plaza de Querétaro el 15 del mismo mes, demostrada por los gefes prisioneros en la cárcel de Morelia, en su opúsculo titulado: *Refutacion al folleto publicado por Miguel López, &c.*

La salida que tuvo lugar el 1.º de Mayo, sobre la hacienda de Calleja y garita de México, está medianamente descrita por el coronel Salm. Sin embargo, hay algunos errores que, aunque de un carácter insignificante, prueban que dicho coronel no está bien impuesto de los acontecimientos. Dice, por ejemplo, que se encontraba una de nuestras baterías en la hacienda de Calleja, lo que no es cierto, así como tampoco que el

Emperador haya permanecido en la Cruz durante el combate, siendo así que desde antes que se emprendiera la salida, S. M. se encontraba en la altura de San Francisquito, acompañado del general Miramon y del teniente coronel Pradillo.

El 3 de Mayo nuestras tropas efectuaron la última salida sobre las líneas enemigas establecidas en el cerro de San Gregorio. Parece que el plan era simular un ataque sobre la hacienda de Calleja y garita de México, para llamar la atención del enemigo y atacar vigorosamente las expresadas líneas de San Gregorio. El éxito no correspondió á las esperanzas del Emperador y del general Miramon, no obstante que nuestras valientes tropas atacaron y forzaron las líneas enemigas. Para ejecutar esta operacion fué preciso emprender una marcha de flanco, tanto mas peligrosa cuanto que las tropas republicanas, muy superiores en número, se encontraban posecionadas de las casas situadas al costado derecho de nuestra columna, las que habian sido aspilleras y fortificadas convenientemente.

Dice Salm que, *"como siempre, no habia reservas:"* y añade luego: *"que el emperador mandó la orden al general Miramon, que sostuviera la línea que habia tomado hasta que le enviase refuerzos; pero que era ya tarde, pues cuando llegó el oficial conductor de aquella orden, el enemigo habia tomado de nuevo sus posiciones."* Es verdad que ninguna reserva siguió á nuestra columna de ataque; pero esto era por la razon de que nuestras tropas eran tan escasas, que no podia retirarse ni un solo batallon mas de la línea fortificada sin exponerse á perder la plaza. Por

este mismo poderoso motivo, no puede ser cierto que el Emperador ofreciese al general Miramon los refuerzos de que habla Salm.

El general, desde el momento en que comprendió que se hacia imposible el sostenimiento de las posiciones quitadas al enemigo, y mas aún, cuando los tenientes coroneles Sosa, Franco y Ceballos, habian sido heridos mortalmente, siendo así que estos gefes eran los que mandaban los mejores batallones, ordenó que la columna de ataque se concentrase á la plaza. La retirada fué aún mas difícil y costosa que la salida, pues tuvo que ejecutarse á la vista de un enemigo muy numeroso, y bajo el nutrido fuego de sus baterías.

Llegamos por fin al dia en que la mas vil de las traiciones puso término al memorable sitio de Querétaro.

En las memorias publicadas por Salm, así como en muchos escritos que han visto la luz pública, relativamente á este asunto, se ve, aunque de una manera imperfecta, la manera con que el ejército republicano tomó posesion de la plaza de Querétaro, haciendo prisionero al Emperador con el pequeño ejército que, valiente y resignado, mas allá de todo límite, la habia defendido en el dilatado espacio de setenta dias contra un enemigo cinco ó seis veces mayor en número, y provisto de cuantos elementos podrian apetecerse.

Todo cuanto nosotros pudiéramos decir sobre lo ocurrido el 15 de Mayo de 1867 en Querétaro, ya sea para rectificar las memorias de Salm y otras personas que han escrito aquella parte de los acontecimientos de Querétaro, ó ya para que la historia pueda consignarlo con

toda exactitud, seria muy débil al lado de lo que bajo su firma han dicho desde los calabozos de la cárcel pública de Morelia, mas de cuarenta de los gefes del ejército imperial allí prisioneros. Este importante documento lo insertamos á continuacion.

REFUTACION

Al folleto publicado por Miguel López, con motivo de la ocupacion de la plaza de Querétaro en 15 de Mayo de 1867, por los gefes del ejército imperial prisioneros en Morelia.

En el número 41 del periódico titulado "El Globo," y bajo el rubro de "documentos para la historia," hemos leído un artículo suscrito por Miguel López, ex-coronel del ejército imperial. En dicho artículo sembrado de inexactitudes, y hasta podria decirse de mentiras, procura López patentizar á sus compatriotas y al mundo entero, siguiendo sus propias palabras, que la nota de *traidor* que reporta desde el 15 del mes de Mayo en que fué ocupada militarmente la plaza de Querétaro por tropas republicanas, no es sino una infame calumnia fraguada por sus enemigos, y desgraciadamente corroborada por algunas circunstancias que podrian juzgarse como casuales.

Nosotros, aunque harto persuadidos de nuestra incapacidad como escritores, así como tambien de que nuestra situacion actual nos priva hasta cierto punto de la posibilidad de hablar al público, nos vemos en la dura,

pero imprescindible necesidad de contestar el folleto de López, tanto por el deseo de arrancarle la careta con que hipócritamente trata de cubrirse, cuanto porque en el repetido folleto reclama á gritos la comparecencia de todos aquellos que se crean con datos y razones para probarle que se ha hecho realmente digno de las sucias faltas de que se le acusa.

Estamos muy lejos de abrigar la intencion de calumniar á López; bien al contrario, tenemos la firme resolucion de sujetarnos á la verdad, desnuda hasta del mas pequeño sentimiento innoble. ¡Quien sabe si aun callemos algunos hechos poco favorables á este hombre, por pertenecer á una época bien distante de la que nos ocupa!

De nuevo y antes de entrar en materia, pedimos, perdon á nuestros lectores, confesando que estamos íntimamente persuadidos de nuestra insuficiencia para escribir al público.

"LA TOMA DE QUERÉTARO."

Con este título da principio á su folleto el ex-coronel López, y sirviéndose de sus mas elocuentes y aun sentidas frases, hace saber á sus compatriotas, á la Francia y al mundo entero, que su objeto es probar que se le ha calumniado, asegurándose en varios periódicos nacionales y extranjeros, y por las murmuraciones públicas en México, y entre algunos de los prisioneros

neros de Querétaro, que él, López, había vendido al ejército republicano, la plaza de Querétaro. Nosotros no hemos visto hasta hoy ningunos periódicos en que se hable de este asunto; pero por lo que respecta á las murmuraciones públicas, y especialmente al tratarse de los prisioneros, podemos asegurar que no solo son *algunos*, sino todos los que nos hallamos en ese caso, quienes lo juzgamos culpable.

López, al asentar que su vindicacion es la del país mexicano, comete, segun nuestro sentir, un gravísimo error. En efecto, ¿por qué habria de mancharse á todos los habitantes de la nacion con el crimen de uno de sus malos hijos? la execracion, el desprecio y aun el castigo del criminal, ¿debe acaso hacerse extensivo á otros que á él mismo? Pero impensadamente nos hemos salido de nuestro propósito principal, siendo así que, el análisis de algunos puntos emitidos por López, no hace falta para que concatenadas nuestras pruebas, aparezca la verdadera culpabilidad del interesado.

No negaremos que la situacion del ejército sitiado era por demas difícil y penosa, sobre todo desde 1.º de Mayo, ni tampoco que algunos individuos de aquel ejército, obligados, ora por su corto espíritu, ora por causa de querellas particulares, se manejasen de tal manera que sembraran entre una parte de nuestras tropas el desconcierto y la desanimacion; pero si diremos, que la mayor parte de nosotros, gefes, oficiales y soldados, conservamos siempre gran confianza, si no en el triunfo, sí en la posibilidad de una vigorosa salida sobre la línea enemiga de circunvalacion, y de cuya

salida teniamos superabundantes motivos para esperar fructuosos resultados.

Cierto es que la escasez de víveres se hacia sentir con muchísima fuerza entre los defensores de Querétaro, y por consiguiente entre los habitantes pacíficos de la ciudad; pero estas escaseces no llegaron á tal extremo que nos viésemos desfallecidos, que el valor nos hubiese abandonado y que el brío de nuestros soldados se hubiese perdido; menos aún que hubieran llegado los sufridos defensores de Querétaro á quejarse con el soberano de que se morian de hambre.

Respecto de la desercion que diariamente acaecia en nuestras filas, nada ó muy poco tenemos que objetar, no obstante que, si solo tuviésemos que traducirla ó calcularla del parte que como comprobante acompaña López, podiamos decir con robustas razones que era harto insignificante: diez y ocho individuos de tropa desertados en un día, á los setenta del sitio, no es, en verdad, gran cosa, siempre que se recuerde que este vicio en nuestro ejército está tan arraigado, que ni en las épocas de orden, en tiempo de paz, y cuando el soldado ha estado atendido, pagado y considerado, se ha logrado cortar de raíz este grave mal.

Al enumerar López los elementos que en su sentir originaban la desmoralizacion, cita los hechos de haber sido separados del mando que ejercian, los generales Casanova, Escobar y Ramírez, así como la desercion del teniente coronel Ontiveros, pasándose al enemigo con setenta hombres la noche del 14 de Mayo. La verdad es esta: los generales Casanova y Escobar fue-

ron separados á mediados de Marzo de la comision que tenian, por exigirlo así el mejor servicio; pero nunca porque se hubiese sospechado de su lealtad, tan generalmente reconocida. El general Ramirez recibió una contusion la noche del 25 de Marzo, y desde ese momento permaneció curándose en su alojamiento, sin ejercer, en consecuencia, ningun mando: mas tarde, con motivo de una carta dirigida, como dice López, al general Mejía, fué reducido á prision, así como el comandante Adame, su hermano político, que tampoco ejercia mando alguno; y se notará por las fechas de su separacion, que mal podian infundir desmoralizacion, siendo así que no tenian contacto con la tropa.

Respecto de Ontiveros, es cierto que cometió la vergonzosa falta de que lo acusa López; pero es absolutamente falso que llevara consigo ni un solo soldado.

Es muy cierto que el coronel Villasana se ocultó desde la madrugada del 27 de Abril; ¿pero la desmoralizacion de dos gefes indignos, sin influencia en el ánimo de la tropa que estuvo á sus órdenes, implica la de todo el ejército?

Es tambien falso que todas las municiones elaboradas en la plaza fuesen de mala calidad, y que la pólvora ensuciase las armas hasta llegar á inutilizarlas. Algunas, los fusiles del sistema Enfield, por ejemplo, se deterioraban con demasiada frecuencia, pero esto, á causa de su malísima calidad. Las cápsulas de carton, adolecian en verdad de algunos defectos, pero ni podía ser de otra manera, puesto que á causa de esos mismos defectos, solo se hace uso de ellas en circunstancias co-

mo las que en se encontraba la guarnicion de Querétaro.

No debeniós dejar pasar desapercibida una circunstancia, alegada por López con motivo de haberse ordenado que no se hiciese fuego en las líneas sino en el caso de que los sitiadores se arrojasen sobre nuestras obras. López califica esta orden como *una intriga y como un engaño al Emperador*. Para destruir este cargo, por demas ridículo, solo diremos que es muy extraño que un coronel, por inepto que sea, ignore las sérias y fundadas prohibiciones que todos los autores militares hacen á este respecto al hablar de la defensa de las plazas. Esto, olvidando que estábamos en la imprescindible necesidad de economizar las municiones.

Entramos en estos pormenores, aunque de una manera rápida, no porque vengan al caso para patentizar la conducta de López, sino porque al hablar este de tales asuntos, como elementos de desmoralizacion, intenta herir la reputacion de varios de los gefes caracterizados del ejército imperial. Nosotros no queremos callar el nombre de estos gefes, que en diversos párrafos de su folleto viene atacando López; por el contrario, en vez de aplazar como él, para mas tarde, el conocimiento de los nombres de estas personas, diremos sin empa ho cómo se llaman. Así, pues, el que López ataca tan ruda y falsamente, respecto á los negocios concernientes á las municiones, es el general D. Manuel R. Arellano. Estamos ciertísimos de que tanto este señor como otros muchos, á quienes López insulta, valido de la impunidad, le pedirán cuenta de sus infa-

mes acusaciones, el día en que, libres de los obstáculos que se los impide hoy, lo encuentren en su camino.

El Emperador no era engañado, ni podía serlo, en lo relativo á las municiones, porque personalmente asistía, no solo á los talleres de construcción, sino á todas las líneas, que visitaba con demasiada frecuencia, y á la mayor parte de los combates, que honraba con su asistencia personal.

López torna á describir el desaliento y la desmoralización de los defensores de Querétaro, pintándola con colores tan vivos, que bien podría decirse que nuestra situación era absolutamente desesperada, afirmando con este motivo la completa imposibilidad de una salida.

La idea de una salida decisiva no germinó en la mente del Emperador y de sus generales, sino desde los primeros días del mes de Mayo. Las distintas ocasiones que se trató de efectuar este movimiento, fué solo con el objeto de destruir las obras enemigas, desalojarlos de algunos puntos importantes, arrebatarles su artillería, sus armas, municiones y soldados, y en fin, con el de llenar las sábias máximas del arte de la guerra. La mejor prueba que puede ofrecerse en este sentido es, que jamás se dispuso en estas salidas de más de 2,000 hombres, y que la artillería, hasta la más ligera, permaneció siempre en la plaza. Una de estas frecuentes salidas, la del 27 de Abril, por ejemplo, convidaba á una retirada y ¡quien sabe si hasta á un ataque decisivo sobre el grueso del ejército republicano! La línea conocida por nosotros bajo la denominación de "El Ci-

matario," permaneció ocupada por nuestros soldados durante más de dos horas, tiempo sobradísimo para desocupar la plaza, y, ó conservarnos en aquella brillante altura, ó emprender una retirada en buen orden, vista la moral de nuestras tropas como consecuencia del triunfo que se acababa de obtener.

López, queriendo pasar por el hombre de las confianzas del Emperador, relata en su folleto una de las muchas conversaciones que tuvo con el Soberano, y refiere en ella con las palabras más tiernas y palpitantes, el sentir *del infortunado Príncipe*, como él le llama, respecto á las engañosas promesas que se le habían hecho en Orizava, y á la situación á que se le había reducido más tarde. Habla también de D. Leonardo Márquez, de quien se quejaba el Emperador con motivo de su conducta, y de otras muchas cosas que, según López, atormentaban el corazón del Príncipe.

Es lástima que López atestigüe con muertos, como vulgarmente se dice---- Lástima es también que no podamos en obsequio suyo, asegurar que los lamentos del Emperador hayan sido los que se asientan en el folleto; pero lo que sí podemos afirmar es, que las palabras, los hechos y la conducta toda del Emperador, desmienten absolutamente lo escrito por López á este respecto.

Las dificultades de que habla este último, referentes á no haberse logrado descontar una libranza de la propiedad del Soberano, no prueba que su firma hubiese caído en desprestigio, y solo debe atribuirse á la carencia de numerario que se sentía en el comercio de Que-

rétaro, como lo dice el mismo López refiriéndose al Sr. Rubio.

Al tocar el folleto el punto de la convocatoria del pueblo de Querétaro hecha por el general Mejía, asegura López que el proverbial prestigio de dicho señor general, fué hasta tal punto ineficaz, que solo pudieron reunirse 160 hombres. En este, como en casi todos los demas puntos que toca el escritor, se halla en un error: el llamamiento al pueblo produjo los efectos deseados, y si solo se alistaron en el acto 200 hombres, fué á causa de no contarse con las armas necesarias, pues la mayor parte de las existentes en los almacenes, estaban descompuestas y no podian repararse tan breve como se hacia preciso. El número de los paisanos alistados voluntariamente en 48 horas, ascendió á mas de mil hombres.

Llegamos por fin al punto objetivo y principal de esta narracion; es decir, á los acontecimientos del 14 y 15 de Mayo de 1867.

Dice López, que el Emperador lo llamó la noche del 14, le preguntó si estaba en disposicion de pasar al campo enemigo para tratar con él, y ver si alcanzaba *que se le concediera el permiso de salir con el regimiento de la Emperatriz y unas cuantas personas de su séquito.* López continúa haciendo el relato de la manera con que se dirigió al campo enemigo, su entrevista con el general en jefe Escobedo, la negativa respuesta de este señor y su regreso al lado del Emperador, á quien encontró en pié, no obstante ser ya las doce de la noche, presa de la mayor inquietud. Hace tambien fijar la

atencion respecto á la circunstancia de que el Emperador acostumbraba acostarse entre ocho y nueve de la noche.

La sencilla y verídica narracion de lo ocurrido durante el dia y parte de la noche del 14 de Mayo, va á destruir hasta en sus mas sólidos cimientos el gran edificio levantado por López para disculpar su conducta, tan sospechosa, tan súa, tan innoble y tan desleal. El general Miramon, siempre infatigable, siempre acertado en sus providencias militares, habló con el Emperador la mañana de ese dia, y le propuso la ejecución de una salida con todas las tropas: el Emperador aprobó las ideas emitidas por el valiente general; pero quiso que antes se reuniese una junta de generales, con objeto de discutir la mejor manera de llevar á cabo este pensamiento. Verificóse la reunion, y despues de arreglados los principales puntos, se fijó la salida para las once de la noche. El general citó con este motivo, á su alojamiento, á todos los gefes de los cuerpos: los impuso del objeto de su llamado, y los exhortó á tener á los suyos en el mejor arreglo y disposicion posibles; y advirtió al coronel D. Pedro A. Gonzalez, gefe del regimiento de la Emperatriz, que este habia sido destinado para la especial custodia y escolta del Emperador al emprender el movimiento.

Véase por esto si la proyectada salida pudo jamás ser un secreto, como afirma López, cuando desde las cuatro de la tarde se tomaban las providencias preliminares de ejecucion.

El Emperador no podía acostarse á las ocho de la

noche, según su costumbre, cuando se ocupaba personalmente de los mil negocios consiguientes á un movimiento inmediato y de la categoría del que se trataba; y menos aún, cuando el general Miramon y otros muchos gefes, y aun particulares, permanecieron á su lado en las primeras horas de la noche.

Todo estaba dispuesto; las tropas habian recibido la organizacion meditada por el general Miramon; la artillería que debia apoyar el movimiento, se habia ya retirado de los parapetos y municionado sus cofres lo mejor posible, cuando se presentó al Emperador el coronel D. Francisco Redonet, con una peticion del general Mendez, que se hallaba enfermo en su alojamiento. Redonet expuso al Emperador de parte del general que seria de un gran efecto se suspendiera la salida hasta el dia siguiente, pues se proponia dirigir la palabra á los soldados de su antigua brigada, en los que tenia grande y fundada confianza, agregando: que se hacia responsable del éxito de la salida si se le otorgaba esta concesion. El Emperador hizo llamar de nuevo á los generales Miramon y Castillo, y de comun acuerdo, se resolvió aplazar la salida para el dia 15. Esto pasaba cerca de las once de la noche. A las once y media, despues de librarse las órdenes necesarias para que todo volviese á quedar en su primitiva colocacion, el general Miramon se dirigió á su casa, advirtiéndole á los gefes que podian permanecer tranquilos hasta que recibiesen nuevas órdenes. Las dos baterías destinadas á apoyar la salida, fueron las únicas que no volvieron á sus puestos, quedando una parte de las piezas en la

plazuela de la Cruz, y la otra á la puerta de los almacenes de San Francisco.

Antes de pasar adelante, nos ocurre una cosa que es indudablemente un fuerte argumento contra lo expuesto por López. Según él, el Emperador lo habia enviado con objeto de hablar con el general Escobedo; según él, tambien el Emperador lo habia hecho buscar repetidas veces durante la noche. Nosotros preguntamos: ¿habia perdido el juicio el Emperador, puesto que se olvidaba de haber mandado á López al campo enemigo? ¿Ignoraba acaso que la comision que habia confiado á este exigia un retardo considerable, vista la distancia á que se encontraba el campamento republicano, los incidentes del camino que tenia que recorrer á pié, y el tiempo indispensable para tener la conferencia y regresar despues? En nuestro humilde concepto, estas solas reflexiones son bastantes para desmentir la infame cuanto audaz version descrita por López.

Entre las muchas contradicciones en que abunda el folleto, existe una tan notable, que no podemos dejarla pasar desapercibida y menos aún, cuando se presta demasiado al objeto que nos proponemos. Según López, el Emperador anhelaba que se le dejase salir con algunas personas de su séquito: ahora bien; veamos cómo se expresa en la parte final del 2º párrafo, página 9, al hablar de los sentimientos del Emperador respecto de sus subordinados: "porque queria siempre, participar de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvacion, cuando

peligraba la de sus tropas." Nosotros preguntamos ¿qué era, en fin, lo que deseaba el Emperador? abandonar á sus soldados, desertando vergonzosamente de la plaza, ó permanecer al lado de ellos, participando de todos sus peligros?

López continúa haciendo la descripción del modo con que fué hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por el mismo general Velez; relata con las mas expresivas frases la intensidad de sus sufrimientos morales, comprendiendo los peligros á que se vería expuesto el Emperador; trata de explicar los muchos inconvenientes y dificultades de que se miraba rodeado, para poder dar aviso de lo que pasaba, y en fin, explica la manera con que logró advertir al Emperador el peligro que le amenazaba.

Por no hacernos demasiado difusos, omitiremos analizar, como podríamos fácilmente hacerlo, las sofisticas especies vertidas por López, al explicar la manera con que el general Velez, á la cabeza de sus tropas, invadió el punto de la Cruz. Nos limitaremos á estampar aquí los hechos que hemos presenciado y sin ocultar nombres como hace López en su folleto, sin inventar comedias como las suyas, y sin servirnos de otros medios que los que arrojan la verdad y la lógica, vaciaremos los informes de aquellos de nuestros camaradas que bajo su firma y sin ningun barniz, deben, no lo dudamos, confundir y condenar al autor de las irreparables desgracias que se deploran hoy.

Para destruir los argumentos de López al hablar de la imposibilidad en que estuvo para introducir al ene-

migo en el interior del fuerte de la Cruz, se hace indispensable asentar previamente algunas circunstancias de un carácter importantísimo. En primer lugar, López, desde tres ó cuatro dias antes del 15 de Mayo, habia solicitado que de la fuerza de un tal Yablonski, *cómplice suyo*, se le permitiera disponer de un piquete para ayudar á la custodia de la huerta de la Cruz, y que esa misma fuerza cubria la cañonera derecha abierta en la barda izquierda de dicha huerta, y de la cual se habia hecho retirar la pieza que allí estaba situada, por hacer parte de las que debian formar las baterías de ataque, en la salida proyectada para la noche del 14: en segundo; que aunque es cierto que desde la altura de la iglesia podia descubrirse á cualquiera tropa que se presentase cerca de la indicada barda, esto no era posible en el momento que nos ocupa, puesto que lo impedian la densa oscuridad de la noche y el silencio que como es natural, deben haber guardado las tropas que ejecutaron el movimiento: en tercero, que por la cañonera de que se ha hablado, es el lugar por donde penetraron las tropas del general Velez, segun dice López: en fin, que una vez introducido el enemigo en la huerta, todas las demas obras fueron sorprendidas por la gola, comprendiéndose perfectamente que las tropas que las guarnecian, no tuvieron motivo para sospechar de una fuerza que transitaba en el interior del perímetro, y mucho menos, cuando á la cabeza de ellas se miraba á López, gefe del punto. Mas todavía, ninguna traicion podia comprenderse con motivo de estarse relevando los destacamentos de los parapetos, puesto

que habia ejemplo de haberlo verificado así otras noches en que se dispusieron ataques que debian ejecutarse á la madrugada.

Esto sentado, oigamos cómo se expresa el coronel D. Manuel Guzman, 2.º jefe del Estado Mayor. "Serian próximamente las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, cuando el Sr. D. J. L. Blasio entró á la pieza que nos servia de alojamiento en el convento de la Cruz al Sr. general Castillo y á mí, y me avisó que el enemigo estaba en el campo-santo: di conocimiento al citado general, el cual salió violentamente: yo entré á tomar mi pistola á un gabinete inmediato y salí á alcanzarlo. En la pieza contigua á la nuestra, vivia el Emperador; al pasar por su puerta, el teniente coronel Yablonski, que se encontraba allí, me dijo: "Coronel, el enemigo está ya en la huerta y campo-santo;" sin dar contestacion alguna seguí mi marcha con direccion á estos puntos, pues ademas de que como he dicho, queria reunirme al general, el cual supuse que se habia dirigido á aquel lugar, queria tambien por mí mismo, convencerme de lo que se me habia dicho: atravesé los dos patios que median entre el pié de la escalera y la huerta sin encontrar un solo soldado, ni una luz en el tránsito de la parte baja del edificio. Llegué al fin á la puerta de la huerta y pasé una pequeña obra que la cubria, y se conocia con el nombre de "tambor;" habia avanzado unos ocho ó diez metros fuera de ella, cuando no obstante la gran oscuridad que reinaba á esa hora, pude distinguir una línea de tiradores y á su retaguardia tres trozos de infantería que me parecian, por los gran-

des schacots que tenian, del batallon de "Supremos Poderes," fuerza que me era bien conocida, porque durante el asedio de la plaza, habiamos tenido algunos prisioneros de ella. Una vez convencido de que el enemigo estaba en plena y absoluta posesion de aquella parte del edificio, me regresé con la mayor precaucion posible, y al llegar al punto que antes he designado con el nombre de "tambor" me encontré con cinco ó seis oficiales, tras de los cuales marchaba López: á los primeros no los conocí ni me fijé en ellos, porque estaba muy lejos de suponer que por el camino que yo habia seguido, podrian encontrarse oficiales republicanos, como sucedió; avancé un poco entre ellos y me dirigí al mencionado López, diciéndole: ¿Qué hay, coronel? este hombre nada me contestó y aun observé que trató de ocultarse tras de uno de aquellos gefes ú oficiales: al pronunciar yo estas palabras, uno de ellos, el que por el paso que yo habia dado quedaba á mi espalda, dijo en voz alta: "aseguren á este señor;" cuya orden ejecutaron unos siete ú ocho soldados que marchaban tras de ellos, y á los cuales yo no habia visto. Esta pequeña fuerza que fué la que me sirvió de custodia, me hizo avanzar de nuevo á la huerta, á unos veinte ó veinticinco pasos de la puerta, en donde nos establecimos. En estos momentos supuse que López, como yo, habia sido hecho prisionero; pero no dejó de llamarme la atencion que no lo dejaran como era natural conmigo, y verlo dirigirse de nuevo con aquellos oficiales al interior del edificio, por otra puerta que está situada á unos veinte ó veinticinco metros á la derecha

del "tambor," y por la cual se iba á las cuadras que ocupaban la compañía de Zapadores, un piquete de gendarmaría, y tambien al interior de la obra de fortificación que se estaba construyendo sobre el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

Habría trascurrido poco mas ó menos un cuarto de hora, en cuyo tiempo tuve lugar de estar observando que algunos bultos que salían del interior y se dirijian á los trozos de infantería, ponían en movimiento estas fuerzas, haciéndolas avanzar al convento por sus dos entradas y otra para un gran patio al que se llegaba por una horadacion y que comunicaba por la parte Sur, con la línea de San Francisquito y por la Norte, á la parte baja del Hospital, que servia de alojamiento al tercer batallon, en los dias en que el número de fuerzas permitia al ejército tener un batallon de reserva; pero desde algunos atras, solo servia para cuarenta ó cincuenta prisioneros que se habian dado de alta; como he dicho, habría trascurrido un cuarto de hora, cuando distinguí á muy pocos pasos del lugar en que se me tenia, á Lopez que caminaba precipitadamente, y con una voz demasiado fuerte decia: "Por aquí, mi general, por aquí." Estas voces, como era de suponer, me causaron una grande alegría, pues repito creia á López prisionero y pensando se hubiese escapado, me figuré que al general á quien gritaba López, seria al Sr. Castillo, á quien mostraba el camino por el que habia avanzado el enemigo; pero esta ilusión me duró bien poco, pues nada habia que confirmase mi creencia y lejos de ello, pocos instantes despues, me hi-

cieron caminar hácia una plataforma construida en la barda izquierda, en donde me reunieron con siete ú ocho de mis compañeros prisioneros ya. Hasta que se verificó esta reunion, pude comprender cuál era la causa de todo lo que yo habia presenciado y que se ejecutaba con el mejor orden y gran silencio; el por qué ninguna de las guardias habia disparado ni un solo tiro, siendo lo que mas llamó mi atencion que la de la torre nada hizo para que pudiera comprenderse habia sentido aquel movimiento. Entre los prisioneros, cuyo número he indicado, se encontraban los comandantes de estas guardias, menos el de la torre, y cada uno fué refiriendo lo que López habia dicho al separarlos de sus puestos: (al del Panteon,) "*que un batallon del general Márquez, burlando la vigilancia del enemigo, habia penetrado á la plaza, y tropa de ese batallon era la que lo seguia para relevar la empleada en aquellos puntos, que debia incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada.*" Al sub-oficial de artillería Hans, lo obligó á ronzar su pieza hácia la Cruz, porque "*allí se habia sublevado una fuerza.*" Lo retiró de aquel puesto é hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la pieza. En fin, cada uno de aquellos compañeros manifestó la manera con que habia sido reducido á la situacion de prisionero, siendo de notarse que López era el autor principal de estos hechos.

"Todavía despues de esta conversacion, en momentos como aquellos, en que su solemnidad invita á decir la verdad desnuda, por estar tódos en la firme persuasion de que era llegada nuestra última hora, pasaba una

cosa que nadie podía explicarse: ¿por donde habian entrado aquellas fuerzas que ninguno habia sentido, sino cuando estaban en el interior? Pero pocos instantes despues tuvimos la solucion de lo que parecia un enigma: la fuerza habia entrado por la cañonera de la plataforma á donde se nos condujo y por la que se nos hizo bajar, para llevarnos al campamento enemigo: esta cañonera que seguramente tendria dos metros de altura sobre el nivel de la calle, habia sido ensanchada y con la tierra que se habia resbalado, se formó una rampa que hacia el ascenso sumamente cómodo; debiendo advertir que esta plataforma, segun una autorizacion solicitada por el mismo López, debió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de Yablonski.

“Creo inútil repetir, que á medida que se nos iban incorporando los oficiales prisioneros, cada uno de ellos, sin excepcion, acusaba á López.

“El punto de Paté estaba cubierto por un batallon de la Division de Riva-Palacio, mandado por el teniente coronel Castañeda; ademas de esto, era allí el alojamiento del general Velez, y en él se encontraban enfermos, el teniente coronel D. Amador Aranda, D. Salvador Osio, un jóven Espinosa de los Monteros y D. José Jimenez; á este alojamiento fuimos invitados á entrar el gefe de Division de Artillería D. Antonio Salgado y yo, y un poco mas tarde el Doctor Martinez, gefe de la seccion sanitaria de nuestro ejército. Como era natural, la conversacion no roló sobre otro asunto que fuera ágeno al sitio de Querétaro y muy particularmente á los episodios de aquella mañana:

entre aquellos señores no cabia la menor duda de que la Cruz habia sido entregada por López: se refirió allí, que poco despues de las cinco de la mañana, un oficial de los que habian marchado con el general Velez, habia ido á decirles *que ya estaban en posesion de la Cruz con toda su artillería, y prisionera su guarnicion*; que alguno de ellos dijo al citado oficial ¿cómo habia podido ser esto, cuando no habian oido un solo tiro? contestando entonces el interpelado: *“porque la ha entregado el gefe del punto, López, que es quien ha salido á recibirnos. Al principio temiamos todos que este infame tratara de traicionarnos, pero el general no es ---- tonto, y no se le ha separado un momento, con pistola en mano para levantarle la tapa de los sesos á la primera sospecha:”* que despues de este oficial llegaron otros varios, dando nuevos detalles, pero diciendo todos que López habia sido el que cometió la traicion. Ademas de los señores que he citado, se encontraba el mayor de aquel cuerpo. La calificacion que todos aquellos señores hicieron de López ha sido nuestra primera venganza. Si necesario fuese, ni por un momento vacilaria en apelar al testimonio de los señores que he mencionado, porque son caballeros.”

Lo declarado por el sub-oficial D. Alberto Hans, comandante de la pieza de artillería situada en la cañonera abierta en el extremo de la barda de la derecha de la huerta, en direccion de la garita de México, es de una fuerza tal, que con solo esto podria probarse á López su culpabilidad. Se expresa así: “no sé exactamente qué hora seria; el cansancio me habia hecho dormir al pié del obus que mandaba en la huerta de la Cruz;

el peloton de artilleros que servia la pieza se hallaba tambien durmiendo, excepto un centinela; sentí que me movian, desperté y ví al gefe del punto, coronel López: este señor me mandó que hiciera levantar á los artilleros y que volviese el obus á retaguardia, dirigiéndolo hácia el edificio, y diciéndome que esto era necesario, porque se habia sublevado una parte de nuestra tropa. No obstante que esta órden me sorprendió, la obedecí. Pasados algunos momentos me redujo á la condicion de prisionero un oficial que no conocí, y el que, acompañado de algunos soldados, se quedó custodiando la pieza y los artilleros. Mas tarde me condujeron á Paté, reuniéndome con otros de mis camaradas que se hallaban allí."

El comandante del tercer batallon Márquez, D. Luis Echeagaray, dice: "mi batallon estaba de servicio la noche del 14 al 15 de Mayo, y solo habian quedado en los corredores del hospital de la Cruz unos cuarenta hombres todos de los prisioneros que se nos habian dado para reponer las bajas, siendo esta la única fuerza que se encontraba disponible, pues hacia ya cinco ó seis dias que no se quedaba en aquel punto la fuerza que conociamos bajo el nombre de "columna de reserva," á causa de la escasez de tropa. Entiendo que serian las cuatro y media de la mañana cuando entró á verme en mi alojamiento, situado frente al cuartel de la Cruz, uno de los oficiales de la guardia de prevencion de mi cuerpo, el teniente Molinares, quien me dijo: "Señor mayor, parece que el enemigo está en la huerta y el camposanto. Al salir para trasladarme al cuartel, ví que una fuerza desconocida atravesaba de la gran fle-

cha establecida al costado derecho del templo de la Cruz, dirigiéndose hácia las piezas de artillería que se hallaban en la plazuela, cerca de la entrada de mi cuartel. Pregunte á Molinares qué fuerza era aquella, y me contestó que le parecia del enemigo; de lo cual me convencí viéndola tomar la artillería. Al llegar á la puerta del cuartel, me encontré con el señor general Castillo, que venia seguramente de su habitacion, y entrando, vimos al coronel López que salia, despues de haber hecho que los cuarenta prisioneros de que he hablado pusieran las armas á tierra, cuyas voces de mando, dadas por el mismo López, oí yo. El general Castillo preguntó á López, ¿qué sucede, coronel? este no contestó al general, y dirigiendose á mí me dijo: "Salve vd. al general, ya todo está perdido." Entonces le manifesté que iria á reunir algunos piquetes de mi batallon que cubria la línea fortificada, para ver lo que podria hacerse: "No, no, me dijo; que todo permanezca en el mismo estado." Varios gefes republicanos, á quienes no conozco, se encontraban allí pistola en mano. Acudí á los puntos mas próximos donde habia fuerza de mi batallon, con objeto de recojerla, pero era imposible, pues López, á la cabeza de una columna enemiga, y acompañado de esos mismos gefes, dirigiéndose á todos los puntos ocupados por nuestras tropas, las iba rodeando y desarmando. Creo que la confusion hizo que no nos tomasen prisioneros en el acto, ó quizá no lo hicieron así porque no se fijaron en nuestras personas; el caso es que seguí á López, quien con grande actividad ejecutaba las operaciones de que he hablado, hasta

llegar á San Francisco, lugar en que lo dejé. Cuando bajaba yo hácia la plaza principal, ví desfilar, siguiendo el mismo rumbo, los piquetes de exploradores de México, húsares, escolta del Emperador y la pequeña fuerza que mandaba Yablonski. Los tres primeros piquetes fueron detenidos, cercados y obligados á echar pié á tierra entregando sus armas; pero la fuerza de Yablonski, á cuya cabeza iba él mismo *victoreando á la libertad*, pasó libremente, y volviendo á la derecha se dirigió hácia á la Congregacion, donde fué hecho prisionero."

Los señores general Monterde, coroneles Alegre y Peza, y teniente coronel Horta, afirman que al encontrarse ya prisioneros en la plazuela de la Cruz y hablando con el señor general Velez, vieron á corta distancia á Miguel López montado en un caballo colorado de gran alzada, ensillado con la montura que usaba siempre. Agregan que estaba armado y que ninguna tropa lo custodiaba; y afirman igualmente que al ser conducidos rumbo á la plaza principal, encontraron á Yablonski á la cabeza de diez ó doce soldados de su fuerza, por la calle del Biombo.

Habla el teniente coronel D. Agustin Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, y al que López cita repetidas veces, apelando á su *proverbial veracidad*. La primera noticia que el Emperador tuvo de lo que ocurría la madrugada del 15 de Mayo, fué comunicada por su escribiente D. José L. Blasio, y momentos despues por mí, que lo hice tan pronto como me hube satisfecho de que el enemigo habia ocupado el edificio de la Cruz y tomado las ocho ó diez piezas de artillería que se encon-

traban en la plazuela. Convencido el Emperador por mis noticias de que toda resistencia en la Cruz era imposible, pues le advertí que hasta la altura estaba ya ocupada por el enemigo, se decidió á salir á todo trance con objeto de dirigirse al cerro de las Campanas. El Emperador me dió una de sus pistolas, empuñando él la otra, y acompañado por mí y el coronel Salm, salió de su habitacion, á la puerta de la cual nos dijo: "Salir de aquí ó morir, único camino." Atravesamos el corredor, en la escalera encontramos un centinela enemigo del batallon de Supremos Poderes, el cual, en vez de detenernos, puso su arma al hombro: en el patio hallamos una compañía del mismo batallon y oimos que preguntaban por el coronel Yepez: como uno de los que preguntaban se dirigió á nosotros, le contesté: "en la huerta," y seguimos. Al salir á la plazuela vimos la tropa enemiga que custodiaba la artillería allí situada: el Emperador, amartillando su pistola nos dijo: "adelante." A pocos pasos algunos que nos parecieron oficiales nos alcanzaron marcandonos el alto, pero el Emperador insistiendo, nos repitió la palabra "adelante." Mas como en este momento algunos soldados se interpusieron á nuestro paso, nos detuvimos. Casi en el mismo instante se acercó á nosotros el coronel Don Pedro Rincon, con dos ó tres personas que lo acompañaban; dicho señor al mirarnos, dijo en alta voz: "Esos señores pueden pasar, son paisanos."—Nosotros vestíamos el uniforme militar.—Continuamos nuestra marcha bien de prisa, y al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, S. M. me dijo: "Seria conveniente que

me trajesen mi caballo;" entonces me separé con el objeto de que se cumpliera su deseo, continuando entre tanto el Emperador, seguido por el coronel Salm hasta el palacio departamental, lugar en donde me le reuní de nuevo, llevándole su caballo. El general Castillo se habia incorporado al Emperador. En este momento llegó el coronel López, montado á caballo; el Emperador le preguntó qué era lo que pasaba. "Señor, le contestó, todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca." En efecto, una fuerza de infantería desembocaba en ese momento en la plaza: el Emperador creyó de pronto que dicha fuerza era la del batallon de guardia municipal, pero un oficial de nuestro ejército, que se adelantó á reconocerla, regresó manifestando que era enemiga. Nos pusimos de nuevo en marcha, y al llegar á la casa del señor Rubio, detuvo López al Emperador y le dijo: "podia V. M. entrar en esta casa ó en otra cualquiera, pues es el único medio para salvarse." Estas fueron exactamente las palabras de López, siendo por consiguiente falso que haya ofrecido al Emperador, que ocultándose, durante la noche y sirviéndose de una persona de su confianza, lo haria salir de la poblacion. El Emperador se negó enteramente y sin vacilar á admitir la oferta de López; firme en su primitiva resolucion de dirigirse al Cerro de las Campanas para reunirse á sus tropas, proseguimos nuestra marcha. López se retiró en este instante, pretextando que iba á ver la manera con que podia contener á las tropas enemigas. Así, pues, no es cierto, como dice, que acompañó al Emperador

hasta llegar al hotel del Aguila Roja. Frente al Casino, encontramos al capitán Jarero, ayudante del general Castillo, y el Emperador le ordenó avisase al general Miramon que con la fuerza que pudiera reunir, se le incorporara en el Cerro de las Campanas. La circunstancia de no tener el general Castillo caballo en que montar, hizo que el Emperador no admitiese el suyo, continuando todos á pie hasta llegar al indicado cerro. Cuando el Emperador llegó á este punto, solo habia unos 150 hombres de infantería de que disponer. Poco despues llegó al cerro el regimiento de la Emperatriz que habia logrado salir de sus cuarteles, no obstante estar ya ocupada la poblacion. El Emperador ansiaba la llegada del general Miramon, pues con frecuencia me decia: "vea V. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente." Las esperanzas del Emperador respecto de la llegada del general, quedaron destruidas, cuando al presentarse el coronel Gonzalez á darle cuenta de la llegada de su regimiento, le manifestó que el general Miramon habia sido herido y se le operaba en aquellos momentos: esta infausta noticia causó gran sentimiento al Emperador, y separándose á un lado con los generales Castillo y Mejía, quien acababa de llegar con una pequeña escolta de caballería, les preguntó si les parecia posible romper la línea enemiga. El general Mejía tomó un antejo y examinando escrupulosamente la situacion del enemigo, dijo al Emperador: "Señor, salir es imposible, pero si V. M. lo ordena, lo procuraremos; por mi parte estoy dispuesto á morir."

me trajesen mi caballo;" entonces me separé con el objeto de que se cumpliera su deseo, continuando entre tanto el Emperador, seguido por el coronel Salm hasta el palacio departamental, lugar en donde me le reuní de nuevo, llevándole su caballo. El general Castillo se habia incorporado al Emperador. En este momento llegó el coronel López, montado á caballo; el Emperador le preguntó qué era lo que pasaba. "Señor, le contestó, todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca." En efecto, una fuerza de infantería desembocaba en ese momento en la plaza: el Emperador creyó de pronto que dicha fuerza era la del batallon de guardia municipal, pero un oficial de nuestro ejército, que se adelantó á reconocerla, regresó manifestando que era enemiga. Nos pusimos de nuevo en marcha, y al llegar á la casa del señor Rubio, detuvo López al Emperador y le dijo: "podia V. M. entrar en esta casa ó en otra cualquiera, pues es el único medio para salvarse." Estas fueron exactamente las palabras de López, siendo por consiguiente falso que haya ofrecido al Emperador, que ocultándose, durante la noche y sirviéndose de una persona de su confianza, lo haria salir de la poblacion. El Emperador se negó enteramente y sin vacilar á admitir la oferta de López; firme en su primitiva resolucion de dirigirse al Cerro de las Campanas para reunirse á sus tropas, proseguimos nuestra marcha. López se retiró en este instante, pretextando que iba á ver la manera con que podia contener á las tropas enemigas. Así, pues, no es cierto, como dice, que acompañó al Emperador

hasta llegar al hotel del Aguila Roja. Frente al Casino, encontramos al capitán Jarero, ayudante del general Castillo, y el Emperador le ordenó avisase al general Miramon que con la fuerza que pudiera reunir, se le incorporara en el Cerro de las Campanas. La circunstancia de no tener el general Castillo caballo en que montar, hizo que el Emperador no admitiese el suyo, continuando todos á pie hasta llegar al indicado cerro. Cuando el Emperador llegó á este punto, solo habia unos 150 hombres de infantería de que disponer. Poco despues llegó al cerro el regimiento de la Emperatriz que habia logrado salir de sus cuarteles, no obstante estar ya ocupada la poblacion. El Emperador ansiaba la llegada del general Miramon, pues con frecuencia me decia: "vea V. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente." Las esperanzas del Emperador respecto de la llegada del general, quedaron destruidas, cuando al presentarse el coronel Gonzalez á darle cuenta de la llegada de su regimiento, le manifestó que el general Miramon habia sido herido y se le operaba en aquellos momentos: esta infausta noticia causó gran sentimiento al Emperador, y separándose á un lado con los generales Castillo y Mejía, quien acababa de llegar con una pequeña escolta de caballería, les preguntó si les parecia posible romper la línea enemiga. El general Mejía tomó un antejo y examinando escrupulosamente la situacion del enemigo, dijo al Emperador: "Señor, salir es imposible, pero si V. M. lo ordena, lo procuraremos; por mi parte estoy dispuesto á morir."

El Emperador me tomó entonces del brazo manifestando á los generales que era preciso tomar una pronta determinacion, para evitar mayores desgracias: y me ordenó que saliera á parlamentar con el general Escobedo bajo las bases siguientes: 1.^a que si era necesaria alguna víctima, esa fuera él: 2.^a que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecian por su lealtad y valor: 3.^a que las personas de su servidumbre particular no fuesen molestadas en manera alguna. Provisto de la insignia correspondiente, me diriji á la poblacion en busca del general Escobedo. Al llegar á la plazuela de la Cruz, ví á López en union de muchos gefes y oficiales republicanos: montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y nada revelaba que se encontrase en la situacion de prisionero: al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarme. Me parece inútil referir mi entrevista con el señor Escobedo, así como el resultado de mi mision. Para concluir voy á relatar un hecho que confirma el infame proceder de López: "en una visita que los coroneles D. Pedro y D. José Rincon Gallardo hicieron al Emperador en la prision de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que López habia entregado su línea: esta conversacion la escucharon tambien, el coronel Salm y D. José Blasio. Apelo si fuere necesario á la conocida caballerosidad de los Sres. Rincon Gallardo."

Aquí no podemos dispensarnos de hacer una pregunta: ¿qué especie de prisionero era López cuando segun él mismo dice, unas veces, como en la Huerta, alejaba

al enemigo á su arbitrio durante horas enteras, y otras, como en el momento de hablar con el Emperador, ofrecia ir á procurar detenerlo?

El gefe de division de artillería D. Félix Becerra, comandante del parque general, refiere lo siguiente: "las muchas ocupaciones del servicio no me permitieron acostarme sino hasta las tres de la mañana del 15 de Mayo. Antes de las seis me despertó un fuerte ruido de pisadas, y ví, que lo causaba una fuerza de infantería que entraba al corredor bajo del ex-convento de San Francisco, lugar en que se encontraba el parque general. Como estaba yo acostado en dicho corredor, conocí en el acto, que la fuerza que entraba, era el batallon enemigo de "Supremos Poderes," á cuya cabeza, y sirviéndole de guia descubrí al coronel López, quien gritaba: "pronto á la torre, á la torre:" operacion que ejecutó la tropa, siguiendo el camino que les indicaba López. Apenas comenzaba á vestirme, cuando se me acercó un oficial del referido batallon, preguntándome si era yo oficial; le contesté afirmativamente dándole mi nombre y empleo, y me exijió entonces que le entregase mi espada y le diera mi palabra de honor de permanecer allí como prisionero de guerra. Poco despues salió López, y advirtiéndome que la fuerza de húsares se dirijia al centro de la poblacion, estableció personalmente, una línea de tiradores de infantería, interin otra tropa enemiga tomaba la retaguardia de dichos húsares en cuyo momento les hizo echar pie á tierra, deponer las armas y quedar prisioneros. Esto pueden atestiguarlo el capitán Paulovski y teniente Kölig, de dicha fuerza."

Podríamos acumular á este escrito otras muchas deposiciones semejantes á las que acabamos de estampar; pero ni hacen falta para comprobar nuestro juicio, ni nos es fácil reunir las de muchos de los compañeros que ó se encuentran prisioneros muy distantes del lugar en que escribimos, ó están en libertad, é ignoramos el punto en que se hallan.

Miguel López no sabiendo á quien atribuir el origen de la acusación que pesa sobre él, designa, aunque sin decir su nombre, al general D. Manuel M. de Escobar, fundándose en que por circunstancias particulares y apasionadas, lo ha hecho aparecer como reo de traición. Para desvanecer esta falsa aseveración, tenemos mil razones innegables: pero nos conformaremos con una sola, por la que se comprenderá fácilmente que antes que el señor general Escobar ú otro cualquiera de los gefes imperiales hubiera podido inventar y circular esta especie, *la traición de López se aseguraba en el campo enemigo, puesto que, un extraordinario salido de allí á las cinco y media de la mañana del 15 de Mayo, conducía cartas y noticias oficiales suscritas por personas respetables del ejército, y dirigidas al gobernador del Estado de Michoacan, y cuyos documentos vieron la luz pública en el Periódico Oficial de dicho Estado, "La Restauración," en su número 23, correspondiente al 16 de Mayo. Copiamos, reservándonos el original, la parte esencial del contenido de estos documentos; dicen así:*

—“Campo frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867.
—Señor coronel D. Justo Mendoza.—Mi querido amigo:—Ahora que son las cinco y media de la mañana,

acaba de caer en nuestro poder el punto llamado “de la Cruz” que es el mas fuerte de la plaza. FUE ENTREGADO POR EL GEFE QUE LO DEFENDIA con dos batallones que se rindieron á discrecion, artillería, parque y cuantos pertrechos de guerra en él habia. El Sr. Escobedo se ocupa de disponer lo conveniente etc., etc., etc.”—“General en gefe.—Tengo la satisfaccion de participar á vd., que ahora que son las cinco de la mañana, acaban de ocupar nuestras fuerzas el punto llamado la CRUZ, el cual FUE ENTREGADO POR EL GEFE QUE LO DEFENDIA, con dos batallones que se rindieron á discrecion. Se está recibiendo el parque y demas pertrechos de guerra que habia en dicho punto y disponiendo lo conveniente, etc., etc., etc. *SI*

“Se me ha imputado una traición” dice López, “por qué la habria yo cometido?” Y continúa mencionando los móviles que podrian haberlo obligado, y las razones que en contraposición tiene que alegar para no haberse hecho reo de tan horrible delito.

Nosotros no podremos asegurar cuál haya sido el verdadero motivo que lo decidió á obrar de la manera que lo hizo; pero nos parece del caso relatar una circunstancia que no carece de vigor. El Emperador, que tantos beneficios habia hecho á este hombre ingrato, dió orden para que se le expidiese el nombramiento de general de brigada con motivo de la festividad del 10 de Abril, y aun llegó á firmar dicho nombramiento. La noticia de este ascenso causó gran sensación entre todos los generales y gefes del ejército imperial, y muchos de ellos se dirigieron al general Méndez, con

objeto de que á nombre de todos suplicase al Soberano se suspendiera la entrega de aquel nombramiento al interesado, alegando para ello, que en los antecedentes de López habia una mancha que lo hacia indigno de obtener tan elevada posicion en el ejército: el Emperador supo cuál era esta mancha, que databa de la época de la invasion americana, y á reserva de tener los documentos necesarios para juzgar debidamente á López, y ademas, para acallar la grita que se habia levantado, mandó que el repetido nombramiento se detuviera en la secretaría. Ya podrá juzgarse cuál seria el despecho y la rabia que se apoderaron de López, que con sus propios ojos habia visto su nombramiento, cuando pasó la distribucion de los despachos de ascensos y condecoraciones concedidas ese dia, sin que él hubiera recibido el que esperaba.

Miguel López pone especial empeño en querer destruir uno de los mas terribles cargos que existen contra él; pero las razones que aduce son tan débiles, tan fútiles, tan ilógicas, que en vano apuró todo su ingenio y malicia. Este cargo es el de no haberse hallado ni encontrarse aún preso en union de nosotros. Expondremos las razones que nos dan derecho para destruir las de López á este respecto. Estamos muy lejos de querer negar los buenos sentimientos del general Velez, siendo así que lo conocemos bastante, pero ¿puede creerse que la sola circunstancia de haber manifestado López *grande pesar* por los peligros que corria el Emperador y *sus esfuerzos* para salvarlo, hayan conmovido hasta tal punto el corazon de dicho

general, y aun el del Sr. Escobedo, que llegara á obtener permiso de pasar á México y Puebla, con objeto de arreglar *asuntos de familia*, como lo expresa el pasaporte que se le expidió el 24 de Mayo? Aun cuando estos asuntos no fuesen de *familia* sino de la *categoria* que dice López, aun cuando efectivamente hubiesen interesado, no solo á su particular vindicacion, sino á la de todos los mexicanos, ¿es creible que lo dejasen transitar libremente, sin escolta, sin traba, sin seguridad de ningun género? ¿Su misma honra no le exigia haber rehusado la gracia que tan generosamente le otorgaba el general Velez, para permanecer libre y fuera de los puntos donde nos encontrabamos los prisioneros? Hoy mismo y despues de haber arreglado *sus negocios*, ¿cuál es el punto de su prision? ¿La palabra de un infame, de un ingrato, de un vil, puede servir jamas de garantía? Sabiendo, como él mismo lo dice, el crimen que se le imputaba, gozando de tan ilimitada influencia con los principales gefes republicanos y habiendo permanecido nueve dias en Querétaro, ¿no le ocurrió ver al Soberano ya prisionero, á quien por tantos títulos debia ser agradecido, para procurar sincerarse con él? ¿qué esperaba pues? ¿qué lo detenía? Nosotros vamos á decirlo: ¡Esperaba la muerte del Emperador! Lo detenía el temor de los justos reproches é inculpaciones que habria tenido que sufrir y á las que no le habria sido posible contestar victoriosamente!

Otras muchas objeciones no menos fuertes que las que tenemos estampadas, podriamos hacer; y especialmente con motivo de los certificados que adjunta el

autor á su folleto; pero no queremos hablar sino de uno de ellos: el que le expidió Yablonski. Con este motivo preguntamos: ¿qué fuerza pueden tener las palabras de ese miserable, al referirse á López, cuando por lo que se ha visto, y por la sola circunstancia de encontrarse libre, no es otra cosa que su cómplice?

Con lo expuesto, creemos haber llenado ampliamente nuestro propósito, arrancando á López la máscara con que pretendió cubrirse, mostrándolo al mundo en toda su asquerosa desnudez y proclamándolo el mas indigno de los militares, el mas inicuo y desagradecido de los hombres.

Lo manifestado aquí por nosotros, es el proceso formado contra Miguel López, cuyo inexorable juez será, no lo dudamos, el mundo imparcial.--- ¡A su irrevocable fallo se sujetará el real.---

CARCEL PUBLICA DE MORELIA, Agosto 19 de 1867.—Coronel, *Manuel Guzman*.—Coronel, *Manuel Alegre*.—Coronel, *Juan Adolfo Carranza*.—Coronel, *José María Zapata*.—Coronel, *Pedro A. Gonzalez*.—Coronel, *Ignacio de la Peza*.—Coronel, *Pedro J. de Ormaechea*.—Coronel, *Ignacio García*.—Teniente coronel, *Trinidad M. García*.—Teniente coronel, *Antonio M. de Horta*.—Teniente coronel, *Miguel Gutierrez*.—Teniente coronel, *Faustino Valderrey*.—Teniente coronel, *Ramon R. Robles*.—Teniente coronel, *Manuel V. Escalante*.—Teniente coronel, *Agustín Pradillo*.—Teniente coronel, *Ignacio de Arreta*.—Teniente coronel, *Manuel Alarcon*.—Teniente coronel, *Pedro Navarrete*.—Teniente coronel, *Francisco Campos*.—Coronel teniente coronel, *Má-*

nuel Irastorza.—Teniente coronel, *Juan Verna*.—Comandante, *José Nava*.—Comandante, *Hermenegildo Rojas*.—Comandante, *Juan Oscuras*.—Comandante, *Ernesto Malburg*.—Comandante, *Victoriano Montero*.—Comandante, *José María Vilchis*.—Comandante, *Macedonio Victorica*.—Comandante, *Luis Echeagaray*.—Comandante, *Manuel Montero*.—Comandante, *Casimiro Frontana*.—Comandante, *Ignacio Sepúlveda*.—Comandante, *Cárlos Gutierrez*.—Comandante, *Miguel de Gáver*.—Comandante, *Ignacio Cabello*.—Comandante, *Casto Veraza*.—Comandante, *Godardo*, conde de Pachta.—Comandante, *José Cárlos Arocena*.—Comandante, *Félix Becerra*.—Comandante, *Pío Quinto Clavería*.—Comandante, *Juan Ramirez*.—*Antonio Perez*.

Tanto la refutación al folleto de López que acabamos de copiar, como las Memorias sobre Querétaro, escritas por el subteniente de artillería Hans, prueban de una manera irrecusable la poca exactitud con que el coronel Salm ha descrito los acontecimientos del repetido día 15 de Mayo.

Nos saldriamos de la órbita que desde las primeras páginas de este libro hemos querido hacernos, si nos ocupáramos de todos los detalles que se relacionan con la prision, proceso y ejecucion del Emperador Maximiliano y generales Miramon y Mejía; y siendo así, que en las Memorias del príncipe de Salm Salm, que hemos procurado refutar, no se encuentra en lo relati-

vo á estos acontecimientos ninguna falta que merezca la pena de ser rectificada, haremos punto omiso de ellos, remitiendo á aquellos de nuestros lectores que deseen tener mejores datos que los que ha proporcionado Salm, al "Memorandum" publicado en esta capital por los Lics. D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martínez de la Torre el mes de Setiembre de 1867.

Hay, sin embargo, en esta parte de las Memorias, un párrafo cuyo sentido no hemos podido descifrar; dice así: "*No se como cosa cierta si Escobedo vió tambien á Miramon. Este general se echó en cara bastante en sus últimos días. Le dijo á Mejía que sentia que la bala que le habia atravesado la mejilla, no le hubiera entrado por la cabeza, pues á él principalmente se le debia que el Emperador se hallara en la presente posicion. Mejía le dijo al Emperador esto, y este me lo contó á mí.*" No sabemos, lo repetimos, la manera de descifrar estas frases, que á primera vista parecen encerrar una acusacion contra la memoria del valiente general. ¿Seria quizás que Miramon habia conducido intencionalmente al Emperador y al ejército á aquella situacion gravísima? ¿Seria que su conciencia le acusaba de no haber desplegado, intencionalmente tambien, todo su valor, toda su inteligencia, toda su abnegacion en pró de los intereses del Imperio y de su Gefe? La historia imparcial de los hechos y las últimas palabras del Emperador, dicen de una manera terminante é irrecusable cuál fué la conducta y merecimientos del general, y por consiguiente nos dan derecho para tomar como falsas las palabras que se le atribuyen por Salm en sus Memorias.

Hasta aquí hemos hablado de todos aquellos hechos á que hemos asistido, unas veces como actores y otras como testigos presenciales: en adelante nos vemos obligados á servirnos de los informes que nos han suministrado muchas personas respetables, de cuya circunspeccion y veracidad no puede dudarse. La accion de San Lorenzo, malamente llamada batalla, y el sitio y rendicion de esta capital, serán descritas por nosotros segun esos informes, y formarán la conclusion de nuestro imperfecto trabajo.



VI.

El general Márquez llega á México procedente de Querétaro.—Últimas palabras del Emperador al general Márquez.—Salida de la división Márquez en auxilio de Puebla.—Combates en la hacienda de San Diego del Notario y otros puntos.—Derrota de las tropas imperiales en San Lorenzo.—El general Márquez abandona el resto de sus tropas, y se presenta en México.—El coronel Arrieta reúne la mayor parte de las tropas derrotadas y las conduce á la capital.—Breves reflexiones sobre la derrota de las tropas del general Márquez y la difícil situación en que, como consecuencia de esa derrota, quedaban las plazas de México y Querétaro.—Algo respecto de las tropas extranjeras que formaban parte de la guarnición de México. El general Noriega acusado por Salm de haber traicionado en Puebla.—Los soldados europeos traicionando realmente en México.—Cantidades ministradas á las tropas austriacas en el mes de Junio.—Nota relativa á la persona del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre la línea enemiga de Poniente, verificada el 12 de Mayo.—Ligeras consideraciones relativas á los sitios de Querétaro y México.—Las tropas austriacas celebrando convenios con el general enemigo.—El general Miramon, segun el juicio de Salm.—Salm no pudo haber sido nombrado general, ni ser condecorado despues del 14 de Mayo.—Conclusion.

Es generalmente sabido el motivo por el cual en la junta de guerra celebrada el 20 de Marzo, se resolvió que el general D. Leonardo Márquez saliese de la plaza de Querétaro á la cabeza de mil doscientos hombres

de caballería, la noche del 22 del mismo mes. La salida se verificó, en efecto, sin gran dificultad, pues la parte Sur de nuestra línea, lugar por donde se llevó á cabo, no estaba bastante vigilada por el enemigo en esos dias, y ademas, la naturaleza del terreno á corta distancia de la ciudad, se presta perfectamente á este género de empresas.

Las últimas palabras dirigidas por el Emperador al general Márquez, momentos antes de la partida, y la contestacion de este, se conservan textualmente en la memoria de las personas que las escucharon; fueron estas: "*General, ¡no olvide vd. que el Imperio se encuentra hoy en Querétaro!—Descuide V. M.; antes de quince dias estaré de vuelta.*" El valor de estas cortas, pero harto significativas frases, no necesita comentarse.

El general Márquez llegó á la capital á los cinco dias de su salida de Querétaro, sin otro incidente que haber tenido un pequeño encuentro con una partida republicana en el punto llamado "Puerto de los Chivos." Una vez en México, el general, revestido del alto carácter de Lugarteniente del Imperio, y con la energía y actividad que le son propias, dictó todas aquellas providencias que se encaminaban á la organizacion de las tropas, al movimiento de los talleres de artillería, y sobre todo, á la adquisicion de recursos pecuniarios.

Ocupado en estos asuntos, tuvo noticia de que las fuerzas republicanas, á las órdenes de D. Porfirio Diaz, atacaban la capital de Puebla, motivo por el cual el general Márquez resolvió marchar en auxilio de aque-

lla plaza con algunas de las fuerzas que guarnecian esta capital.

La parte de las Memorias del príncipe de Salm en que se registran los sucesos relativos á la batalla de San Lorenzo y sitio de México, se atribuye á *un testigo ocular* (pág. 275). Es de sentirse que dicho testigo haya guardado su nombre bajo el incógnito, pues ciertamente deseariamos conocerlo, y esto por mera curiosidad, pues por lo demas no hace falta al objeto que nos proponemos. De todas maneras, es indudable que debe haber escrito bajo las mismas inspiraciones que Salm, pues el estilo y parcialidad de ambos en sus relatos históricos es tan semejante que casi se confunde.

Como quiera que hasta hoy, ninguna persona bien informada se ha ocupado de describir detalladamente los incidentes que tuvieron lugar en la marcha del general Márquez rumbo á Puebla, la derrota de sus tropas en San Lorenzo y su retirada á México; y como por otra parte se hace preciso para probar á Salm la inexactitud de su relato, vamos á describir este acontecimiento con toda minuciosidad.

Las tropas á cuyo frente se puso el general Márquez para marchar en auxilio de Puebla, fueron las siguientes:



ESTADO MAYOR.

General en jefe, el de division D. Leonardo Márquez.
 2.º en jefe, general de brigada D. Miguel Andrade.
 Mayor general, el ayudante general de Estado Mayor D. Luis Arrieta.
 Comandante general de artillería, teniente coronel D. Mauricio Graf.
 " " de ingenieros, capitán 1.º D. Juan Alvarez.
 " " del parque, capitán 1.º D. José María Pevedilla.
 Comisario intendente, D. Luis G. Gutierrez.

Clases.	Nombres.	Armas.	Cuerpos.	Fuera.	Contes. de las brigadas.
Capitan 1.º	D. Ignacio Yustis.	Ingenieros	Zapadores.	71	Coronel Campos.
Teniente coronel.	" Juan Velez.	Infantería.	Batn. Fijo de México.	374	
" "	" Luis Ruiz.	" "	14.º de línea.	132	
Coronel.	" Hammerstein.	" "	18.º de línea.	356	
Idem.	D. Manuel Carranza.	" "	10.º de línea.	326	Coronel Oronoz.
Teniente coronel.	" Juan C. Oronoz.	" "	15.º de línea.	418	
Comandte. de batn.	" J. Martinez.	" "	Batn. Ixmiquilpan.	196	
" "	" Julian Tornel.	" "	" Tlalpam.	128	
			Suma.....	2.001	
Teniente coronel.	Conde de Kevenhüller.	Caballería.	Regimto. de Húsares.	207	Coronel Kodolich.
Coronel.	D. Manuel Mosso.	" "	Idem Cazadores.	125	
Idem.	Conde de Wiekemburg.	" "	Gendarmes.	172	
Teniente coronel.	D. Sebastian Abojador.	" "	1er. regimto. Rifleros.	243	Coronel Vera.
" "	" Juan Treviño.	" "	2.º id. de Lanceros.	247	
Coronel.	" Doroteo Vera.	" "	5.º Regimiento.	287	
			Suma.....	1.281	

Diez y siete cañones, doce de campaña y cinco de montaña.

Las diez y siete piezas de artillería eran servidas por ciento noventa y ocho artilleros y trenistas.

SUMAN.

Infantería	-----	2,001
Caballería	-----	1,281
Artillería	-----	198
		<hr/>
		3,480

Como se vé, el total de las tropas no es de cuatro mil hombres con diez y ocho piezas de artillería, sino solamente tres mil cuatrocientos ochenta hombres, diez y siete piezas, y esto contando al 5º Regimiento de caballería y la compañía de Ingenieros, que no se hicieron figurar en las Memorias.

A las siete de la mañana del 30 de Marzo la division emprendió la marcha, pernoctando en la noche de ese dia en los puntos siguientes: La 1ª brigada de infantería en Tulpetlac, y el resto de las tropas en San Cristóbal Lcatepec, lugar de donde se desalojó á una fuerza enemiga que se ocupaba en destruir una parte del dique. Durante la marcha, desde el pueblo de San Pedro hasta el de Tulpetlac, algunas guerrillas republicanas tirotearon la vanguardia de la division.

El 31 la division avanzó hasta Otumba. El 1º de Abril las tropas durmieron en la hacienda de San Lorenzo y el 2 en la de Soltepec. En este punto se tuvo la noticia de que el enemigo habia ocupado la ciudad

de Puebla, y que las tropas imperiales se habian concentrado á los cerros de Loreto y Guadalupe. El 3 la division acampó en la hacienda de Guadalupe, ocupando las alturas inmediatas, y permaneció allí hasta el 5 que emprendió la marcha para la hacienda de San Diego del Notario. En dicha hacienda de Guadalupe el general Márquez reunió á los principales gefes, con objeto de consultar si debia seguirse la marcha sobre Puebla, ó retirarse á México. El cuerpo de húsares marchó á Huamantla con objeto de adquirir noticias respecto á lo acaecido en Puebla.

El 6 la division emprendió la marcha, y á una legua de San Diego del Notario, el enemigo, en número como de unos dos mil hombres, se presenta á retaguardia formado en tres columnas. El general Márquez hace contramarchar sus tropas hácia la hacienda de San Diego; organiza una columna compuesta de los regimientos de la frontera y gendarmes, y á la cabeza de ella ataca vigorosamente la columna enemiga de la derecha, que es completamente derrotada. La del centro huye á la presencia de este descalabro, y la de la izquierda se ve obligada á retirarse por la eficacia de los fuegos de la artillería imperial.

Las noticias que el general Márquez habia recibido, tanto por los prisioneros tomados al enemigo, cuanto por las que le transmitieron los húsares, á su regreso de Huamantla, no dejaban duda de que Puebla y los cerros de Guadalupe y Loreto habian caido en poder del enemigo, y que todas las fuerzas republicanas se dirijan á su encuentro. Entonces, el general decidió re-

tirarse á México, emprendiendo desde luego la marcha; pero al llegar á la hacienda de Tochac, el enemigo se presenta de nuevo, teniendo que empeñarse un reñido combate en que las tropas republicanas son completamente derrotadas. En este hecho de armas, se hizo verdaderamente notable un peloton, compuesto de un oficial y catorce soldados del 14º batallon de línea, encargado de defender el paso de una barranca, atacado por fuerzas centuplicadas. Por lo que acabamos de expresar, se verá que no fueron seis mil hombres de caballería enemiga los que atacaron la division en San Diego del Notario y hacienda de Tochac, como se dice en las Memorias, sino dos ó tres mil hombres á lo mas, segun los informes de los prisioneros y las apreciaciones de varios gefes que se encontraron en el combate.

El 7 las tropas imperiales pernoctaron en la hacienda de la Luz, y no en la de Guadalupe, como se asienta en las Memorias.

El 8 la division continuó su retirada, llevando á vanguardia y á media legua del cuerpo principal, los cuerpos de gendarmes, cazadores, compañía de ingenieros y una seccion de obuses de montaña. Al llegar á la hacienda de la Noria, ocupada por el enemigo, en número de unos mil quinientos hombres de infantería y caballería á las órdenes de Lalanne, se trabó un nuevo combate: la caballería enemiga, que ha salido al encuentro de la vanguardia, es acometida por los cazadores y gendarmes á las órdenes del coronel conde de Wickenburg, que protegidos por los fuegos de los dos obuses y el de la compañía de ingenieros, consu-

man la completa derrota de la caballería de Lalanne. El general Márquez que ha llegado momentos despues, ataca con el resto de las tropas á la infantería enemiga, que es igualmente derrotada por el batallon fijo de México y los regimientos de la frontera, 5º de caballería y compañía de ingenieros.

Como se ve, no es cierto que el coronel Kodolich fué quien derrotó á las tropas de Lalanne, y que no fueron solamente las tropas austriacas las que operaron en esta funcion de armas.

A las once y media de la mañana del mismo dia 8, la division llegó á la hacienda de San Lorenzo. Algunas partidas enemigas tiroteaban aún la vanguardia á la entrada de dicha hacienda. Parece que las fuerzas republicanas á las órdenes de Lalanne, habian recibido el especial encargo de detener á la division Márquez en su retirada, con objeto de dar tiempo al grueso del ejército á las órdenes de Diaz, é impedir que las tropas imperiales continuasen su marcha á la capital. Segun vamos á explicarlo, este plan se realizó á medida de los deseos del general republicano.

A eso de la una y media de la tarde, el ejército republicano, en número de siete á ocho mil hombres de las tres armas, aparece á la vista de las tropas imperiales, situadas como hemos dicho, en la hacienda de San Lorenzo. El general Márquez hace fermar en batalla los cuerpos de infantería, apoyando las alas con la caballería, y permanece en actitud de defensa. El enemigo no emprendió, como era de esperarse, el ata-

que, ciñéndose á cambiar algunos disparos de artillería con la de las tropas imperiales.

La noche llegó sin otro incidente notable. El general Márquez, que con razon esperaba ser atacado en la mañana siguiente, fortificó su posicion segun se lo permitian el tiempo y las circunstancias, y aguardó la venida del dia.

Al amanecer del dia 9 el ejército republicano permanecía aún frente á las tropas imperiales sin tomar la iniciativa: habia variado su posicion del dia anterior, estendiendo su línea de batalla y adelantando ambas alas sobre los flancos de la division Márquez.

Trascurrió toda la mañana sin otro incidente que el de algunos disparos de artillería y ligeros tiroteos entre las guerrillas ó tiradores avanzados frente á ambas líneas. La nueva situacion de las tropas republicanas, indicaba bien claramente que abrigaban la intencion de cercar á las del general Márquez, y esta intencion se hizo mas patente cuando á eso de las dos ó tres de la tarde, se notó que una columna enemiga, compuesta de las tres armas, ocupaba una pequeña, eminencia situada á tiro de cañon á la espalda de dicha hacienda: ademas, unos seiscientos hombres de caballería enemiga, habian ocupado un punto del camino que conduce á México por Otumba.

La situacion de las tropas del general Márquez, se hacia cada vez mas difícil: enteramente cercadas por el ejército republicano é impotentes para atacarlo, vista su superioridad numérica y la bondad de las posiciones que ocupaba, y privado absolutamente de víveres,

era inconcuso que perecerian de hambre, y diezmados por los proyectiles enemigos que se les disparaban por todos lados. El general resolvió, pues, continuar la retirada, si bien cambiando de ruta para tomar el camino que conduce por Texcoco á México. A este efecto envió al coronel conde de Wickenburg con una compañía de húsares, con objeto de practicar un reconocimiento del camino que tenia que seguirse. El resto del regimiento de húsares, seguia á esta compañía á alguna distancia. El camino, obstruido por una barranca, habia sido privado del puente que servia para franquearlo y del que solo quedaban tres vigas, que probablemente no tuvo tiempo de quitar el enemigo. No obstante esta dificultad, el coronel Wickenburg avanzó con la compañía. El enemigo ocupaba la orilla opuesta de la barranca, y recibió á los húsares con un nutrido fuego, obligándolos á descender al fondo de ella en la mayor confusión. A pesar de esto, el resto de la compañía de húsares con el coronel y el capitán Kulmer treparon resueltamente la pendiente opuesta de la barranca, y abriéndose paso entre el enemigo, ganaron el camino de Texcoco llegando á México al dia siguiente.

El teniente coronel Kevenhüller, á la vista de lo ocurrido con la compañía de vanguardia, retrocedió á la hacienda de San Lorenzo, dando parte á Márquez de lo que acababa de acontecer.

Antes de pasar adelante, queremos copiar aquí la manera con que el *testigo presencial* de quien Salm ha tomado datos, describe la marcha del coronel Wicken-

burg con la pequeña escolta que lo seguía. Dice así: "y al fin llegó á México despues de haber pasado la mayor parte del lago de Texcoco á nado." Cuantos conozcan la estension é inconvenientes del lago de Texcoco, tendrán que confesar lo inverosímil de esta gran jornada verificada á nado por la pequeña partida de húsares. En efecto, y suponiendo que se hubieran podido salvar las graves dificultades que presenta la parte fangosa que circunda el lago, ¿es creible que los fatigados caballos hubieran podido nadar tres ó cuatro leguas?

El general Márquez, á pesar de las noticias que habia recibido, no cambió de resolucion y emprendió la retirada por el camino de Calpulalpam, á las cuatro de la mañana del día 10.

Para engañar al enemigo dispuso que los carros que conducian las municiones tomasen el camino de Otumba, mientras que, como ya lo hemos dicho, se dirigió con sus tropas por la derecha de su posición hácia el de Calpulalpam, lugar á donde llegó la division á eso de las seis de la mañana, sin que el enemigo hubiese dado muestras de haber descubierto el movimiento que se ejecutaba.

A corta distancia del pueblo de Calpulalpam, el camino está cortado por una estrecha y profunda barranca, y el puente de que se hacia uso estaba casi destruido, en términos de que no era posible trasladar la artillería de campaña al lado opuesto, sin hacer previamente las reparaciones indispensables, las que demandaban tiempo que no podia perderse. Por otra parte, el camino que debia seguirse despues de franqueada la

barranca, no era carretero, y por consiguiente era de todo punto inútil esforzarse en pasar la artillería, que tendria al fin que abandonarse á corta distancia. Estas consideraciones obligaron al general Márquez á hacer arrojar á la barranca toda la artillería de campaña.

Mientras se ejecutaba esta operacion, el enemigo se presentó á retaguardia de la division, de la que una parte habia ya pasado al lado opuesto. Ya se comprenderá el grado á que llegaria la confusion y el desorden, y mas aún, cuando no sabemos por qué incidente algunos de los proyectiles huecos arrojados á la barranca, hicieron explosion comunicando el fuego á las municiones de los cofres. Todo contribuia á hacer mas peligrosa y comprometida la situacion de las tropas imperiales: el enemigo, arrojándose sobre ellas por distintas direcciones; los caballos espantados con la explosion, retrocediendo y atropellando á la infantería de retaguardia, y la dificultad de ponerse en actitud de defensa y resistir así los consecutivos ataques del enemigo.

Por fin, la division se trasladó del otro lado de la barranca, habiéndose perdido la mayor parte de los batallones de Ixmiquilpan y Tlalpam, que por venir á retaguardia fueron cortados por la caballería enemiga. La marcha se continuó hasta un pequeño pueblo cerca de Texcoco, no sin haber tenido que empeñar diversos combates con las fuerzas enemigas que seguian de cerca á la columna imperial.

Desde ese punto, el general Márquez vió una fuerza de caballería enemiga que se encontraba á inmediaciones del pueblo de Tepetlaxtoe, y la cual, segun los in-

formes de algunos exploradores, estaban á las órdenes de "Guadarrama," quien procedente de Querétaro, venia á reunirse á las tropas de D. Porfirio Diaz.

A la vista de estas nuevas fuerzas fué cuando el general Márquez, abandonando á sus soldados, tomó el camino de la capital, seguido del general segundo en jefe, de los oficiales de estado mayor, el 5.º regimiento de caballería y algunos pelotones de otros cuerpos.

La situacion de las tropas imperiales se hacia aun mas comprometida, desde el momento en que sus principales gefes las abandonaban á su propia suerte, dejándolas en el mayor desconcierto, en el propio instante en que probablemente iban á ser de nuevo atacadas por tropas de refresco. En medio de este conflicto apareció un gefe digno que, comprendiendo sus deberes, supo despreciar el peligro en pro del honor militar. Este gefe fué el coronel D. Luis Arrieta, encargado del estado mayor de la division. A su sereno y activo proceder se debió indudablemente que las fatigadas tropas imperiales, se reorganizaran prontamente y obligaran á las fuerzas de Guadarrama a prescindir del ataque que habian ya iniciado.

El coronel Arrieta previno al coronel Kodolich se pusiese de nuevo á la cabeza de su brigada y ordenó al teniente coronel Treviño que con el 2.º regimiento de la frontera siguiese cubriendo la retaguardia de la columna, la que continuó la marcha en retirada hácia Texcoco.

A una y media legua mas allá de aquella poblacion, las tropas imperiales hicieron un pequeño alto: el des-

orden habia casi cesado y la marcha se continuó sin dificultad hasta el pueblo de Chimalhuacan, al que llegaron á eso de las nueve de la noche.

A las doce de la misma, la columna hizo otro alto en el pueblo de la Magdalena con objeto de proporcionarse algun alimento, de que tanto necesitaban las fatigadas tropas; pero no habiéndose encontrado nada, tornó á emprenderse la marcha. En este pueblo tuvo que abandonarse uno de los cinco obuses de montaña, que habiendo caido en una barranca no se creyó conveniente perder tiempo en sacarlo.

En Santa Marta, el coronel Arrieta, en vez de hacer seguir á su columna el camino de Mexicalcingo, la hizo tomar el del Peñon Viejo; y debido á su prudencia y prevision, llegó frente á la capital á las ocho de la mañana del dia 12, pasando aviso al gefe de la plaza y pidiendo se formase un puente provisional para proporcionar la entrada de las tropas, pues el que existia frente á la garita de San Lázaro habia sido destruido.

Ya se comprenderá el justo asombro de los habitantes de México al ver desfilar á las 12 del dia por la plaza principal, mas de mil seiscientos hombres de las tres armas, siendo así, que á la llegada del general Márquez el dia anterior, habia circulado la noticia de que á excepcion de la fuerza de caballería que habia seguido á dicho general, el resto de la division se habia perdido.

La marcha de la division de Márquez en auxilio de Puebla habia costado, pues, mil doscientos hombres, trece piezas de artillería y todas las municiones; pero hemos dicho mal: esta malhadada operacion costó mas

que eso, puesto que á ella se debió que poco mas tarde cayeran con el Imperio las cabezas del Emperador, Miramon y Mejía con las de otros muchos valientes militares.

Todo el que lea las Memorias del príncipe de Salm en lo que tienen que ver con estos sucesos, puede notar que todos los hechos meritorios ó recomendables se atribuyen á las tropas extranjeras, mientras que para las mexicanas, se reservan aquellas en que el valor y la abnegacion no tuvieron cabida. De una manera injusta y parcial se olvida el eminente comportamiento del coronel Arrieta y otros gefes mexicanos, pretendiendo que solo á los esfuerzos del coronel Kodolich, se debió la salvacion de las tropas que hemos mencionado. Maliciosa é intencionalmente quizá, se callan los hechos que hacen honor á los soldados mexicanos, y especialmente á los que formaban los regimientos de la Frontera y 5.^o de caballería.

Mas tarde al ocuparnos del sitio de México tendremos mejor oportunidad para probar al mezquino escritor de las Memorias, la ninguna imparcialidad que ha usado en su publicacion.

Como es de comprenderse, los sucesos que acabamos de referir ponian á la Capital del Imperio en manos casi de las fuerzas republicanas, alentadas con sus recientes triunfos, fuertes en número y elementos y sin que se les pudiese oponer sino algunos soldados dominados aún por las fatales impresiones que acababan de recibir. El peligro era, pues, inminente; tanto mas cuanto que el estado de ánimo de las personas comprometidas en la causa del Imperio era demasiado desfavorable.

El general Márquez contaba apenas con unos cinco mil hombres, de los cuales habia una gran parte desarmados; el arsenal de artillería desprovisto de municiones; gran parte de la caballería sin caballos; y en fin, otras mil circunstancias que hacian casi imposible la defensa de la capital.

No es nuestro ánimo entrar en comentarios respecto á las razones que tuvo en cuenta el general republicano, para no atacar inmediatamente la Capital de México; sea como fuere, el general Márquez contó con el tiempo necesario, merced á esta circunstancia, para organizar las tropas, artillar la línea fortificada y ponerse en actitud de sostener un sitio prolongado mas allá de lo que fué realmente necesario.

El príncipe de Salm, despues de hacer una reseña de la situacion de México, semejante á la que acabamos de describir y en la que no faltan, como siempre, demasiadas recriminaciones para los mexicanos, dice: *Se decia que las tropas europeas se rehusaban á servir mas bajo el mando de generales mexicanos, y el rumor estaba bien fundado. Ellos solos habian contrareestado la marcha de todo el ejercito de Porfirio Diaz, que incluyendo á todas las partidas que rondaban por el Valle de México, llegaban á diez y ocho mil hombres. Sin su heróico comportamiento en esa admirable retirada, el enemigo hubiera avanzado hasta el mismo centro de la Capital. Habian tomado parte en veinte combates y fueron igualmente victoriosos si tuvieron que llegar á México fugitivos y se encontraron en medio de esas tropas y generales mexicanos, (los que corrieron al primer*

tiro) abandonados y sacrificados. No era por lo tanto de sorprenderse que habian llegado á ser desconfiados.

Se necesita una audacia sin límites para tomarse la licencia de decir por la prensa tantas falsedades. Por el párrafo que acabamos de copiar aparece que los austriacos fueron los héroes en todos los combates que la division Marquez tuvo que sostener en su marcha rumbo á Puebla y la retirada á México. La descripción que hemos hechos de aquellos sucesos da á cada uno el lugar que le correspondió, sin servirnos nunca de la injusticia y de la mentira. No hablaremos de la conducta que observó el general Márquez al separarse de sus tropas cerca de Texcoco; pero sí tornaremos á citar la muy recomendable del coronel Arrieta, quien no abandonó sus filas ni en los momentos de mayor conflicto. Pues bien, como este gefe habia en México otros muchos, que como Tavera, Diaz de la Vega, (D. Manuel), Quiroga, Tovar y otros, no han desmentido jamas su reputacion de valientes y entendidos, y que por consiguiente son dignos de mandar á cualquiera tropa del mundo. No habia en consecuencia razon para que los austriacos se disgustasen de estar á las órdenes de los gefes mexicanos, cuando la mayor parte de estos podian guiarlos por la senda del honor. Así es, que aún suponiendo que el general Márquez se hubiera mostrado indigno en lo de adelante, en México, como en San Lorenzo, no habia faltado un gefe de honor que lo sustituyese ventajosamente.

No podemos creer, y con sobrada justicia, que el Emperador hubiera confiado exclusivamente en las tropas

austriacas, para que por sí solas defendiesen y conservasen la capital del Imperio: en primer lugar, mil doscientos ó mil trescientos hombres, por exajerados que fueran su valor y disciplina, eran materialmente impotentes para el objeto; en segundo, si S. M. habia dado á dichas tropas ese difícil encargo, ¿cómo es que en las instrucciones que se dieron al general Márquez, se le ordenaba que á su vuelta á Querétaro llevase á esas mismas tropas? Parece que estas dos objeciones no tienen réplica.

Hay opiniones que una vez emitidas por un militar, forman su crítica apología de una manera inevitable. En consonancia con este juicio, vamos á trasladar aquí la que emite el príncipe de Salm ó el testigo ocular de quien ha tomado sus datos respecto al abandono de Chapultepec y villa de Guadalupe, desde el momento en que las fuerzas republicanas se acercaron á la capital. *El 13 de Abril se abandonó á Chapultepec y Guadalupe. Este fué un grande error, pues al hacerlo así, el ejército se encerró en México y dió al enemigo puntos excelentes para sostener el bloqueo; lugares culminantes que fácilmente se podian haber defendido. El temor fué el motivo para haberlo hecho así.* Ya hemos dicho las tropas y elementos con que se contaba en México para resistir al ejército republicano despues del descalabro de San Lorenzo, y hemos dicho tambien hasta dónde habia llegado el desconcierto y la desanimacion que los mismos sucesos habian engendrado en el ánimo de todos aquellos que, comprometidos en la causa del Imperio, estaban en el sagrado deber de procurar el sostenimien-

to de la capital, aunque no fuera sino durante el tiempo necesario para saber el resultado que obtendría el pequeño ejército sitiado en Querétaro; pero desprendiéndonos de todas estas circunstancias y circunscribiéndonos á la parte material que se relaciona con la defensa de México, ¿en qué cabeza, por peor organizada que esté, cabe la idea de conservar los puntos de Chapultepec y villa de Guadalupe, cuando se trata de sostener el sitio de una plaza como México, en que el perímetro fortificado tiene un desenvolvimiento de seis á siete leguas, cuando se cuenta solamente para la defensa con cuatro ó cinco mil hombres, mal disciplinados y peor armados? Nosotros, aunque sin abrigar la idea de creernos militares de nota, concebimos perfectamente las ventajas que podrían resultar á la defensa de la capital de México, conservando las alturas de Chapultepec y villa de Guadalupe, como centinelas avanzados de la línea fortificada; pero esto, en el concepto de poderse disponer de un ejército de veinte á veinticinco mil hombres, indispensables para la defensa de la plaza y para conservar dichas posiciones: de otra manera, y en el caso en que se encontraban los gefes imperialistas que mandaban en la capital el mes de Abril de 1867, hubiera sido un absurdo, un disparate inconcebible, establecer en Chapultepec y Guadalupe una guarnición que habría sido inevitablemente cortada, puesto que no podría impartírsele ninguna protección ó socorro por las tropas de México. Más todavía; la guarnición de Chapultepec, necesitaba estar provista de los víveres y municiones indispensables pa-

ra sostenerse por sí misma, pues es natural que desde el momento en que se hubiera comenzado á establecer el bloqueo por el ejército republicano, debía perder toda esperanza de proporcionarse unos y otras.

“Porfirio Díaz, por lo tanto, se lisongeó con la esperanza de tomar la ciudad; aunque defendida como lo estaba por europeos.” Estas frases necesitamos tomarlas como una fanfarronada ridícula: en efecto, después de lo que hemos dicho y de lo que todos pueden saber ó comprender, ¿deben estimarse de otra manera las palabras de Salm? ¿un millar ó poco más de extranjeros, sería capaz de defender la extensa línea fortificada de México? Leonidas con sus trescientos espartanos defendía solamente el paso de las Termópilas, y sin embargo, no lograron triunfar, sino sucumbir con gloria. ¿Qué habría sucedido en México con los austriacos?

No sabemos las razones por las cuales el general Márquez se olvidó de hacer introducir á la capital los víveres y ganados existentes en los alrededores; puede ser que no haya tenido tiempo suficiente para ello, pues de otra manera, esta falta sería imperdonable.

Si dicho general no reunió en junta de guerra á los gefes secundarios del ejército para tratar con ellos de las necesidades de la situación, nos parece que hizo perfectamente, y es gran error de parte de los gefes austriacos, creer que es un deber del gefe de una plaza, el reunir en junta de guerra á todos los gefes de la guarnición para consultarles los altos negocios de la campaña. En caso de duda, ó cuando el general en ge-

fe tuviese la intencion de salvar su responsabilidad, deberá reunir solamente á los gefes superiores.

Nos cuesta trabajo resistir á la tentacion de describir todos los pormenores é incidentes del sitio de México; pero estamos obligados á continuar en nuestro propósito y á desentendernos de todo aquello que nos haria jugar el papel de historiadores, del cual, lo confesamos, no nos creemos capaces. Por esto es que nuestra desaliñada relacion parecerá trunca y poco interesante á todos aquellos que busquen en ella toda la parte histórica del sitio de México. Continuaremos, pues, como hasta aquí, sujetándonos á analizar y destruir con pruebas lógicas y verídicas, todos aquellos hechos en que Salm, olvidándose de la verdad ó fiándose en datos apasionados, merezca ser desmentido.

Véase como se espresa, despues de hacer el panegirico mas ó menos exacto de algunos gefes republicanos.

"Pero á esto se encontraba frente á México; (hablando de D. Porfirio Diaz) no había allí garita que comprar como en Puebla, y en cada pequeña puerta estaba un valiente oficial austriaco, y los Noriegas no se propagan ni en el Danubio, ni en las llanuras de Flándes, ni en los campos de Francia. Numerosos destacamentos de caballería ocupaban toda la noche las principales calles de México. Porfirio Diaz no podia menos de decirse á sí mismo que le era imposible tomar á México por la fuerza, puesto que estaba defendido por mil extranjeros."

La lectura del párrafo que acabamos de copiar, en cierra tales acusaciones, tales imposturas y tal villanía que no encontramos frases suficientemente enérgicas

para contestarle convenientemente. El general Noriega vendiendo la plaza de Puebla al enemigo: el general republicano Porfirio Diaz convencido de que no podia tomar á México á viva fuerza, á pesar de sus numerosas tropas y abundantes elementos de guerra, por la sola circunstancia de encontrarse mil extrangeros entre los defensores de ella: en fin, un valiente oficial austriaco en cada puerta de la ciudad, sirviendo de garantía, para que la plaza no fuese tomada por la fuerza ó por traicion. ¿Qué mas puede pedirse? Afortunadamente la voz y las acusaciones del despreciable y mentecato escritor pesarán bien poco en el ánimo y decision de cuantos hayan pasado los ojos por el súcio folleto que refutamos, pues tenemos objeciones y pruebas palpables que poner en pro de la verdad.

El general D. Manuel Noriega, antiguo y honrado militar, podrá tener muchos defectos, pero jamas se ha sabido que en el curso de su dilatada carrera se haya manchado con una falta de la magnitud de la que hoy se le atribuye por Salm.*

Nosotros no sabemos las circunstancias ó medios de que se sirvió el general republicano para posesionarse de la ciudad; pero creemos que cualesquiera que ha-

* Habiendo tenido noticia el Sr. General Noriega de que nos ocupábamos de este asunto, nos ha remitido una manifestacion escrita en su defensa y para rectificar los hechos. Nos ha parecido conveniente, bajo todos aspectos, hacerla conocer, y por esto la hemos agregado, como Apéndice á nuestro opúsculo.

yan sido estos medios, son enteramente extraños á la traicion del general Noriega, quien ya ocupada la plaza, se mantuvo dos dias con parte de sus tropas en los cerros de Guadalupe y Loreto, en donde se rindió. Estamos seguros que el repetido general Noriega protestará enérgicamente contra esta infame acusacion, que afortunadamente ha sido lanzada contra él por un extranjero venal y apasionado. Quizá el general republicano, á quien de paso toca una parte de esta acusacion, protestará igualmente contra ella.

¿Qué podremos decir, y qué dirán tambien cuantos lean las Memorias de Salm, al hablar del ejército republicano, fuerte en diez y ocho ó veinte mil hombres, y al que la sola presencia de mil soldados extranjeros, lo contuvo para resolverse á asaltar la plaza de México? ¿Y qué, de esos valientes oficiales austriacos colocados uno en cada pequeña puerta de México y á cuya sola presencia el valor de los sitiadores y la traicion de los sitiados se hacia impotente?

A propósito de traicion y en perfecto acuerdo de lo que acabamos de decir, tenemos oportunidad de probar á Salm que si en México hubo algunos que traicionaban no eran ciertamente los mexicanos, sino varios de esos valientes y leales extranjeros que tanto han blasonado de serlo. Durante el sitio de México, el consejo de guerra ha juzgado á Dives capitán de contraguerrilla, Bourlon teniente, Certain y Caret, subtenientes, por el delito de traicion, habiendo querido entregar al enemigo el fuerte de la garita del Niño Perdido, de cuya guarnicion formaban parte.

Chainett, teniente coronel, durante los últimos dias del sitio ha enviado desde la garita de Belen á un sargento de su contra-guerrilla para que dijese al gefe republicano situado en la Piedad, que si queria entrar á México por aquel punto, podia contar con que su tropa no haria fuego á la suya. Por último, y sin ocuparnos de muchos otros hechos semejantes á los que acabamos de citar: ¿qué otro nombre puede darse á los austriacos hechos prisioneros por el ejército republicano en Miahuatlan y la Carbonera, que tomaron parte contra el Imperio y auxiliaron á las tropas del general Diaz en Puebla, San Lorenzo y México? ¿Cómo podrá apreciarse la conducta de la compañía de extranjeros, al servicio tambien del ejército republicano, y la que á las órdenes del gefe liberal Certúchy, volvieron igualmente sus armas contra el Imperio? ¿Y qué, en fin, de los extranjeros que formaban parte del batallon de Cazadores en Querétaro, quienes en el momento de mayor conflicto se pasaron al enemigo?

Las Memorias de la princesa de Salm Salm en la página 7, vienen tambien en nuestra ayuda. Véase la manera con que se expresa, y téngase presente que esto pasaba en el mes de Abril. "*En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde de Kevenhüller opinó que seria conveniente rendirse desde luego, etc., etc.*"

Los hechos que acabamos de referir no son una miserable calumnia como la de que se ha servido Salm contra el general Noriega. Todas las personas que acabamos de citar son extranjeros.

La mentira, inseparable compañera de Salm en sus

Memorias, se manifiesta muy particularmente en este párrafo de ellas (páginas 298 y 299.) *“Los coroneles austriacos no dieron ninguna contestacion: sus artilleros é infantes continuaron la guardia día y noche en las trincheras, y la caballería á rondar todas las noches por las largas calles de la capital, aunque los oficiales llevaban las botas hechas pedazos y por comida tomaban una taza de chocolate, despues de haber tomado una de café por almuerzo, mientras que los generales mexicanos imponian fuertes contribuciones, las que convertian en oro. Nada se hizo, sin embargo, ademas de esto, exceptuando en la Tesorería.”*

Tenemos á la vista los documentos originales en que constan las cantidades que se ministraron á las tropas austriacas durante el primer semestre de 1867. Para no dar lugar á interpretaciones, hemos elegido el mes de Junio, en el que, como es natural, los recursos eran sumamente escasos. Pues bien; durante los primeros diez y nueve dias de dicho mes, los cuerpos austriacos han recibido un total de cuarenta y un mil ochocientos diez y nueve pesos, noventa y cinco centavos, (\$ 41,819 95) de la manera siguiente:

Artillería.....	\$ 1,658 32
18 ^o Batallon de línea.....	8,848 40
Cuerpo de Húsares.....	13,859 73
Cuerpo de Cazadores.....	6,612 61
Gendarmería.....	10,840 89

Así, pues, si los oficiales llevaban el calzado roto, sería porque no querrian comprar otro nuevo; y si por

total alimento durante el dia tomaban una taza de chocolate y otra de café, debe haber sido probablemente á causa de la escasez de víveres en la plaza como consecuencia del estado de sitio.

Respecto de la última parte del párrafo que acabamos de citar, á pesar de la ambigüedad con que está redactado, creemos que se quiso dar á entender que los generales mexicanos se tomaban el dinero que producian las contribuciones. A esto no tenemos qué objetar otra cosa sino que, mientras el autor no designe las personas y les pruebe el delito, tenemos el derecho de decir que es una calumnia.

En la página 299 el autor se expresa de este modo, en elogio del Emperador: *“Así Maximiliano dió ejemplo á los mexicanos de un corazon noble, sosteniendo con la abnegacion mas sublime de sí mismo una causa que era ya perdida.”* *

Hablando de las salidas que durante el sitio de México efectuaron las tropas imperiales sobre las líneas enemigas, Salm se expresa así: *“La primera salida tuvo*

* Nadie mejor que yo conoció en el país el grande y noble corazon del magnánimo Emperador Maximiliano, pues tuve la fortuna de que sin ser *príncipe*, sino simplemente un humilde oficial, estuve á su lado desde los primeros dias de su llegada á México, obteniendo progresivamente el afecto y confianza del Soberano. Tuve tambien la fortuna de ser el único de los primeros antiguos servidores del Emperador, que no solo le acompañó en los dias de prosperidad, sino en los últimos y aciagos de Querétaro. Tanto los habitantes de esa ciudad, como el pequeño ejército que la defendia, son testigos de la paternal deferencia y amistad con que me veía S. M. Siento mucho tener

lugar el 18 de Mayo. La infantería imperial mexicana echó á correr al primer tiro. La caballería se desmontó y tomó por asalto las trincheras del enemigo, mientras tanto el coronel Kodolich forrageó por los terrenos adyacentes. Cargado de un botin campesino regresó la caballería á la ciudad; pero cada puñado de yerba costó una gota de sangre."

Todo esto es falso. En primer lugar, esta primera salida no se verificó el 18 sino el 12 de Mayo; en se-

que hacer esta alusion personal; pero la creo necesaria para probar las razones que tuve para conocer perfectamente las grandes virtudes del Emperador; así es que, sin negar que S. M. era muy á propósito para dar ejemplos dignos de imitarse, no me ruborizo al decir que los mexicanos no esperaron el que nos dió el Soberano. Lo probaré en pocas líneas.

Nadie ignora que el partido conservador ó monarquista del país, fué el que desde tiempo atras trabajó por establecer estas instituciones en México; por consiguiente, era natural que ese partido debia haber sido considerado como el mas firme sosten del trono. Pues bien; véamos ahora la manera injusta con que trató al partido que lo proclamó.

Todos los hombres que verdaderamente creian, y tal vez creen aún, que el Imperio seria lo único que podia salvarnos de peligros, tal vez no lejanos, fueron, unos desterrados al extranjero con frívolos pretextos y otros relegados al mas completo olvido. Al ejército, á éste pobre ejército tan mal conocido y peor juzgado, ¿cómo se le trató? con el mas torpe é inmerecido desprecio, al grado de verse oficiales de buena carrera, *no improvisados*, en la miseria mas espantosa, y esto, en los buenos tiempos del Imperio.

Ahora bien: llegó un dia en que el trono se estremeció por la falta de uno de sus apoyos: Napoleon, traicionando á lo pactado y á la obra en que tanta parte tenia, abandona la empresa retirando su ejército y entregando sin defensa las principales ciu-

gundo, las tropas austriacas no fueron quienes la ejecutaron; en tercero y último el coronel Kodolich no se encontró en aquel hecho de armas. Al decir que todo es falso, no queremos que se nos crea bajo nuestra palabra; hé aquí el parte oficial de aquella operacion militar:

"2º Cuerpo de ejército.—Tercera línea exterior.—General en gefe.—San Cosme, Mayo 12 de 1867.—A las diez de la mañana de hoy, cubierta completamente

dades de México á las tropas republicanas. Entonces, cuando todo se vé perdido, cuando muchos de los que se llamaban *amigos* del Imperio, huyen ó se ocultan vergonzosamente, los desterrados, los despreciados, los verdaderos militares, se presentan llenos de abnegacion y ponen al pie del trono sus humildes pero leales espadas, despreciando la ley de 25 de Enero y sin acordarse de sus antiguos sufrimientos.

Esta fué la conducta que observaron los mexicanos: véase la que siguieron los extranjeros, con pocas excepciones. El Imperio, queriendo ganarse su voluntad, admitió en el ejército, aun en los grados superiores, á muchos de ellos, postergando así á militares con méritos por la sola circunstancia de ser hijos del país; se hizo mas: á todos los extranjeros al servicio de México, se les designaron altas pagas, en términos de que, mientras un capitán mexicano, por ejemplo, disfrutaba un sueldo mensual de setenta y cinco pesos, otro de la misma clase, extranjero, recibia ciento cincuenta y dos pesos. Sin embargo de esta y de otras mil consideraciones que se les dispensaron, estos mismos hombres, olvidándose de la gratitud y del honor, abandonaron al Emperador desde el momento en que lo vieron quedarse solo, merced á la conducta del gobierno frances. ¿Puede darse mayor abnegacion por parte de los mexicanos? Cuantos formaban el pequeño ejército de Querétaro, y sobre todo, el general Miramon, ¿no dieron al Emperador constantes pruebas de decencia y abnegacion?—*Agustin Pradillo.*

la línea, y dispuesta para forragear la brigada del Sr. general Quiroga, emprendí desalojar al enemigo de mi frente y destruir sus parapetos, para lo cual puse en movimiento dos pequeñas columnas á las órdenes de los gefes D. José Arizmendi y D. Ramon Oseguera (mexicanos), protegidas por la artillería y por el comandante del punto de Santa Maria, que recibió instrucciones al efecto.—Comenzaba á desarrollarse mi combinacion, cuando se presentó V. S., y dictando algunas acertadas providencias, tuvo la satisfaccion de presenciar el éxito mas completo.—El enemigo fué arrancado de sus posiciones, perdiendo gente, municiones, caballos y armas: sus atrincheramientos destruidos, cegados sus fosos y cortaduras y perseguido hasta la hacienda de la Ascencion y Popotla. Entretanto, la brigada del Sr. Quiroga forrageó tranquilamente, tomando una parte de ella su puesto en el combate, sin desmentir la reputacion de bizarría que tiene adquirida, etc., etc.—El general, *Manuel D. de la Vega.*”

El entendido y pundonoroso general D. de la Vega, (D. Manuel) recibió del general Márquez el siguiente telegrama felicitándolo por el buen éxito de la salida:—“Sr. general Diaz de la Vega: Supliqué al señor general Cadena y al señor general en gefe, que felicítase á V. S. en mi nombre por la gloriosa jornada de hoy, que lo honrará siempre.—Reciba V. S. las gracias mas expresivas y la enhorabuena mas completa y déla de mi parte á los valientes que lo obedecen. Ya pedí al Sr. general Tavera el parte de lo ocurrido, para que se pu-

blique, y la lista de los que se distinguieron para premiarlos como es justo.—Mayo 12 de 1867.—*Márquez.*”

Muy exagerados nos parecen los colores con que el autor de las Memorias pinta la situacion en que se encontraban las tropas que defendian á México hácia el mes de Mayo.

“*Cubiertos de andrajos, el hambre retratada en la cara y exhaustos de fatiga, con enemigos dentro y fuera de la ciudad, con aliados sin ánimo y con generales desleales; tal era la posicion de esos mil héroes, que tenian que taparse los oidos para no oir los quejidos de una poblacion diezmada por el hambre, y las palabras tentadoras de sus enemigos, los que al ver esta adhesion heróica se pusieron furiosos, y maldijeron lo que no podian apreciar.*”

Nosotros no nos encontramos al lado de las tropas que combatieron en México; en cambio formamos parte de las que durante setenta dias de un sitio rigurosísimo, defendieron la capital de Querétaro. Quizá no podremos juzgar imparcialmente en este asunto: sin embargo, no creemos pueda haber término de comparacion entre las respectivas circunstancias que guardaron las dos plazas. Querétaro, poblacion miserable, llena de inconvenientes para la defensa, cercada por treinta y cinco ó cuarenta mil hombres de las tropas mas selectas del ejército republicano; sin haberse tenido la precaucion anticipada de almacenar los víveres y municiones necesarias; teniendo necesidad de tomar el salitre de las paredes, el plomo de los techos, y el fierro de las rejas; sin campos en que forragear, y obligados hasta librar diarios combates para tomar el agua. Queré-

taro, lo repetimos, no llegó jamás á esa horrible extremidad á que se pretende hacer creer que llegó la capital de México á los treinta y cinco días de sitio.

Por estas razones, y por las que nos han referido muchas de las personas que se encontraron en México durante el sitio, no podemos creer en la exagerada situación á que el príncipe de Salm ó el *testigo presencial* que se lo refirió, pretende hacer entender llegaron las tropas y la población de México.

No sabemos cuáles serían *los aliados sin ánimo, los generales desleales, y esa población diezmada por el hambre*, en medio de los que se encontraban esos *mil héroes*. El autor de las Memorias ha hecho mal en no designar por sus nombres á esos generales. Si los aliados sin ánimo eran, como puede presumirse, los soldados mexicanos, la versión es falsa e indigna, pues esos soldados han peleado hasta el último instante sin haberse hecho acreedores á esta infame acusación.

Los soldados mexicanos, sufridos en la desgracia más que ningunos otros del mundo, no levantaron jamás el grito de la rebelión ó de la inobediencia; no merecen, pues, ser tratados de un modo tan injusto.

Los sucesos acaecidos en México durante los primeros veinte días del mes de Junio, explicados en las memorias de Salm, no merecen la pena de ser analizados por nosotros, y puesto que ya son conocidos por la mayor parte de nuestros lectores, nos abstendremos de repetirlos. Uno solo ha llamado nuestra atención: la conducta de las tropas austriacas al celebrar convenios ó tratados con el enemigo por conducto é intervención del

baron de Lago, encargado de negocios de Austria. Tal vez estaremos equivocados; pero somos intransigentes en todo aquello que parece lastimar la disciplina y el honor militar. Por esto es que preguntamos: ¿Los austriacos estaban al servicio de la persona de Maximiliano, ó al del Imperio de México? ¿Eran súbditos austriacos ó mexicanos, desde el momento en que disueltos los cuerpos austro-belgas, habían quedado al servicio de la nación mexicana? ¿Era de las arcas de Francisco José ó de Maximiliano, de las que salían las cantidades necesarias para pagar aquellas tropas? Es indudable, según nuestro sentir, que las tropas europeas faltaron á su deber, entrando en tratados ó convenios con el enemigo y obedeciendo las órdenes ó indicaciones del baron de Lago y aun las del mismo Emperador Maximiliano, quien con motivo de hallarse prisionero, no era legal cualquiera disposición dictada por él. Los austriacos no eran tropas extranjeras que combatían en México como aliados; eran soldados mexicanos, sujetos á la misma ordenanza, á los mismos gozos, á las mismas privaciones de los hijos del país alistados en el ejército. Estas tropas deben felicitarse aún de haber cometido semejante falta en los momentos en que las circunstancias eran tales, y se rodeaban de tal manera, que el general en jefe se veía atado de manos para tomar con ellas las severas providencias que demandaba el caso.

Antes de concluir, tenemos que consagrar algunas líneas á nuestro infortunado amigo el general Miramon, á quien Salm ha tenido la avilantez de calum-

niar, y la audacia de negarle todos los merecimientos á que se hizo tan digno en el memorable sitio de Querétaro.

Dedicaremos tambien algunas palabras al príncipe, con lo que daremos término á nuestra tarea de escritores.

Como lo hemos dicho en el curso de este opúsculo, el general Miramon fué en Querétaro el gefe que mas se distinguió por su valor, actividad y disposicion: era la cabeza y el brazo: meditaba y ejecutaba; por esto es que, el Emperador Maximiliano, aunque predispuesto contra él en los primeros dias del sitio, á causa sin duda de las apasionadas sugeriones de algunos malos amigos del general, lo honró mas tarde con toda su confianza, con todo su afecto, con todas sus distinciones. Aun en el momento de morir, en ese momento en que nada se finje, en que nada se gana con mentir, el Soberano le ha dado una muestra pública de estimacion.

No seremos nosotros quienes se atrevan á hacer el panegírico del general Miramon: México y aun la misma Europa lo ha hecho ya antes. Pero estaba reservado al príncipe de Salm lanzar sobre la respetable memoria del jóven general el ridículo y la calumnia, únicas armas de que se sirve en sus Memorias.

Falta únicamente probar á Salm, que si, como dice, fué nombrado general condecorado con las cruces de grande oficial de las órdenes del "Aguila mexicana" y "Guadalupe," y gefe de la casa del Emperador, dichos nombramientos son inválidos. En efecto, desde el momento en que Maximiliano, prisionero en Querétaro,

abdicó la corona de México, no cabe duda que dejó de tener el derecho de hacer esas ó semejantes concesiones: así pues, todos los actos emanados de su autoridad desde las ocho de la mañana del 15 de Mayo de 1867, son ilegítimos, y por consiguiente, inválidos. El despacho de general que se dió á Salm, es indudablemente nulo, puesto que el 20 de Mayo solo se le daba por el mismo Emperador el título de coronel, y aun él mismo suscribió un documento oficial, usando en la ante-firma del mismo título. Véase el texto de dicho documento que obra en la página 193 de las Memorias. "*Querétaro, hacienda de Hércules, Mayo 20 de 1867.— Autorizo á mi coronel y ayudante de campo el príncipe de Salm Salm, etc., etc.*" Y luego, en la pág. 195: "*Tengo el honor de ser, general, vuestro servidor.—(Firmado.) Príncipe de Salm Salm, coronel ayudante de campo de S. M.*"

Por el mismo estilo que el nombramiento de general, y aun con fechas posteriores, nos cuenta Salm la manera con que fué condecorado con las cruces que hemos mencionado.

Ademas de esto, ninguno de los generales, gefes y oficiales del ejército de Querétaro tuvo noticia de semejantes nombramientos.



CONCLUSION.

Hemos seguido punto por punto en toda su extensión, las Memorias sobre Querétaro y Maximiliano, escritas por el príncipe Félix de Salm Salm, refutando ó rectificando todos aquellos hechos en que, faltando á la verdad y á la justicia, se ha querido disfrazarlos, sin respetar la memoria, la honra y la reputacion de muchos mexicanos, y atribuyendo á los extranjeros el mérito de todas las acciones distinguidas. Nada nos queda ya que decir, y hasta donde nos lo ha permitido nuestra capacidad y los escasos medios de que hemos podido disponer, creemos haber llenado nuestro propósito.

Abrigamos la halagüeña esperanza de que todos nuestros compatriotas, sean cuales fueren las ideas políticas que profesen, no verán en nuestro opúsculo otra intencion, que la de levantar la voz en defensa del suelo en que nacimos, villanamente calumniado por un hombre en cuyo corazon no han tenido cabida ni la gratitud ni la justicia.

Tocamos, en fin, al término de la imperfecta cuanto cansada tarea que hemos emprendido, luchando con nuestra incapacidad, con el egoísmo de algunas personas que podían habernos secundado poderosamente, y hasta con la oposición sistemática y cobarde de otras, que mirando siempre el porvenir, opinan que no debe decirse la verdad, cuando se ataque con ella á aquellos que mas tarde podrían tomar venganza de los que, como nosotros, les arrancaron la máscara bajo la cual se habían creído cubiertos.

Amparados solamente de la buena intención que nos ha guiado y de la verdad con que hemos vestido nuestro desaliñado opúsculo, tenemos el derecho de pedir al público nos otorgue su grande indulgencia, perdonando todas aquellas faltas que, ajenas á nuestra voluntad, hacen este trabajo indigno de ver la luz pública.

México, Diciembre 23 de 1869.

IGNACIO DE LA PEZA.

AGUSTIN PRADILLO.

APÉNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tocamos, en fin, al término de la imperfecta cuanto cansada tarea que hemos emprendido, luchando con nuestra incapacidad, con el egoísmo de algunas personas que podían habernos secundado poderosamente, y hasta con la oposición sistemática y cobarde de otras, que mirando siempre el porvenir, opinan que no debe decirse la verdad, cuando se ataque con ella á aquellos que mas tarde podrían tomar venganza de los que, como nosotros, les arrancaron la máscara bajo la cual se habían creído cubiertos.

Amparados solamente de la buena intención que nos ha guiado y de la verdad con que hemos vestido nuestro desaliñado opúsculo, tenemos el derecho de pedir al público nos otorgue su grande indulgencia, perdonando todas aquellas faltas que, ajenas á nuestra voluntad, hacen este trabajo indigno de ver la luz pública.

México, Diciembre 23 de 1869.

IGNACIO DE LA PEZA.

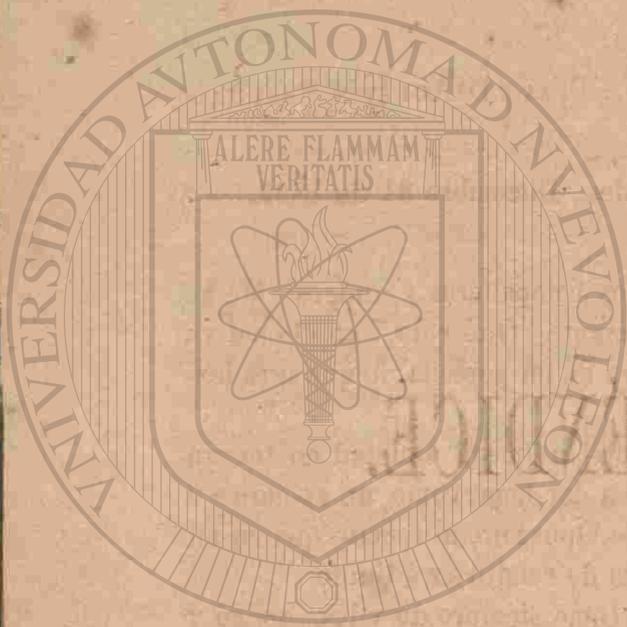
AGUSTIN PRADILLO.

APÉNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SRES. D. IGNACIO DE LA PEZA Y D. AGUSTIN PRADILLO.

Casa de vdes., Diciembre 31 de 1869.

Señores y estimados compañeros y amigos: Me he impuesto de su interesante "Opúsculo," en el cual ya vdes. hacen la defensa de mi persona, lo que agradezco con toda mi alma.

Me prometo de nuestra buena amistad no tengan vdes. inconveniente en dar lugar como un apéndice á su apreciable y citado Opúsculo, al escrito que en mi defensa tengo el gusto de remitirles adjunto.

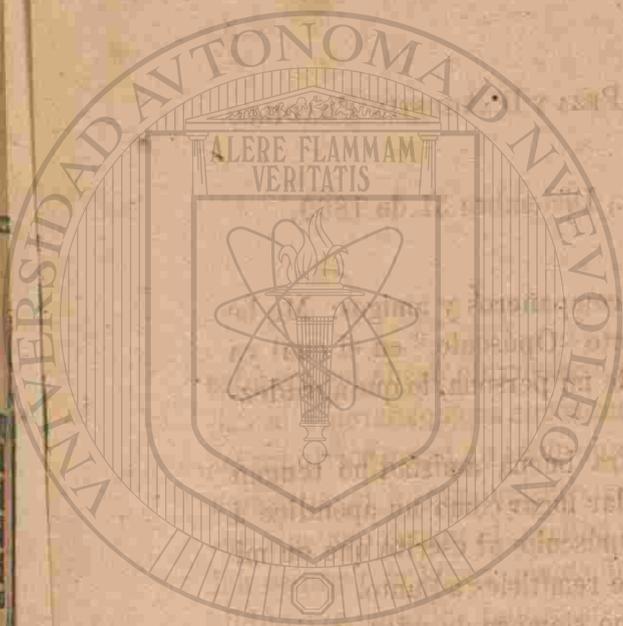
Agradecido quedo como siempre de vdes., amigo y servidor Q. SS. MM. B.

Manuel Norega.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho tiempo habia trascurrido desde los grandes y solemnes acontecimientos que acompañaron á la caída del Imperio, cuando despues de pasar por todas las vicisitudes y desgracias consiguientes á la situacion excepcional en que me hallara, lo mismo que mis demas compañeros de infortunio, recibí el permiso del gobierno para venir á esta capital. Si como son públicas las calamidades que tuve que sufrir y los peligros á que en union de mi familia me ví expuesto en las ciudades de Puebla y Jalapa, no fuesen sino de aquel género de sucesos comunes en la historia de nuestras contiendas políticas, pero ignorados por la mayor parte de las gentes, lejos estaria siempre de mi ánimo el relatarlos en estas líneas. ¿Qué interes podria tener el público en conocer los pormenores de los aciagos dias que han trascurrido para mí desde el memorable 2 de Abril de 1867? El ansia que devora á algunos es-

píritus mezquinos por llamar la atención de sus contemporáneos, haciendo ostentación hasta de las penas que les cercan en la desgracia, tampoco agita al corazón de un antiguo soldado que jamás tuvo en sus acciones por norte la vanidad, ni en los mejores días de su juventud. ¿Cómo, pues, hoy, desengañado por una larga experiencia de lo que son los hombres y las cosas; hoy que agobiado por los años toco al fin de mi existencia, pudiera pretender atraer las miradas de mis compatriotas haciendo mi propio panegírico?

Para honra del antiguo ejército, á que yo he tenido la de pertenecer, pocos son sin duda aquellos de sus miembros que no han seguido una conducta semejante en los momentos en que, no ya los enemigos del pasado régimen, que han tenido más cordura y discreción para apreciar muchos de los últimos sucesos, sino algunos de los mismos partidarios nuestros que de diferentes modos figuraron en aquel, déjanse, no sé si candorosa ó maliciosamente, sorprender por los propagadores de especies falsas las unas, calumniosas las otras y adulteradas las más. No han faltado, empero, quienes al abrigo de todo contratiempo, teniendo por valladar nada menos que el océano, y deseando á lo que creo, exhibirse ante el mundo, digámoslo así, como unos héroes esforzados, han dado á la prensa sus folletos, más llenos de esa vanidad de que hablé antes, que de apreciaciones útiles para la historia de la época que refieren. No son, sin embargo, mexicanos los que ocupan el primer lugar entre esos escritores que, sin analizar las verdaderas causas de los

sucesos, ni relatar con puntualidad los hechos, andan á porfía, como tratando de hallar el origen de la ruina del Imperio y del trágico fin de su infortunado jefe, en desaciertos y crímenes que distaron mucho de cometerse, si no fué acaso por esas mismas personas que hoy se empeñan en llamar la atención pública, cual si quisiesen ellas mismas apartar de sí toda sospecha, y hacerla recaer sobre los inocentes á quienes vituperan. No son, repito, mexicanos los que han descollado en esa tarea poco envidiable y que también la historia apreciará debidamente algún día. Es un pretensioso y ridículo aventurero, un hombre de cuyos antecedentes no quiero ocuparme por no ensuciar mi pluma, y porque México, este país al que tanto vilipendia en pago de las consideraciones é inmerecidos beneficios que le prodigó, conoce demasiado su historia y sabe á qué atenerse; un individuo, en fin, que blasonando de príncipe, de cumplido caballero y de escritor juicioso, *dizque para cumplir* con la última voluntad del Monarca que le ordenó escribiese la historia de los últimos sucesos de su Imperio, pretende borrar de una plumada hechos heroicos que han respetado los mismos vencedores republicanos, mancillar la reputación de muchos ameritados jefes, calumniar á las personas más leales mintiendo descaradamente, ridiculizándolo y tergiversándolo todo, para tener la necia presunción de que el mundo le contemple como el único hombre capaz, según los hechos de que á sí propio se alaba, de haber salvado el trono de la ruina en que se hundió. ¡Cuán sensible es en verdad que le

Emperador Maximiliano no hubiera conocido en tiempo mas oportuno los elevados talentos del esclarecido príncipe de Salm Salm!

Lo singular del caso es, que, como acontece por desgracia en estos lances y segun apunté al principio, algunas personas han leído con avidez el denigrante folleto de Salm Salm, llevadas del natural interes que inspira el drama de Querétaro, y no pocas han creído que, la verdad pura se desprendia de los labios de quien se ha dicho autorizado para relatarla como testigo presencial. No há muchos días que un diario de esta capital hacia las mayores recomendaciones de ese folleto; y por lo mismo, cumple á los hombres de honor que intervenimos en los sucesos que refiere y á quienes tan villanamente calumnia, levantar nuestra voz para dar un solemne mentís á ese detractor de la honra de los valientes y leales mexicanos que no perdonaron esfuerzo ni sacrificio por sostener la causa que creyeron justa.

Desde antes de la publicacion del mencionado folleto, é invitado por algunos amigos á cuyos oídos llegaron rumores injuriosos á mi reputacion con motivo de la pérdida de Puebla, cuya plaza mandé como general en jefe, habíame propuesto escribir una manifestacion de mi conducta, relatando puntualmente los hechos que pasaron y apoyando todos mis asertos en documentos irrecusables. Desgraciadamente cuantas constancias pudiera apetecer se perdieron en el asalto de aquella ciudad; y esta circunstancia me habia hecho ir aplazando la realizacion de aquel propósito.

Mas hé aquí que el folleto de Salm aparece de improviso, folleto en que su traductor en esta capital no tuvo á bien poner siquiera algunas notas que rectificaran ciertos hechos, como el que se refiere á la supuesta traicion que me imputa aquel aventurero, asegurando que yo entregué la plaza de Puebla, con lo cual me infama villanamente y echa por tierra la gloria, que sea lo que fuere de nuestras causas y opiniones políticas, adquirió justamente el general D. Porfirio Diaz, tomando á viva fuerza la ciudad que tan heroicamente defendió la guarnicion imperial.

He tenido, pues, necesidad de rechazar el ultraje, decidiéndome á escribir algunas líneas en defensa de mi honor y aun antes de adquirir los mencionados documentos que sigo solicitando con empeño, para no autorizar con mi silencio los falsos asertos del arrogante príncipe de Salm Salm. No debo contar ya solamente con el testimonio de mi propia conciencia: otra voz mas sagrada, la de Dios mismo, me repite que cuide de mi buen nombre; y á reserva de publicar mas tarde los documentos relativos que vengan á mis manos, cedo hoy á la interpelacion que me dirigen mis dos apreciables amigos los Sres. D. Ignacio de la Peza y D. Agustin Pradillo en el interesante opúsculo que precede. En él han refutado ya victoriosamente esos dignos militares cuantas mentiras y calumnias ha propalado el aventurero Salm Salm respecto de los sucesos de Querétaro y México, que ni me son del todo conocidos ni entran en mi propósito. Me ocuparé por tanto de lo que atañe únicamente á mi persona y

á los sucesos mas importantes de Puebla, generalmente ignorados.

Notorias son para los habitantes de Puebla las circunstancias por que atravesaba aquella plaza en los momentos en que yo recibia el mando, como sucesor del general Cadena, que fué llamado á prestar sus servicios en esta capital de órden del general en jefe del segundo cuerpo de ejército. Seria inútil tambien recordar que ocupadas como estaban ya casi todas las poblaciones de aquel llamado entonces Departamento, y reducida la accion del gobierno á cuyo frente me encontraba, á la ciudad misma y unas cuantas de las localidades mas cercanas, ya en alarma por la proximidad de las fuerzas republicanas, los recursos de hombres y dinero con que yo pudiera contar eran de tan escasa consideracion, que se necesitaba en verdad un valor, una abnegacion y una lealtad probadas, para hacer frente á la difícil y espantosa situacion que apresuradamente se venia encima, y cuyos negros colores subieron de punto, no tanto por la huida de los franceses, cuanto por su traidora é in calificable conducta en los momentos de abandonar el territorio mexicano. He dicho que se necesitaban aquellas altas dotes para afrontar tan desesperada situacion, no porque tratándose al menos del valor haga yo del mio el pretensioso alarde que hace del suyo el príncipe de Salm; sino porque, aunque indigno de mandar aquella valiente guarnicion, para la cual sí reclamo la justicia de que se le reconozcan esas estimables cualidades, yo procuré por mi parte, cual lo he hecho siempre en mi

larga carrera de cincuenta años de servicios militares, cumplir con mi deber hasta donde me fué posible. Y tengo que consignar de paso, no por una ridícula vanidad, sino porque viene á mi propósito, que á pesar de las enfermedades que me agobiaban y con frecuencia me tenian casi imposibilitado en el lecho, no cesé ni un instante de atender á mis urgentes y penosas obligaciones, dictando cuantas medidas me sugirió la idea de salvar á todo trance la plaza cuya defensa se me confiaba, y aun de cooperar, como se hizo en aquellos momentos, á la formacion completa del segundo cuerpo de ejército, con un contingente considerable de hombres y no despreciable material de guerra. Fáltanme por desgracia esos documentos que acreditan con las firmas de mis superiores la verdad de lo que asiento; pero muchos de estos viven aún, y apelo á su testimonio como al de los referidos habitantes de Puebla.

Por aquellos dias, como se recordará, hubo otro incidente desfavorable y en cuyo pensamiento político no me ingiero, porque no soy como el atrevido Salm Salm, censor de oficio de actos que buenos ó malos en sí, al fin pasaron ya y demasiado caro costaron á sus infortunados autores. Refiérome á la rescision del contrato celebrado con los austriacos; y no porque ella privase á nuestro ejército de aquellos generalmente ineptos y cobardes soldados, que fueron mas de una vez la befa de las huestes republicanas, sino porque semejante medida llevaba la añadidura de dejar á aquellos extranjeros en libertad para irse á su país ó *tomar parte en el ejército, ofreciendo á los que quisieran prestar*

sus servicios, un ascenso de luego á luego. Esto engendró varios males gravísimos y que complicaron la situación; entre otros, la desorganización vandálica de aquellas tropas, que vendieron sus armas, municiones y equipos que tenían almacenados, la pérdida del punto de Tlaxcala, que abandonaron repentinamente antes de la hora en que debían ser relevados, y dejando municiones y artillería de campaña; la elevación repentina é inmerecida de muchos que fueron atraídos por el aliciente referido de los ascensos, y otras muchas calamidades que sería largo referir. Puebla era, pues, teatro de estas escenas desmoralizadoras, y tales eran los funestos precedentes de la situación que iba á seguir.

Juntábanse á éstos las exigencias de los franceses. No quiero hablar de su conducta respecto de varios presos que había en las cárceles, de las fuertes sumas de dinero que se hicieron pagar con varios pretextos, como el célebre de los alojamientos con que dejaron casi exhausto al erario, de atentados como los que cometían apropiándose cobros de fletes de diversas partidas de carros que supusieron tener contratados para conducir el material de guerra que habían mandado traer de Orizava; pero sí debo hacer gran mérito porque ello contribuye á poner de bulto lo desesperado de aquella situación, del impedimento que pusieron para que la ciudad siguiera fortificándose y poniéndose en estado de defensa en los momentos de su fuga para Veracruz. Y no solo entorpecían de esta suerte la acción de las fuerzas imperiales, sino que corrompían

con sus seducciones á los pocos extranjeros que se habían comprometido á sostener al Imperio, como sucedió con el comandante de ingenieros y el capitán Vander-Linden, que desertaron en los momentos de evacuar los franceses la referida plaza. Pero dejemos á estos y á la infamia con que se portaron, perjudicando en otra escala mas elevada la causa que habían venido á defender, y sobre lo cual queda á la historia el consignar los negros cargos que Bazaine, sea lo que fuere de nosotros y de nuestras contiendas, reporta sobre sí. El hecho es, por lo que á mí toca, que con tan contrarios y siniestros elementos contaba para defender en Puebla el Imperio que á gran prisa se iba desmoronando.

No debía parar aquí la pésima situación de la plaza. Evacuada que fué ésta por las referidas tropas, el general en jefe D. Leonardo Márquez desmembró la guarnición de aquella ciudad, quitándome el 15° batallón de línea, en cuya organización había yo puesto todo mi cuidado, y cuyos soldados, al mando del valiente y honrado coronel D. Juan C. Oronoz, merecían toda mi confianza y la inspiraban plena á la plaza que guarnecían. Mas no solo se sacó esa fuerza de Puebla, sino que se mandó salir con ella dos baterías de campaña con cuantos artilleros había en la plaza; dando con esto lugar á que en tan crítica situación, el enemigo, que por todas partes estaba en movimiento, se acercara sin obstáculo á la referida plaza, donde no quedaban mas que trescientos hombres de la guardia civil que se habían tomado de leva poco antes y no tenían instrucción alguna.

Consecuente, sin embargo, con mis compromisos de hombre de honor, y deseoso de cumplir con mis deberes hasta donde me fuera posible, ordené á las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que viniesen á cooperar á la defensa de Puebla. Y efectivamente, vinieron al mando de pundonorosos y valientes gefes, aunque muy disminuidas porque en su mayor parte habian desertado los soldados con armas y municiones. Semejantes esfuerzos de mi parte, lograron á duras penas hacer subir el total de la fuerza que debia defender la plaza, á dos mil infantes y quinientos caballos, sin que se contara con ninguna tropa de artillería.

Con esta fuerza, en que estaba incluso el 16° batallón de línea que puedo decir habia formado la víspera, tomando de leva en aquellas apremiantísimas circunstancias á cuantos hombres se podia haber á las manos, vimos comenzar las hostilidades el 6 de Marzo de 1867, dia en que se presentó el enemigo por el punto de Amozoc y por el de Cholula, al Oriente aquel y este al opuesto viento de la ciudad. En la tarde de ese dia he salido personalmente á rechazar al enemigo que se habia apoderado de la mencionada garita de Amozoc; y en la madrugada del siguiente se verificó lo mismo con los que ocuparon el pueblo de Cholula, cuya expedición encomendé al general D. Juan Calderon.

A consecuencia del citado comportamiento de los austriacos que guarnecian la ciudad de Tlaxcala, apoderáronse de aquellos lugares fuerzas considerables

que llamando constantemente la atención, impidieron atender á los que vinieron por Huamantla á las órdenes del general D. Ignacio Alatorre, y que espeditaron la marcha de las que por el rumbo de Acatlan vino acaudillando el general D. Porfirio Diaz.

La tormenta venia, pues, por todas partes: todo se conjuraba en contra de la causa que defendiamos, y estaba para sonar la hora en que finalizase el Imperio. Los unos con su mal disimulado júbilo, y los otros con la manifiesta ansiedad y desconsuelo que experimentaban, indicaban claramente cuál era la situación que nos rodeaba. En ella, sin embargo, cumplia á mi estricto deber no omitir ningun esfuerzo. Y la nación toda los vió entonces, como los vió con especialidad la plaza sitiada en forma y de la manera mas estrecha por las tropas republicanas de Oriente. Solo el aventurero Salm Salm, usando de su natural ligereza y de los falsos informes que le ministraron personas maliciosas ó que ni presenciaron siquiera los sucesos, se atreve á confundir éstos ó á adulterarlos y comentarlos de la manera indigna con que lo hace. Creo sin ser temerario, adivinar el motivo que tiene para ajar de esa suerte mi reputación, y adelante lo indicaré, para no interrumpir esta somera cuanto desaliñada narración.

Desde antes que el sitio se estableciera, y temeroso del éxito en vista de los miserables recursos con que yo contaba y las noticias cada dia mas alarmantes de los que tenia á su disposición el enemigo, no cesé de enviar al ministerio de la Guerra y al mismo general en jefe del segundo cuerpo de ejército, comunicaciones

que pintaban al vivo la situación de Puebla, é indicaban muy claro los sérios temores de que la plaza se perdiera, si un pronto y eficaz auxilio no nos era enviado para salvarla. A pesar de la incomunicación en que ya estábamos con esta capital, y del gran riesgo que corrían los correos enviados por mí, algunos de los cuales se me asegura que perdieron la vida, día por día y algunas veces hora por hora, estuve dirigiendo notas á mis superiores, cual correspondía á un hombre de buena fe á quien se destinaba á última hora para aceptar las responsabilidades de tan difícil situación, en las que pedí con instancias casi desesperadas se me atendiese oportunamente, agregando que la pérdida de Puebla arrastraría consigo al Imperio todo, pues conocida era la importancia de aquella plaza. A todo se me contestaba que me sostuviera á todo trance; y se me daban siempre esperanzas de auxilio, que no se realizaron.

Establecido el sitio, nuestra crítica situación se hizo mas y mas horrible. Las cosas se precipitaban de tal suerte, y tanto llegué á dudar del auxilio de México, que fiel al cumplimiento de mi deber, no tuve mas que dictar las disposiciones convenientes para la resistencia hasta morir, si no nos cabía la buena suerte de ser por fin ayudados exteriormente de algun modo. Se me dirá que no pensé en una salida para batir al enemigo. No dejó nunca de ocurrírseme ese pensamiento; pero cuantas combinaciones pudiera hacer, se estrellaban ante la imposibilidad de luchar con éxito con elementos de la clase que tenía; y como militar, tengo la con-

ciencia de haber llenado mi deber, no aventurando la causa que defendía al manifiesto peligro que se presentaba, desguarneciendo aunque fuera por unos momentos, la plaza de mi mando. ¿Cuál habría sido entonces mi responsabilidad?

Me concreté, pues, á organizar la defensa, como llevo dicho, y todos saben que rechazé algunas veces al enemigo, que de día en día estrechaba el cerco hasta ponerse frente á frente de una acera á otra del perímetro fortificado: fortificación improvisada, como lo fué todo lo de aquellos momentos, inclusa la proveeduría de municiones de boca y guerra que establecí con la violencia que demandaba el caso, y ya bajo los fuegos del enemigo. No quiero hablar de las enormes dificultades con que luché para sacar recursos pecuniarios: al leer las anteriores líneas creo que todos se habrán formado cabal idea de las penas que nos rodeaban, y de las medidas mas ó menos enérgicas que he debido desplegar, para no sucumbir, como no sucumbí en efecto, en los veinticinco días que se prolongó el sitio. Tampoco detallaré todos y cada uno de sus episodios: no es por hoy esta mi tarea. Baste saber que la valiente guarnición que yo mandaba, á los muy pocos días de comenzar el sitio estaba disminuida de tal suerte con la desertión y los terribles efectos de la guerra, que toda la infantería destinada á la reserva, había sido empleada en las trincheras, desmontada también y empleada en ellas la caballería, y por último, se les habían quitado los grillos á muchos presidiarios para que sirvieran la artillería. El 19 de Marzo habían sido heridos

gravemente los generales Calderon y Prieto, y habia muerto el coronel de la guardia civil.

Desde este momento la guarnicion comenzó á tener mayores y mas considerables bajas con armas y municiones, sin que hubiese con que reemplazarlas. Hubo ademas necesidad de separar de los puntos á los oficiales extranjeros que no solo no eran comprendidos por la tropa á causa de no hablar su mismo idioma, sino que por su ineptitud y por el mal trato que daban á los soldados, se habian hecho el objeto de su animadversion, de manera, que esas bajas tuvieron que cubrirse con paisanos que se presentaron á servir por opinion y á quienes se dieron nombramientos provisionales, destinando á los otros al depósito por su inutilidad.

Resentidos estos como quedaron, no es extraño que hayan difundido las especies que el ligero príncipe de Salm Salm acojió sin exámen y hace valer para calumniarme, lo mismo que á otros generales y gefes mas dignos y ameritados que yo, y á cuyas órdenes han venido á militar en México esos hijos del Danubio y de las llanuras de Flandes, esos arrogantes y denodados campeones, que con todo y sus talentos y bizarría, no habrian hecho en Puebla ni en ninguna parte los esfuerzos que hicimos los gefes mexicanos al frente de la situacion á que me vengo refiriendo.

Y ya que á mi pesar me veo obligado á hablar de esos innobles resentimientos, indicaré otro de los motivos que tengo la firme conviccion de que indujo al expresado Salm á vengarse de mi persona en los tér-

minos que lo hace. Ya en los dias que se estableció el sitio de Puebla, se me presentó en aquella ciudad la conocida y no menos romancesca esposa del autor del impreso de que me ocupo, pretendiendo se le entregara una suma considerable de dinero, que si mi memoria no me es infiel, ascendia á ochenta mil pesos. Un simple papelito que se suponía ser del encargado del ministerio de Hacienda, era la carta-órden que llevaba dicha señora para recibir nada menos que esa cantidad, fabulosa para aquellos aciagos dias. Supuesto lo que he manifestado respecto de los recursos con que contábamos, y cuando en vez de poderlos ministrar, los pediamos á México con instancia, se comprenderá fácilmente si yo estaria dispuesto á obsequiar los vivos deseos de la señora Salm. Pero aun cuando me hubiera sido posible hacerlo así, ¿pensó acaso dicha señora que yo era tan imbécil ó candoroso que desde luego mandase entregar la suma, cubriendo mi responsabilidad con un papelito insignificante y dirigido al administrador de aquella aduana? Dejo los comentarios de este hecho á la consideracion de mis lectores, y dejo tambien los de la conducta de esos *nobles* príncipes, especialmente del caballero escritor, que al recuerdo sin duda de la justa repulsa que en mi honradez y firmeza encontraron las pretensiones de su consorte, inflamado en cólera, ha querido valerse de la ocasion de hablar de Puebla para vengarse de mí, atribuyéndome su pérdida.

Y no me la atribuye como quiera, sino que expone que una negra traicion mia puso la plaza en poder del

vencedor. ¡Mentira infame, calumnia atroz que rechazó ante mis compatriotas y ante el mundo! Porque además de que cuento con el testimonio de una conciencia limpia y con el de todos mis antiguos y honrados camaradas que conocen mi modo de pensar y en todas épocas han visto mis esfuerzos, mi lealtad y mis sacrificios, la Nación Mexicana y el mundo entero saben ya á qué atenerse respecto de la toma de Puebla, puesto que, amigos y enemigos, imperialistas y republicanos, han venido á fijar la opinion pública con documentos irrecusables.

Hablando el general D. Faustino Vazquez Aldana de los últimos sucesos de Puebla en un comunicado que ha visto la luz pública en algunos diarios de esta capital; y en que al propio tiempo que trata de vindicar al general D. Porfirio Diaz del cargo que se le hacia por los fusilamientos que tuvieron lugar entonces, pretende realzar su gloria por el asalto que dirigió, asienta estas palabras que bastarian por sí solas á vindicarme, preferidas como han sido por el gefe de Estado Mayor del ejército republicano de Oriente.

"No pasaron de 18 (las ejecuciones) dice, llevadas á cabo en el calor del combate al romper la linea atrincherada de la plaza, cuando el enemigo aun se batia enérgicamente en los puntos mas fuertes, y no era posible poner á los prisioneros en lugar seguro."

"El ASALTO de Puebla del 2 de Abril de 1867 es una de las páginas mas gloriosas y que no tiene precedente en nuestra historia militar. La fuerza republicana, inferior en número, disciplina, armas y municiones, (esto no es

cierto) tenia que asaltar y asaltó posiciones perfectamente atrincheradas y artilladas, defendidas con todas las ventajas y realmente con valor y energía. La operacion fué peligrosa y no podia creerse consumada, sino con la rendicion completa de todos los fuertes en que se apoyaba el enemigo."

Tambien ha venido felizmente en mi apoyo en estos dias el folleto que acaba de publicar en Nueva York el entonces general en gefe del 2º cuerpo del ejército, D. Leonardo Márquez, en que trata de refutar el que bajo el título de "Ultimas horas del Imperio" escribió en Paris el general D. Manuel R. Arellano. Tengo por providencial el hallazgo de ese cuaderno, en que á la página 97 se encuentra el siguiente documento que confirma la verdad de cuanto llevo dicho, que pinta nuestra situacion en Puebla y que mas que todo prueba con los demas sucesos que siguieron, que lejos de tener yo culpa alguna en la pérdida de la plaza, cumplí con mi deber avisando oportunamente el estado que guardaba á quien me habia prometido, y podia y debia auxiliarme, para evitar el mal que ya por mí solo no podia remediar. Ese notable documento dice así:

"Ministerio de guerra y marina.—México, Marzo 26 de 1867.—Exmo. Sr.—El Sr. general Noriega desde Puebla y con fecha 22 del que cursa, me dice lo que sigue:—"Exmo. Sr.—Ayer tuve la honra de dirigir á V. E. la siguiente comunicacion:—"A mi comunicacion fechada y cerrada ayer, tengo hoy la honra de agregar á V. E. que se solemnizaron debidamente las prósperas noticias que se sirve comunicarme del interior. El

enemigo progresa en sus avances por horadaciones en toda la circunferencia de mi línea, y hoy tuvo que ceder el punto avanzado de la Merced la tropa que lo defendía, lo que puede auxiliarnos á los defensores del centro de la plaza de las dos fortalezas; ya sabe V. E. que tengo dos generales heridos, muerto el gefe de uno de los dos únicos batallones de esta guarnicion, que mi escasez de gefes, oficiales y todo recurso de defensa es apremiante, pues no es hoy Puebla la del año de 1856: su poblacion es hostil é indiferente; me son indispensables diez mil pesos girados contra Veracruz, y aun mis municiones á lo mas me alcanzarán para seis días: es absolutamente importante el violento refuerzo que V. E. me promete. Dios guarde á V. E. muchos años." "Hoy debo agregar á V. E. que anoche incendió el enemigo una manzana, habiéndose consumido completamente el teatro que en ella estaba construido; sigue su movimiento de circunvalacion y con constancia sus trabajos de horadacion: despues de cuatro dias de rotos los fuegos ni un solo peso tengo ni puedo conseguirlo; mis recursos todos de elementos terminan, y mi situacion es desesperada. V. E. se dignará atenderme; tambien tengo la honra de acompañar á V. E. una de mis comunicaciones del 19, que devolvió el correo empleado, manifestando no haberle sido posible continuar su camino.—Dios guarde á V. E. muchos años, etc.—El general en gefe, *Manuel Noriega*.—E. Sr. ministro de la Guerra."—"Y tengo la honra de trasladarlo á V. E., á fin de que como gefe del Estado Mayor general y del 2º cuerpo de ejército, tenga co-

nocimiento de lo que en Puebla pasa y pueda providenciar aquello que tan críticas circunstancias requieren y sea posible.—Protesto á V. E. las seguridades de mi distinguida consideracion.—El ministro de la Guerra, *Portilla*.—Exmo. Sr. general D. Leonardo Márquez, gefe de Estado Mayor del ejército.—Presente."

Tampoco debo hacer del documento que precede comentario alguno, ni mucho menos pretender investigar aquí las causas que impulsaron al general Márquez en el sentido que todos saben. El hecho es que no se me auxilió oportunamente y que las cosas se desenlazaron de la manera natural y lógica que todos habiamos previsto. Por lo demas, el mismo Sr. Márquez (de quien advertiré de paso, aseguraron algunas personas maliciosas ó mal informadas que cuando supo la pérdida de Puebla, se expresó en términos desfavorables á mi conducta, añadiendo, segun me decian, que trataba de formarme causa si triunfaba el Imperio), hace en su citado folleto la mas cumplida vindicacion mia en estas brevísimas palabras que desmienten aquellas aserciones y que llenarian de orgullo á la persona mas modesta: "El 11 de Abril de 1867, dice, Puebla habia sucumbido despues de una *defensa* heróica y *prolongada*: las mejores tropas de la guarnicion de México que habian salido en auxilio de Puebla, volvian á la capital en el estado triste que antes he dicho, &c. &c."

Véase como mis correligionarios y enemigos de aquella época juzgaron de mi conducta, sin que nadie se hubiera atrevido á manchar mi reputacion, hasta que plugo hacerlo al calumniador y vengativo Salm Salm.

¿Y qué motivos tenia para traicionar, quien no ha desmentido durante su larga carrera una lealtad y honradez profundas, ya que el cielo no se ha dignado otorgarle otras dotes estimables reservadas solo á los génius militares? ¿Qué tentadores alicientes, qué perspectiva seductora tenia delante de los ojos para cambiar repentinamente los sentimientos de mi corazon y convertirme á mi avanzada edad en un criminal y vil traidor, que arrastrase por el fango mi nombre y las honrosas divisas de general, que llevo ha 30 años? El terror de la situacion no era desde luego el que impulsaba á cometer tal infamia á quien, no obstante lo espantoso y desesperado de aquella, cumplió con su deber hasta los honrosos términos en que se expresan amigos y enemigos, testigos presenciales y no de oidas como el aventurero Salm. Sin abrigar la presuncion de que se me tenga por valiente, pero sí con la idea de que se me haga la justicia de creer que siempre cumpló con mis obligaciones, aun en medio de los mas graves peligros, me permitiré recordar que cuando en los dias mas aciagos de Puebla, mis enfermedades se exacerbaron hasta el grado de que el Sr. Dr. D. José Justo Jofre me prohibió tomar parte en las fatigas del empleo, porque mi existencia estaba sériamente amenazada por los referidos males; y cuando, auxiliados por aquella casualidad, algunos descontentos é intrigantes querian hacerla valer á mis propios ojos para que me separase voluntariamente del mando, resignándolo en la persona de mi digno compañero é infortunado amigo el general D. Febronio Quija-

no (sacrificado el dia del asalto) yo rechacé indignado aquellas sugestiones ofensivas á mi honor y que vulneraban la disciplina, me sobrepuse á mis dolencias y hasta me pareció que cobraba nuevo vigor y mas energia á la sola idea de que algun dia se me echase en cara un acto de cobardía, en circunstancias en que la causa encargada á mi defensa estaba mas amenazada de muerte que su mismo defensor.

Y en cuanto al triste fruto que pudiera sacar de esa supuesta traicion, puesto que nadie es arrastrado á la maldad sin que un interes de cualquiera género le impulse, ¿dónde se hallaba, quién me lo prometia, por qué no disfruto hoy, si esto se llama disfrutar, de las ventajas que semejante crimen debió haberme producido? Se necesita estar destituido de razon, ó ser tan ligero como Salm, para exponer que el general en jefe de las fuerzas republicanas de Oriente no comprendiese una de dos cosas: ó que la guarnicion de Puebla en el estado en que se hallaba y sin recibir oportunamente el auxilio de México, tenia que sucumbir en breve, en cuyo caso era no solo inútil sino perjudicial á la gloria militar del Sr. Diaz, el valerse del indigno medio que refiere Salm; ó que, si el referido auxilio llegaba oportunamente, no quedaba al sitiador otro recurso, supuesta nuestra decision, corroborada por la esperanza de ese pronto auxilio de cuya idea ya teniamos noticia, que, cerciorarse de su proximidad para decidir entonces el levantamiento rápido del campo, no sin hacer antes la postrera y mas desesperada tentativa por apoderarse de la ciudad. Y esto último

es lo que se ha hecho, en los momentos mismos en que se veía claramente que era imposible seducir á la guarnicion de Puebla, que con repiques á vuelo y otras muchas demostraciones de regocijo acababa de celebrar la noticia de la aproximacion del refuerzo, y por consiguiente la moral de la tropa se habia reanimado considerablemente.

Se necesita tambien no tener sentido comun para suponer que yo en aquellos momentos en que ya casi soñaba con el triunfo, cambiase repentinamente de ideas y me dejase llevar por el viento de la ambicion de los honores, (suponiendo que despues de tal infamia yo pudiera ser honrado), por la sed del oro ó por cualquiera otro motivo igualmente innoble.

Nadie me lo propuso en verdad: pero si así hubiera sucedido, habria tenido la dignidad que tuve, por ejemplo, en la época del Sr. presidente Comonfort, que me ofreció el mando de una division para ir á atacar á esa misma ciudad de Puebla, en que una parte del ejército se habia pronunciado contra el gobierno de dicho señor, y habria rehusado como rehusé entonces las ventajas de tan elevado empleo, prefiriendo á todos los honores adquiridos por ese medio la honrosa contestacion que me dió aquel presidente y cuyos términos no refiero porque no se me arguya de vanidad.

Se comprenderá, por otra parte, que quien así piensa menos dejaria ganarse por dinero. ¿Y en dónde está éste, puesto que me fué ofrecido y yo lo acepté en pago de mi traicion? Faltaria á mi propósito y haria inacabables estas líneas, si, como dije al principio, me

pusiera á relatar la historia de los sufrimientos, lágrimas y desventuras de mi familia, no menos que las penalidades que yo he sufrido, y la constante y dura pero honrosa pobreza en que me hallo desde la época que nos ocupa. ¿Y cómo, pues, si he debido recibir ese oro, me rodeó desde entonces tal situacion? No quedan así por cierto los miserables que cometen el crimen de que el infame Salm me supone autor.

Pronto olvidó asimismo éste que al quedar yo tambien prisionero con un puñado de gefes, oficiales y tropa en los cerros de Loreto y Guadalupe, iba á correr como muchos otros de mis desgraciados compañeros, la triste suerte de ser pasado por las armas: me he hallado, pues, á punto de sellar con mi sangre la causa de mi lealtad, cual otros, cuya tierna memoria guardo, lo efectuaron. Mas repentinamente el general Diaz, á quien me complazco en tributar por medio de estas líneas el voto mas sincero de mi gratitud, usó de la clemencia que todo el mundo conoce y merced á la cual no subimos al cadalso. ¿Pretenderá acaso el príncipe de Salm fundar mi supuesto crimen en ese rasgo generoso que nos salvó la vida? Pero entonces, habria en el mundo tantos de esos supuestos criminales, cuantos en el seno de las naciones civilizadas han sido objeto de la generosidad de los vencedores; y en tal caso, el mismo príncipe de Salm, que pudo haber sido fusilado en Querétaro y no lo fué, es del número de esos soldados que porque no han muerto en la contienda ni en el patíbulo, son traidores á su causa, segun la esquisita lógica de ese famoso cronista del Imperio.

He concluido por ahora mi tarea. ¡Ojalá que no hubiese tenido necesidad de emprenderla y que tampoco me fuera preciso ocupar todavía en otra ocasion la atencion pública! Pero ante las exigencias del honor ultrajado, ceden todas aquellas consideraciones que hacen de ordinario callar á los hombres que están convencidos como yo, de que no todos caminan en la sociedad por un mismo sendero, tratando de seguir el destino que les marca la Providencia. Quiere esto decir, que mis compatriotas no vean en estas líneas el deseo de figurar como escritor, á vuelta de la satisfaccion que me causa el vindicarme como lo hago. ¡Sí, me causa satisfaccion! y ésta se centuplica cuando considero que formando esta pequeña defensa de mi persona, á continuacion de la muy juiciosa y razonada de los Sres. Peza y Pradillo, presto mi débil cooperacion á la defensa misma de mi patria, tan calumniada por algunos ingratos extranjeros en las personas de muchos estimables y dignos hijos suyos, á quienes la historia hará justicia algun dia, cuando la mano del tiempo haya borrado las huellas de las pasiones.

México, Diciembre 31 de 1869.

Manuel Noriega.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	PAGINAS.
A NUESTROS LECTORES.....	5

I.

Origen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano, debian consultarse para escribir la Historia del Imperio en México.—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados-Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon

He concluido por ahora mi tarea. ¡Ojalá que no hubiese tenido necesidad de emprenderla y que tampoco me fuera preciso ocupar todavía en otra ocasion la atencion pública! Pero ante las exigencias del honor ultrajado, ceden todas aquellas consideraciones que hacen de ordinario callar á los hombres que están convencidos como yo, de que no todos caminan en la sociedad por un mismo sendero, tratando de seguir el destino que les marca la Providencia. Quiere esto decir, que mis compatriotas no vean en estas líneas el deseo de figurar como escritor, á vuelta de la satisfaccion que me causa el vindicarme como lo hago. ¡Sí, me causa satisfaccion! y ésta se centuplica cuando considero que formando esta pequeña defensa de mi persona, á continuacion de la muy juiciosa y razonada de los Sres. Peza y Pradillo, presto mi débil cooperacion á la defensa misma de mi patria, tan calumniada por algunos ingratos extranjeros en las personas de muchos estimables y dignos hijos suyos, á quienes la historia hará justicia algun dia, cuando la mano del tiempo haya borrado las huellas de las pasiones.

México, Diciembre 31 de 1869.

Manuel Noriega.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	PAGINAS.
A NUESTROS LECTORES.....	5

I.

Origen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano, debian consultarse para escribir la Historia del Imperio en México.
—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados-Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.
—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon

no engañan al Emperador para obligarlo á permanecer en el país.—Primeras disposiciones del Emperador para la organizacion del ejército.—Marcha del general Miramon al interior.—Toma de Zacatecas.—Derrota del general Liceaga.—Accion de San Jácinto.—Derrota de la caballería republicana en los campos de la Quemada.—Derrota de Carbajal en Querétaro.—Razones que obligan al Emperador á ponerse á la cabeza del ejército.—Marcha á Querétaro.—Salm en la cuesta de Pajaritos

II.

Concentraci6n de las tropas del general Mendez á Querétaro.—Organizaci6n del ejército.—Opinion de Salm sobre la caballería mexicana.—Mexicanos condecorados con la cruz de la Legion de Honor.—Formaci6n del ejército la madrugada del 6 de Marzo, para esperar al enemigo.—Reconocimiento de las posiciones enemigas de San Pablo y garita de San Miguel.—Salm nombrado coronel del batall6n de Cazadores.—Las tropas republicanas intentan asaltar la plaza el 14 de Marzo, y son rechazadas.—Los generales Casanova, Escobar, Herrera y Lozada y Calvo, son separados del mando.—Ideas emitidas por el general Miramon en la junta de guerra del 20 de Marzo.....

24

III.

Salida sobre la hacienda de San Juanico, el 22 de Marzo.
—Accion del 24 del mismo..... 41

IV.

Salm envidiado por todos á causa de las distinciones del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre las posiciones enemigas de S. Gregorio, el 1.º de Abril.—Salm, responsable del éxito de esta accion, esquivaba el duelo que le propone el teniente coronel Sosa.—Queja de los Cazadores.—Salida del 12 de Abril sobre la garita de México.—Comportamiento de Salm en este hecho de armas.—Salm, responsable tambien del mal éxito de la salida del 17 del mismo mes.—Carta de Ramirez y Adame al general Mejía.—Manera de combatir de la caballería mexicana, segun Salm.—Batalla del 27 de Abril en las posiciones enemigas del "Cimatario"..... 51

V.

Salida del 1.º de Mayo sobre la hacienda de Calleja y garita de México.—Ultima salida de las tropas

imperiales sobre San Gregorio la mañana del 3 de Mayo.—Ocupacion de la plaza de Querétaro el 15 del mismo mes, demostrada por los gefes prisioneros en la cárcel de Morelia, en su opúsculo titulado: "Refutacion al folleto publicado por Miguel López, etc."..... 69

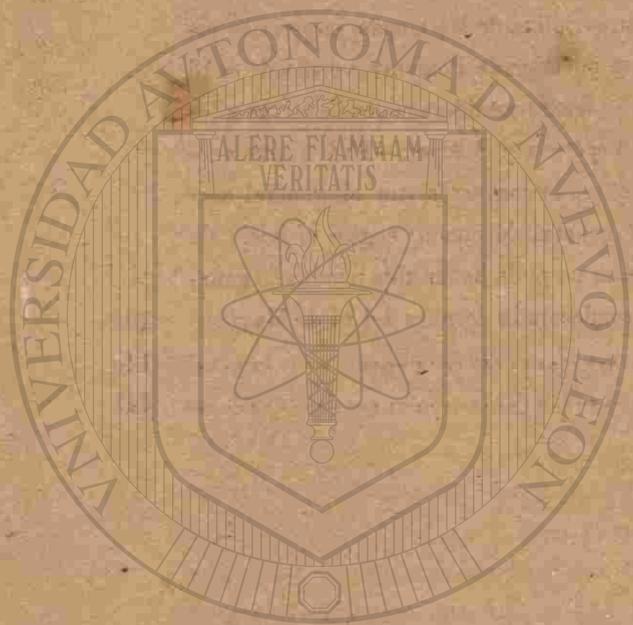
VI.

El general Márquez llega á México procedente de Querétaro.—Últimas palabras del Emperador al general Márquez.—Salida de la division Márquez en auxilio de Puebla.—Combates en la hacienda de San Diego del Notario y otros puntos.—Derrota de las tropas imperiales en San Lorenzo.—El general Márquez abandona el resto de sus tropas, y se presenta en México.—El coronel Arrieta reúne la mayor parte de las tropas derrotadas y las conduce á la capital.—Breves reflexiones sobre la derrota de las tropas del general Márquez y la difícil situacion en que, como consecuencia de esa derrota, quedaban las plazas de México y Querétaro.—Algo respecto de las tropas extranjeras que formaban parte de la guarnicion de México.—El general Noriega acusado por Salm de haber traicionado en Puebla.—Los soldados europeos traicionando realmente en México.—

Cantidades ministradas á las tropas austriacas en el mes de Junio.—Nota relativa á la persona del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre la línea enemiga de Poniente, verificada el 12 de Mayo.—Ligeras consideraciones relativas á los sitios de Querétaro y México.—Las tropas austriacas celebrando convenios con el general enemigo.—El general Miramon, segun el juicio de Salm.—Salm no pudo haber sido nombrado general ni ser condecorado despues del 14 de Mayo... 109

Conclusion..... 145

Apéndice..... 147



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

APUNTES BIOGRÁFICOS

Del señor general de Brigada

D. JOAQUÍN MIRAMÓN,

ASESINADO POR LOS FUERISTAS,

EN LA HACIENDA DE TEPETATES,

El día 6 de Febrero de 1867.



ESCRITOS POR EL CORONEL

MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO,

COMANDANTE GENERAL DE ARTILLERÍA DEL EJÉRCITO
MEXICANO.

QUERÉTARO:—1867.

Tip. de Mariano Rodríguez Velázquez,
Calle de los Locutorios n. 6.

AL E. SR. GENERAL DE DIVISION

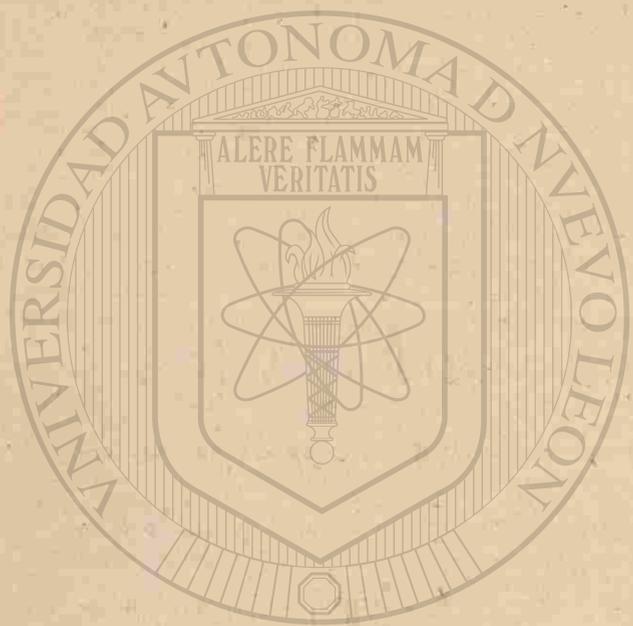
D. MIGUEL MIRAMON,

En Jefe del Cuerpo de Ejército de Infantería, como un testimonio de amistad, y del mas profundo sentimiento, dedico estos apuntes biográficos, su muy adicto subordinado y respetuoso amigo.

Manuel Ramirez de Arellano.

MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Circumderunt me undique, & non erat qui adjuvaret. Respiciens eram ad adiutorium hominum, & non erat.

Memoratus sum misericordiam tuam Domine, & operationis tue, quae à faeculo sunt.

Cercáronme por todas partes y no había quien me prestase socorro: volvía los ojos en busca del amparo de los hombres, pero tal amparo no parecía.

Acórdeme, oh Señor, de tu misericordia y de tu modo de obrar desde el principio del mundo.

Ecl. cap. LI. vv. 10. y 11.

En las sociedades que recorren la senda de las desgracias públicas, antes de constituirse definitivamente, las revoluciones dejan tras sí una huella de sangre y de lágrimas, que tarda largo tiempo en desaparecer á la vista de los contemporáneos, y que horroriza á las generaciones futuras cuando la contemplan á través del prisma de la historia.

Jamás las conmociones populares dejan de infestarse de grandes crímenes, que vienen á ser como uno de sus rasgos fisonómicos: despues de las batallas hay que contar los cadáveres, y á veces las víctimas inmoladas por el puñal del asesino.

La revolución inglesa y los sangrientos días de la convención francesa y del comité de salud pública, ofrecen elocuentes y provechosas enseñanzas de todo lo que es capaz el corazón humano, cuando se abandona á la depravación que origina en el hombre el desbordamiento de sus malas pasiones.

Hay, no obstante, algo más grave que todo eso; algo que no escusa ni el fanatismo político, y que se resiste la pluma á describirlo, en fuerza de la tortura que causa al pensamiento descender á la narración de las acciones que deshonran á toda la especie, y que serían reprimidas severamente aun en los mismos aduares de las tribus bárbaras.

En nombre de la libertad clavó Bruto su puñal en el corazón de César: despues de 1.900 años la conciencia universal lanza todavía un anatema de supremo horror sobre el asesino que hundió á Roma en los excesos de la guerra civil, y que hizo posible los reinados de Neron y de Calígula.

Los grandes principios político-sociales, que, como de un foco luminoso irradian por todo el mundo con la revolución francesa, no bastan para que los hombres de corazón bien puesto sancionen los sangrientos medios que pusieron en planta, para llegar á sus fines, los factores de una de las conmociones sociales que han agitado más seriamente á la humanidad.

Sobre la antigua gloria militar de ese pueblo, y al lado del patriotismo, que hizo fuertes á los ejércitos improvisados de la república para rechazar los simultáneos ataques de toda la Europa coligada, descuella la guillotina, roja de sangre, ó aparecen también las tristes y desgarradoras escenas de Lion, reproducidos día por día de aquella época en todo el territorio de la Francia.

Nuestra patria infortunada es de tiempo atrás, el teatro de una lucha fratricida, que debiendo su origen á las encontradas opiniones de los partidos políticos, ha de

generado en una cuestion que importa ya la existencia ó la muerte de esta fatigada sociedad. Los Juaristas que al grito de libertad se abandonan á los excesos mas vergonzosos, no tienen de comun con los republicanos que llevaron al cadalso al Libertador de México, sino la ejecucion del crimen. Por lo demás, estos obraban al impulso de halagüeñas teorías de gobierno, mientras que aquellos solo ceden á los instintos del pillaje y del asesinato, que sella todos sus actos.

Al largo martirologio de la causa nacional, en donde figuran los queridos nombres de Manero, Blancarte y Robles, el desastre de San Francisco de los Adames ha venido á añadir los de nuevas victimas, sacrificadas por una demagogia desenfrenada, que cubre con un velo fúnebre el territorio mejicano.

Después de esa fatal jornada, los verdaderos traidores; los que trafican con la independencia nacional, levantaron una hecatombe á la estatua del libertionje: tristes efectos de una sangrienta bacanal originada por el despacho que causó á los juaristas la victoria de nuestras tropas en la hacienda de la Quemada. ¡¡¡Ciento cincuenta y nueve prisioneros de nacionalidad estrangera fueron fusilados a consecuencia de esta derrota de las falanjes liberticidas!!!

Entre esas victimas ocupa el lugar mas prominente el jóven general D. Joaquin Miramon arrebatado á su patria, al Ejército y á su familia, por una horda de salvajes asesinos, que violando las leyes de la guerra y los fueros de la humanidad, le fusilaron en la hacienda de Tepetates el dia 8 de Febrero, á pesar de tener dos heridas en su cuerpo.

Consagrar á la cara memoria de este amigo queridísimo un recuerdo de nuestra íntima amistad, y marcar á sus asesinos con el estigma del desprecio universal, es el doble objeto que llevamos al escribir estos apuntes biográficos, última y sincera muestra de un profundo afecto, al mismo tiempo que franca expresion de nuestras mas firmes convicciones.

Joaquin Miramon, tercer hijo del Sr. General D. Bernardo, y de la Señora Doña Carmen Tarelo, era oriundo de la Ciudad de Puebla del Departamento del mismo nombre: nació en 1827. é hizo su educacion primaria en México, á donde se trasladó su familia, á consecuencia de los frecuentes cambios de residencia que sufría el Sr. su padre como militar.

Luego que el jóven Miramon estuvo capaz de elegir una carrera, se decidió por la de las armas, que tantos atractivos tiene para todos los que no han sufrido los grandes y tristes desengaños que le son peculiares. Además, Joaquin hacia su entrada al Colegio Militar en 1842, época en que la revolucion aun no desmoralizaba por completo nuestras instituciones militares. Todavía no daba la demagogia al mundo, el vergonzoso espectáculo de ceñir á los foragidos, como Carbajal, ni á los mozos de cuadra, como Aureliano, las fajas que son el distintivo de las altas clases de la milicia.

Nuestro jóven alumno mereció en el mismo año de 1842 la divisa de Alférez de caballería, siendo destinado á la compañía del presidio del Altar, del Departamento de Sonora y Sinaloa.

Una vez incorporado á su compañía hizo la guerra á los bárbaros y sublevados de aquellas lejanas provincias, por espacio de dos años: en esta primera campaña, el novel oficial estuvo á las órdenes del Sr. general D. José Urrea, quien constantemente le prodigó elogios por su conducta civil y militar, llena de acciones dignas de recompensa.

La gran República del continente decidió en 1846 traer á Méjico una guerra injustísima de usurpacion ó de conquista: Joaquin Miramon fué colocado entonces

en el tercer Regimiento de Caballería y con él concurrió á la defensa de la plaza de Monterey, donde su comportamiento fué tan digno, que el general D. José García-Conde hizo de él entre otros elogios, el de haber dado muerte con su espada á dos yankees, cada uno de los cuales, dijo el general, tenia el duplo de la estatura de Miramon: esta recomendacion le valió el ascenso á Teniente.

Perdida Monterey nuestras tropas se retiraron á S. Luis Potosí: breve tiempo después el ejército mejicano daba la gloriosa batalla de la Angostura y Buenavista, ganada á las tropas americanas, del mando del general Taylor, por el valor y el sufrimiento de nuestros soldados: allí, como siempre, Joaquin se distinguió y obtuvo por recompensa la mencion honorífica en la órden de su cuerpo, y en la general del dia, así como el grado de Capitan.

Los azares de aquella guerra no ménos funesta que inopinada, hicieron que el Gobierno mejicano conservara en nuestra frontera del Norte una division benemérita, á las órdenes del E. S. general D. Gabriel Valencia.

Tocó al 3.º de Caballería formar parte de esa aguerrida Division cuyo valor y constancia llegaron á ser proverbiales: nuevos desastres de las armas mexicanas, sufridos en el Norte, y los triunfos del general Scot en Veracruz y en las gargantas de la cordillera, obligaron á nuestro ejército á concentrarse en el Valle de México, donde midió sus armas repetidas veces con la soldadesca de los usurpodores.

Padierna fué el punto en que la antigua y bizarra Division del Norte sucumbió luchando contra el afortunado invasor: allí Joaquin Miramon combatió con honor; pudo contarse entre los últimos que emprendieron la retirada, y salvó parte de su Regimiento.

A pesar de nuestras inmensas y repetidas catástrofes el ejército continuó sosteniendo la guerra con desusado vigor: á la derrota de Padierna siguieron la heroica defensa de Churubusco; las acciones del 8 y el 11 de Setiembre, el bombardeo del 12 sobre Chapultepec, el asalto del mismo punto del dia 13, y el inmediato ataque á la Capital. A esta serie de funciones de guerra, verdadera expresion del sentimiento nacional, asistió el jóven Joaquin Miramon, y en todas ellas se portó como buen mexicano y como soldado valeroso.

Debemos hacer especial mencion de su conducta en la tarde del 11 de Setiembre de 1847: habiéndole tocado cargar sobre las baterías que establecia en aquellos momentos el enemigo, en las lomas del Molino del Rey, aunchilló personalmente á varios artilleros americanos: á esta conducta honorífica debió su merecido ascenso á Capitan.

La fuacion de armas del 11 de Setiembre, fué la vez en que Joaquin dió una prueba palpable de la nobleza de su corazon: el Capitan Martinez, que mandaba la pequeña columna que dió la carga á la artillería americana, cayó muerto sobre el campo de batalla, y el jóven Miramon no se retiró sino después de haber recogido el cadaver de su bravo Comandante.

Cuando el ejército de los Estados Unidos tomó la capital de México, Miramon fué hecho prisionero de guerra: en tal estado permaneció hasta que el bando moderado celebró la paz con nuestros enemigos, vendiéndoles en una escudilla de lentejas la mitad del territorio nacional, defendido tenazmente por nuestros sufridos soldados.

Acababa Joaquin de quedar en absoluta libertad cuando contrajo matrimonio, en 1848, con la jóven y bella señorita Concepcion Iglesias. De este enlace no queda mas sucesion que la niña Soledad Miramon. Así, pues, entre los corazones heridos cruelmente al asesinar á Joaquin, ocupan el primer lugar una desdichada esposa y una hija pura é inocente, condenadas por las falanjes de los plagiarios y de los mero-

deadores, aquella á una tristísima viudez y ésta á una injusta y penosa orfandad: las lágrimas de ámbas, caerán como dardos de fuego sobre la cabeza de los asesinos que en su impotente despecho creen licito fusilar en las tinieblas de la noche, á un general que tenia dos heridas en su cuerpo.

Siendo Joaquin un oficial de campaña, pronto volvió á la frontera del Norte. Esta segunda vez estuvo á las órdenes del E. Sr. general D. Adrian Woll: al lado de tan ameritado servidor de México, monumento viviente de las glorias del denodado Mina, le sorprendió la guerra civil, que iniciada en Ayutla en 1854 alcanza hasta el presente.

Miramón no tuvo durante ella otra divisa, que la de ejército, religión é independencia. En el Norte principió á combatir á la demagogia, y por sus servicios recibió desde luego el empleo de Comandante de Escuadrón.

Triunfante la revuelta del Sur y acabando ésta de escalar el mando Supremo, la invicta Puebla sirvió de cuna en 1855 al glorioso movimiento nacional, que despues de largas vicisitudes lanzó de las regiones del poder á los corifeos de la revolucion socialista. Joaquin Miramón fué de los primeros en acudir á filiarse entre los defensores de la causa nacional.

La loma de Montero y el Cerro de San Francisco Ocotlan sirvieron el día 8 de Marzo de 1856 de teatro á una de las mas heroicas batallas que se han dado en nuestro pais. Joaquin, como de costumbre, se distinguió al conquistar el ejército en esa memorable ocasion una de sus mas bellas glorias, y obtuvo el empleo de Teniente Coronel.

Circunstancias igualmente difíciles que invencibles estrecharon á los vencedores de Ocotlan á volver á ocupar el perimetro fortificado de la plaza de Puebla. Como fort la envistió bruscamente con numerosas fuerzas el día 10 del mismo Marzo y Joaquin, con un puñado de valientes, resistió por largo tiempo en la garita de Cholula, que defendia, el ataque de 5 ó 6.000 hombres que siguieron al presidente en este flanqueamiento del cerro de S. Juan.

La revolucion que invocaba la causa nacional y que habia pasado por la dura prueba de una serie de vicisitudes, vino á sentar sus reales en la Ciudadela de México, desafiando el poder y la fuerza de la entronizada demagogia, que dominaba en todo el pais.

Acababa de ser proclamado el plan de Tacubaya el 17 de Diciembre de 1857, cuando Joaquin Miramón se adhirió á los defensores de la buena causa de México. Un asalto atrevido y peligroso sobre el Hospicio y la ex-Acordada, llevado á término feliz en el espacio de breves horas, decidió la caída de aquel gobierno, caduco en el segundo año de su existencia. Miramón formó parte de los asaltantes, recibiendo despues del triunfo, como galardón de sus servicios, el empleo de Coronel.

Alcanzada la toma de la Capital de la República por las tropas que sostenian los verdaderos intereses de México, se emprendió la campaña sobre los demagógicos del interior. A la victoria de Salamanca siguieron multitud de batallas y triunfos, dados y conquistados por el primer cuerpo de ejército: á él pertenecia el joven coronel D. Joaquin Miramón, quien mereció por su comportamiento en la batalla de Ahualulco el grado de general.

Nuevos dias de prueba reservaba la Providencia Divina á nuestra desdichada patria; mayores infortunios que los pasados debian pesar sobre México. Vino la intervencion, y con ella la causa salvadora del Imperio. Joaquin permaneció entregado á la vida privada todo el tiempo que aquella existió.

A la retirada del cuerpo expedicionario, voló á la campaña tomando des-

pués, el mando en Jefe de la Brigada de Caballería de la tercera Division del primer Cuerpo de Ejército.

Despues de una atrevida marcha de flanco, efectuada sobre Zacatecas por aquella Division, fué necesario tomar la plaza á viva fuerza. Para llegar á este fin hubo que atacar y apoderarse del cerro de la Bufa, llave de la posicion del enemigo. La caballería sonrió por entonces á las tropas imperiales, y en ella se distinguió Joaquin, vez mas.

Circunstancias inesperadas é independientes de los vencedores de Zacatecas obligaron á estos á retirarse para San Luis: tocó al general D. Joaquin Miramón cubrir la retaguardia en este movimiento retrógrado. Una bala de fusil le hirió el izquierdo, y otra el hombro del mismo lado. A pesar de haber sido puesto fuera de combate, Joaquin continuó entre los tiradores que detenian al enemigo, y se resistió la orden espresa del General en Jefe para hacerlo retirar: una hora despues puesta en derrota la Brigada de Caballería, y arrollando ésta á la infantería, se consumó el desastre, que la presencia y ejemplo del general que mandaba aquella caballería podido evitar.

Las heridas de Joaquin le impidieron montar á caballo, y ponerse en breve fuera del alcance de la persecucion del enemigo: éste lo hizo prisionero á pocos dias de derrota de nuestras tropas; y sin la mas leve consideracion á sus heridas, ni el valor que acababa de combatir, lo asesinó villanamente en la hacienda de Tepetaco el día 8 de Febrero del corriente año, á las 7 y media de la noche, por órden de Benito Juárez, que ejecutó Escobedo.

He aquí el fin marcado por la mano del destino, á un mejicano verdaderamente patriota; á un soldado valiente; á un padre, esposo y hermano lleno siempre de bondad y de ternura para los suyos; triple golpe dirigido por una horda de asesinos, á la patria, al ejército y á la familia de esta nueva víctima, inmolada á la mas vulgar de las venganzas; que será fecunda en severas lecciones para sus innobles asesinos. Un rasgo de barbarie semejante al que acaban de ejecutar los que se dicen patriotas de la libertad y defensores de los derechos del hombre, no fué creído en muchos dias por las tropas del primer Cuerpo de Ejército. La conciencia pública reprochaba aun la idea de llevar al cadalso á un general, que en el campo de batalla habia obtenido el salvo conducto acordado al valor desgraciado. Por una fatalidad toda se disipó completamente, y la certidumbre de un hecho atroz, que tiene muy pocos ejemplos en la guerra civil, vino á herir á la familia de la víctima, á sus numerosos amigos y á sus camaradas.

S. M. el Emperador ordenó desde luego que se hicieran por el infortunado General D. Joaquin Miramón los sufragios religiosos que le eran debidos.

En la Iglesia Catedral de esta Ciudad se celebró el día 21 de Febrero una misa de Requiem, á la que asistieron S. M. y todos los Sras. Generales, Jefes y oficiales del ejército de operaciones; en medio del templo se elevaba el túmulo, con las insignias militares del malogrado general.... La última y triste plegaria del Ministro del Sacerdote, y las descargas de la infantería, anunciaron á los fieles que Joaquin Miramón habia dejado de existir....

El Ejército vistió luto durante nueve dias.

Es de esta oportunidad hablar de la proclama que dirigió á sus tropas el E. S. General en Jefe del primer cuerpo de Ejército D. Miguel Miramón, con motivo del bárbaro fusilamiento de su hermano. [Véase al fin.] Ese documento, que podemos considerar como los écos doloridos de una alma

devorada por la amargura de inmensos pesares, traza á grandes pero fieles rasgos, el pasado y el presente del partido demagogo, y deja adivinar su porvenir.

Todo hombre de corazon ha debido indignarse al conocer el drama sangriento de la hacienda de Tepetates; pero ninguno hay que, por los sentimientos de la naturaleza y por la clemencia con que ha tratado á sus enemigos despues de la victoria, tenga mas derechos á esa justa y merecida indignacion.

En efecto, entre los millares de prisioneros hechos por el E. Sr. general D. Miguel Miramon, prisioneros á quienes ha concedido siempre no solo la garantía de la vida sino cuantas han podido apetecer, se cuentan los principales generales y corifeos de las masas demagógicas: Degollado, Uruga, Berriozabal, Justo Alvarez, Tapia y otros muchos han estado á merced de aquel caudillo, que ha sabido enaltecer sus victorias, tendiendo una mano generosa á los vencidos. Los cabecillas del partido antinacional han correspondido asesinando al hermano del general á quien debian mayores pruebas de clemencia.

Acaso un arrepentimiento tardío se apodere de los fautores de este crimen horrendo.....

Los hombres pensadores temen ya por el porvenir.....

La amistad y el sentimiento nos conducen á la tumba de Joaquin para colocar en ella una flor de tallos languidos, semejante á las que crecen en medio de las ruinas..

Nosotros trazamos estos lugubres renglones, legándolos á la historia de México, como una mancha indeleble de los cobardes asesinos del general D. Joaquin Miramon.



EL GENERAL MIGUEL MIRAMON, En Jefe del primer Cuerpo de Ejército, á las tropas de su mando.

¡SOLDADOS! La lucha que desgarrá el seno de la patria es sostenida por un enemigo salvaje, de quien huyen las poblaciones en masa, por sus violencias, por sus rapiñas y por sus instintos feroces.

Ese enemigo ha vendido el territorio nacional á los yankees, porque lo mismo trafica con el honor de las familias, que con los plagios y con la independencia de México.

Sus primeros corifeos, tales como Corona, violan las capitulaciones que se ratifican bajo la garantía del honor, de la conciencia y de la opinion pública: Las tropas del Gral. Chacon acaban de ser victimas en Colima, de una alevosia que no puede calificarse debidamente.

Juarez y su camarilla fusilan á centenares de vuestros camaradas, y asesinan en Tepetates á uno de vuestros Generales, que, por solo el hecho de estar herido, habria sido respetado aun por las tribus de los caribes.

La barbárie de esos hombres sin corazon, que se apellidan partidarios de la libertad, barbárie que ha lastimado mis mas tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una estremidad altamente deplorable. Sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así.

SOLDADOS: se nos ha arrojado un guante que implica un duelo á muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlos; pero escuchad los últimos y lejanos écos de la voz del malogrado Gral. Osollo, que esclamaba en 1858. ¡¡Hay de los vencidos!!

¡Viva el Emperador! ¡Viva el Ejército Mexicano!
Cuartel general en Querétaro, Febrero 22 de 1867. El Gral en jefe del primer cuerpo de Ejército. —Miguel Miramon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N L

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

